**Concurso nacional de
obras de teatro para
el bicentenario**

Concurso Nacional de obras de teatro para el bicentenario / Jorge Horacio Huertas ; Stela Guadalupe Camilletti ; Guillermo Oscar Fernández ; ilustrado por Oscar Ortíz. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2010.

186 p. ; 22x15 cm. - (Premios)

ISBN 978-987-9433-76-8

I. Teatro Argentino. I. Camilletti, Stela Guadalupe II. Fernández, Guillermo Oscar III. Ortíz, Oscar, ilus. IV. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 05/01/2010

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 232/08.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Beatriz Lábatte
- > Gladis Contreras
- > Mónica Leal
- > Alicia Tealdi
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-9433-76-8

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, abril de 2009.

Primera edición: 3.500 ejemplares

El panteón de la Patria

Jorge Huertas

JORGE HUERTAS

Jorge Huertas nació en 1949 y es psicólogo, investigador social y profesor de escritura dramática. Ha escrito 20 obras teatrales, casi todas publicadas, y recibido varios premios: el Premio Argentores y el Premio Coca-Cola de Teatro en 1982 (*Subterráneo*), Segundo Premio del Stage Repertory Theatre, 2000, de Houston (Estados Unidos), y Casa del Teatro de Santo Domingo, 2001, República Dominicana (*Andar sin pensamiento*); Mención en el concurso 1999 del Instituto Nacional de Teatro, Argentina (*Password*).

Su obra *El inocente* es seleccionada para el ciclo Teatro por la Identidad 2001, organizado por las Abuelas de Plaza de Mayo. Y seleccionada entre todas las obras del ciclo para participar en Teatro por la Identidad en Madrid, España en 2007.

El ciclo Exilios, del que participa junto a otros autores argentinos, mexicanos y españoles, obtiene una mención en el premio María Guerrero de Teatro de 2004.

Como guionista de televisión participó del ciclo completo de *Hombres de Ley* que obtuvo los siguientes galardones: Premio Martín Fierro 87 y 88, Premio Prensario 1988 y Ondas 1988, de Barcelona.

En 2008 el Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires le otorga una Mención Honorífica en el Concurso de Teatro de la Ciudad de Buenos Aires, Categoría B –obras no estrenadas, correspondiente a la producción del bienio 2000/2001– por su obra *Antígonas: linaje de hembras*.

En Septiembre de 2009, La Secretaría de Cultura de la Nación y el Instituto Nacional de Teatro le otorgan el Primer Premio del Concurso Nacional Bicentenario de Obras Teatrales, por su obra *El Panteón de la Patria*.

jhh2002@hotmail.com

> el panteón de la patria

A María Eugenia Lanfranco

Escribid con amor, con corazón lo que
se os alcance, lo que se os antoje.
No se parecerá a lo de nadie; pero
bueno o malo será vuestro.
DOMINGO F. SARMIENTO

PERSONAJES

JOSÉ MARÍA PAZ *

EL LOCO

MANUEL BELGRANO

MARGARITA WEILD

IDA WICKERHAM

AURELIA VÉLEZ

} la misma actriz

*En *Historia de la Confederación Argentina*, dice Adolfo Saldías que Paz era rígido y grave, cultísimo, correcto sin afectación, modesto, tímido.

NOCHE DE INSOMNIO EN LA ADUANA DE SANTA FE. CELDA DE PAZ. MOBILIARIO RÚSTICO Y ELEMENTAL, LIBROS, VARIAS JAULAS DE MIMBRE, UNA HORMA DE ZAPATERO.

José María Paz, con su sola mano, está construyendo trabajosamente una jaula de mimbre para pájaros. Es noche. Suenan campanadas de alguna iglesia cercana. Paz consulta su reloj y con gesto de molestia ajusta la hora. Habla solo.

PAZ: “Habíamos andando cerca de tres leguas, la noche se acercaba, cuando escuché distantemente un tiroteo. Mandé avanzar al comandante Isleño, y a Ramallo, para que me instruyesen de las posiciones de los contendientes. Entretanto despaché un ayudante al Coronel Pedernera, para que a la mayor brevedad mandase una compañía de Cazadores para terminar aquella operación. El ayudante me hizo avisar que Pedernera se había quedado muy atrás. Resolví aproximarme en persona al teatro del combate, y esperar allí la Caballería. A poco trecho, el baqueano me propuso acortar el camino siguiendo una senda que se separaba a la derecha: acepté.

A sus espaldas aparece una jovencita. Es Margarita Weild. Chista pero Paz no la escucha.

”Y nos dirigimos por ella: este séptimo incidente fue el que decidió mi destino. Cuando me hallaba a una distancia proporcionada del teatro del combate, lo que podía calcular por el fuego que se sostenía, mandé adelantar a mi ordenanza para que haciendo saber al oficial que mandaba la guerrilla que yo me hallaba allí, viniese a darme los informes que deseaba. Creía que, por su orden natural, la fuerza que me pertenecía, estaría en aquella dirección...”.¹

MARGARITA: ¿Otra vez hablando solo?

PAZ: *(Sorprendido)* Estaba rezando.

Ella comienza a moverse inquieta por la celda. Paz le responde envarado y tenso.

MARGARITA: “Una cajita chiquita, blanca como la cal, todos la saben abrir, nadie la sabe cerrar”.

Paz niega con la cabeza, ella sonriente.

El huevo. “Cae de una torre y no se mata, cae en el río y se desbarata”.

Paz vuelve a negar con la cabeza.

El papel. Y hablando de papel, aquí le traje. Tinta, velas y las *Catilinarias* de Cicerón *(Se los entrega)*. ¿Qué noche tenemos hoy! Uno fácil: “Chiquito como un ratón, fuerte como un león”, ¿qué es?

PAZ: El candado.

MARGARITA: Muy bien.

PAZ: Esta me la preguntaste la semana pasada.

MARGARITA: ¿Le recorto el cabello? ¿Quiere que le lea? ¿O jugamos a las cartas?

Hace una pequeña prestidigitación con el mazo y ríe.

PAZ: Por favor, quédate quieta. Pareces una cotorrita.

MARGARITA: ¿Le cambio las flores?

PAZ: *(Trata de contener la inquietud de la muchacha)*. ¿Qué te pasa hoy?

MARGARITA: Lo amo, tío, lo amo.

PAZ: *(Retrocediendo)* “¡No sabes lo que dices! ¡No sabes lo que dices!”.² Fuera, fuera.

Margarita sale. Paz se arrodilla y reza. Pausa.

Desde la ventana se descuelga trabajosamente un hombre mayor: camisón, robe de chambre y gorro de dormir: es El Loco. Paz sigue rezando. El Loco carraspea.

EL LOCO: Buenas...

PAZ: ¿Usted otra vez?

EL LOCO: Usted me mandó a llamar. Si molesto me voy.

El Loco vuelve a trepar hacia la pequeña y alta ventana.

PAZ: “El Coronel Pedernera y su compañía de Cazadores había quedado muy atrás. El baqueano me propone salir del camino principal y seguir una senda, y acepté”.³

EL LOCO: ¿Otra vez con eso? ¿Para eso me llamó?

PAZ: Yo soy un militar, quizás el mejor. Tengo que saber cuál fue mi error. Yo necesito hablar de estas cosas con otro militar. Belgrano, por ejemplo. Ojala él estuviera aquí y no usted.

EL LOCO: Pero estoy yo y es lo que hay. Ya hablamos mil veces de su apresamiento. Fue azar.

PAZ: Sí, azar. En el combate las fuerzas habían girado y el enemigo estaba más cerca de mi posición.

EL LOCO: O imprudencia. Un jefe, racional y matemático, tiene que conocer el terreno pero no debe arriesgar la comandancia.

PAZ: ¿Azar! La fuerza federal no llevaba divisa punzó, sino blanca y yo llevaba un gran chaquetón nuevo que nadie conocía.

EL LOCO: O soberbia. El hombre se embriaga con sus éxitos. La Tablada, Oncativo. Usted ha leído las tragedias. “Los dioses ciegan a quienes quieren perder”: Plutarco.

PAZ: Mire quién habla. Soberbia, no. Yo soy un hombre con temor de Dios.

EL LOCO: Esa son cosas que se dicen.

PAZ: Quien tiene fe, su palabra es de verdad.

El Loco decepcionado sacude la cabeza.

PAZ: “Veo levantados, sobre la cabeza de Arana, uno o dos sables, en acto de amenaza. Se me ocurrió que podía ser un juego o chanza, común entre los militares...”⁴

EL LOCO: Vamos, deje de dar vueltas. ¿Para qué me llamó?

Pausa.

PAZ: “La vivacidad de mi genio me hizo muchas veces traspasar los límites de la prudencia”⁵

EL LOCO: Ajá...

PAZ: Yo he tratado de imponerles silencio a mis sentimientos. Tengo costumbres rigurosas...

EL LOCO: Y la rara virtud de hacerse impopular. Eso se sabe.

PAZ: “Yo siempre ignoré el encanto del abandono, de la intimidad, de la confidencia. Hay que hacerse superior a la pasión y no manifestarla...”⁶

EL LOCO: ¡Cuántas vueltas, general! Suelte el buche.

Paz titubea pero finalmente habla.

PAZ: Estoy enamorado.

EL LOCO: No lo puedo creer.

PAZ: Sí, estoy enamorado.

EL LOCO: Por lo que vi, usted la rechazó.

PAZ: Es la noche más feliz de mi vida: me caso.

EL LOCO: ¿Se casa?

PAZ: Sí, le pedí la dispensa al arzobispo de Buenos Aires y me la concedió.

EL LOCO: ¿Y por qué se la pidió?

PAZ: Margarita es mi sobrina carnal.

EL LOCO: ¿Y con eso?

PAZ: Soy su tío.

EL LOCO: (*Levantando los hombros*) ¿Y entonces?

PAZ: Usted es inmoral.

EL LOCO: El inmoral es usted que se casa con su sobrina, a la que tuvo en el regazo cuando era niña. (*Lanza una carcajada*).

PAZ: Así yo me he sentido: sucio, lujurioso. Por eso pedí la dispensa de monseñor. Ahora Dios bendice mis sentimientos.

EL LOCO: Mal hecho. No hay que pedir permiso a los curas para nada. Haga lo que tiene que hacer y déjese de joder. ¿Qué dice la muchachita?

PAZ: Ella me ama.

EL LOCO: Por lo que pude espiar además de amarlo lo persigue.

PAZ: Ella es una flor, bella e inocente.

EL LOCO: Usted de mujeres no sabe nada.

PAZ: “Yo sufrí una gran amargura por causa de una mujer. Así como soy concentrado en mí mismo se me hizo más intolerable”⁷

EL LOCO: ¿Quién era?

PAZ: Eso me lo guardo. Yo desmayé infinito por esa mujer.

EL LOCO: Dígame “manquito zalamero y fallador”:⁸ ¿Ella valía su dolor?

El Loco toma las Catilinas y Paz se las arrebató.

EL LOCO: Yo estudié toda Grecia de memoria, y después a los romanos.

PAZ: (*Lee*). *Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? quam diu etiam furor iste tuus nos eludet? quem ad finem sese effrenata iactabit audacia? Nihilne te nocturnum praesidium Palati, nihil urbis vigiliae, nihil timor populi, nihil concursus bonorum omnium, nihil hic munitissimus habendi senatus locus, nihil horum ora voltusque moverunt? Patere tua consilia non sentis, constrictam iam horum omnium scientia teneri coniurationem tuam non vides? Quid proxima, quid superiore nocte egeris, ubi fueris, quos convocaveris, quid consilii ceperis, quem nostrum ignorare arbitraris? O tempora, o mores! Senatus haec intellegit. Consul videt; hic tamen vivit. Vivit? immo vero etiam in senatum venit, fit publici consilii particeps, notat et designat oculis ad caedem unum quemque nostrum. Nos autem fortes viri satis facere rei publicae videmur, si istius furorem ac tela vitemus. Ad mortem te, Catilina, duci iussu consulis iam pridem oportebat, in te conferri pestem, quam tu in nos [omnes iam diu] machinaris.*⁹

EL LOCO: (*Cual indignado Cicerón, traduce al mismo tiempo*). ¿Hasta

cuándo, Juan Manuel de Rosas, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuánto tiempo hemos de ser todavía juguete de tu furor? ¡Qué! ¿No han contenido tu audacia ni la guardia que vela toda la noche en el monte Palatino, ni el templo fortificado en que el Senado se reúne hoy, ni los semblantes augustos e indignados de los senadores? ¿No has comprendido que ha sido descubierta la conjura permanente de mazorca y degüello? ¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres! ¡El Senado conoce esas conjuras, el cónsul las ve y el Degollador vive todavía! ¿He dicho vive? Más aún, ¡reina en la ciudad, donde clava su puñal de gaucho rubio. En el seno de la patria acampa un ejército de brutos, de ignorantes, levantados contra la república, un ejército que la amenaza desde los arrabales, donde gauchos analfabetos con sus tacuaras de tijeras de esquilar aterran a los buenos ciudadanos. Y el caudillo de ese ejército, el jefe de esos enemigos se halla entre nosotros, Catilina, se sienta en el Senado y lo estamos viendo construir la ruina de la república.

Pausa.

EL LOCO: ¿Así que por su sobrina me llamó tan apurado? ¡Está enamorado! ¡Por fin! Si no fuera por su madre, usted se muere soltero.

PAZ: Desde la guerra con el Brasil que madre me pide que me case con Margarita.

Pausa.

EL LOCO: ¿Cuándo se va a escapar y matar al Degollador?

PAZ: Estamos hablando de otra cosa.

EL LOCO: Se lo repito: ¿Cuándo se va a escapar y matar al Degollador?

PAZ: ¿Cómo, dígame, cómo? Cada vez que escucho que abren la puerta, creo que mandarán al Remanso (*Gesto de degüello*).

EL LOCO: El Gaucho rubio solo le tiene miedo a usted.

PAZ: Yo lo llamo para compartir una alegría y lo único que hace es presionarme. Hoy quiero vivir el amor.

EL LOCO: Para eso no necesita casarse.

PAZ: El amor y la unión física solo están permitidos en el matrimonio cristiano.

EL LOCO: A mí me gustan las mujeres con pasión, con instinto, con ferocidad.

PAZ: Eso ya se sabe.

EL LOCO: La moral católica es el atraso, hasta en las sábanas. Ya que se va a casar le voy a dar unos consejos.

PAZ: A usted no le ha ido tan bien en el matrimonio como para dar consejos.

EL LOCO: “Cuando riñan, guárdese por Dios de insultarla”.

PAZ: Jamás nos peleamos y yo soy un hombre que se sabe controlar.

EL LOCO: Pero ya se pelearán. ¿Mire lo que me está haciendo la fea a mí? Sacándome canas verdes. “Si en la primera riña le dice usted 'bruta', en la segunda le dirá 'infame', y en la quinta, 'puta'. Tenga usted cuidado con las riñas y tiemble usted no por su mujer, sino por la felicidad de toda su vida. Y no haga a su esposa perder el pudor a fuerza de prestarse a todo género de locuras”.¹⁰

EL LOCO: Yo no soy como usted. La lujuria es un pecado, la lascivia es un vicio.

EL LOCO: ¡A usted en Córdoba los curas le arruinaron la mente!

PAZ: No voy a permitir que usted se burle de la Iglesia. ¡Basta! Váyase por la misma ventana por la que entró volando.

EL LOCO: (*Pícaro y malicioso*) Mire, “yo he agotado algunos amores y he concluido por mirar con repugnancia a mujeres apreciables que no tenían a mis ojos más defectos que haberme complacido demasiado. Los amores ilegítimos tienen eso de sabroso...”.¹¹

PAZ: El mío no es ilegítimo. Recé a Dios para que viera que dentro de mi corazón no hay más que amor por Margarita.

Aparece Ida Wickersham, de espalda. El Loco se le acerca. Ella habla un elegante inglés bostoniano. En un inglés trabajoso y torpe de sintaxis, el Loco.

EL LOCO: ¿Quiere que algún día vayamos a caminar por los jardines del Smithsonian?

IDA: ¿Qué?

El Loco se avergüenza por sus errores y vuelve a repetir la frase titubeante. La mujer le sonríe con picardía. Suenan otra vez unas campanas. El Loco mira la hora.

¿Usted dice solos, mister Sarmiento?

PAZ: Otra mujer casada. Pecado de lujuria.

EL LOCO: Yo había estudiado francés, Paz. Hasta en eso vamos para atrás en la historia. El inglés es la lengua del futuro.

- PAZ: ¿Qué edad tiene?
- EL LOCO: Ella 33.
- PAZ: Y usted, 50.
- EL LOCO: Más o menos, como usted y su sobrina.
- PAZ: Yo mañana me casaré ante Dios con Margarita para serle fiel siempre. Yo la amo.
- EL LOCO: Ah... usted ama. ¿Y lo mío que es?
- PAZ: Lo de siempre: instinto.
- El Loco e Ida están recostados sobre el pasto del jardín de Smithsonian. Él comienza a leer.*
- EL LOCO: “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta...”¹²
- IDA: ¿Es el libro que le publicó la viuda?
- EL LOCO: ¿Qué viuda?
- IDA: No se haga el tonto. Mary Peabody Mann.
- EL LOCO: Sí. El *Facundo*.
- IDA: Entonces no me lo lea.
- EL LOCO: No sea celosa.
- IDA: Leo yo. Dickens: *For the next eight or ten months, Oliver was the victim of a systematic course of treachery and deception. He was brought up by hand. The hungry and destitute situation of the infant orphan was duly reported by the workhouse authorities to the parish authorities. The parish authorities inquired with dignity of the workhouse authorities, whether there was no female then domiciled in 'the house' who was in a situation to impart to Oliver Twist, the consolation and nourishment of which he stood in need.*¹³
- EL LOCO: (A Paz, mientras ella lee) “¿Por qué una mujer virtuosa ama a un calavera? ¿Por qué una beldad ama a un hombre feo? ¿Por qué una sobrina ama a su tío? Porque lo ve oprimido y sale valientemente en su defensa. A usted por su prisión, a mí por la muerte de mi hijo en Paraguay. Una mujer es madre o amante, nunca amiga”¹⁴
- IDA: *The workhouse authorities replied with humility, that there was not. Upon this, the parish authorities magnanimously and humanely*

resolved, that Oliver should be 'farmed,' or, in other words, that he should be dispatched to a branch-workhouse some three miles off, where twenty or thirty other juvenile offenders...

Él se acerca a su boca mientras ella se escapa traviesamente y sigue leyendo. La besa, ella sigue leyendo, vuelve a besarla. Ambos se besan apasionadamente.

- PAZ: No se justifique. No sabe retener su carácter.
- EL LOCO: (Saca una pequeña estatuilla de su bata: es una réplica barata de la *Venus de Milo*). Le traje un regalo de casamiento.
- PAZ: Una mujer desnuda.
- EL LOCO: Cultura clásica. *La Venus de Milo*. ¿La conoce? (Lee). “A la grata memoria de las mujeres que me amaron y me ayudaron en la lucha por la existencia”.
- PAZ: Yo no he tenido *mujeres*, como usted.
- EL LOCO: “Hay las mujeres de la Biblia, hay las mujeres de Shakespeare, hay las de Goethe. ¿Por qué no ha de haber las mujeres de Sarmiento?”¹⁵ (*Pequeña pausa*). Aquí como me ve, haciéndome el galán, yo he sido cornudo. Benita... (*Gesto de cuernos con las manos*).
- PAZ: Lo mismo que usted le hizo a otros maridos. No me arruine la noche. Mi ángel del cielo y yo nos casaremos y Dios bendecirá nuestro amor.
- El Loco se ensombrece de repente. Se levanta, pasea por la celda y mira hacia la noche a través de las rejas.*
- EL LOCO: Estrellas como piedras, galaxias de leche... ¡El Gran Arquitecto! (*Pausa*). ¡Qué país de mierda! Ni un observatorio tenemos. En Estados Unidos, las mujeres son libres como las mariposas.
- PAZ: Nosotros tenemos costumbres católicas.
- EL LOCO: Pagan una pensión para estudiar. Esa es la democracia norteamericana. Protestante.
- PAZ: Herejes.
- EL LOCO: “¡Abajo el matrimonio católico, romano, bárbaro!”¹⁶
- PAZ: ¡Váyase! ¡Váyase o...!
- EL LOCO: Castígueme si quiere. Yo no le pego a un inválido.
- Paz va hacia El Loco, apenas puede contener su indignación.*

PAZ: Tengo lo que usted no ha tenido ni tendrá nunca: heridas por la Patria. Yo a mi patriotismo lo puse en el cuerpo y no en las palabras, que no duelen. Esta mano muerta es mi escritura.

EL LOCO: El cuerpo se acaba y las palabras siguen. El cuerpo también lo da un gaucho bruto y zaparrastroso y con eso no se hace una nación.

PAZ: Y sin eso tampoco.

Pausa.

IDA: “Marzo de 1868. Usted está enfadado conmigo y no lo merezco. Le he escrito dos o tres largas cartas, quizá sin decir mucho en ellas, pero probándole que no lo he olvidado. ¡Cómo si yo pudiera olvidarlo, ingrato! Tengo el tiempo justo para escribirle estas pocas líneas a solas, y usted sabe todo lo que no puedo escribir. Escríbame a la dirección de mi madre Catherine Conrad, es más secreta y segura”.¹⁷

EL LOCO: *Hace caso omiso al reclamo.* Cuando usted me necesita yo vengo. Y ahora que yo lo necesito... ¿No sé da cuenta de que estoy mal? ¿Cómo puede ser tan insensible y terco? ¿Tiene aguardiente?

PAZ: ¡Váyase!

EL LOCO: (*Comienza a trepar hacia la ventana*). Tengo una mala noticia.

PAZ: ¡Váyase!

EL LOCO: Es tan importante como su matrimonio. O más.

PAZ: (*Se intriga*). Hable.

EL LOCO: Mataron al Tigre.

PAZ: ¿Cómo?

EL LOCO: Sí, mataron al Tigre.

Pausa larga.

PAZ: ¿Quién?

EL LOCO: No se sabe.

PAZ: ¿Dónde?

EL LOCO: En Córdoba. En un paraje: Barranco Yaco.

Ambos permanecen en silencio y con la cabeza gacha.

PAZ: ¿Y por qué está tan triste?

EL LOCO: Porque nos quitaron la oportunidad de degollarlo nosotros mismos.

PAZ: Fusilarlo.

EL LOCO: Degollarlo.

PAZ: A mí se me escapó dos veces. En La Tablada, lo vi de cerca. ¡Qué fiero, Dios! ¡Qué animal salvaje! Pero no era un guerrero, era un asesino.

EL LOCO: El Degollador va a buscar venganza. Así que cátese rápido.

IDA: “Chicago, 1º de julio de 1868. *Mon cher ami*: He tenido el placer de recibir su última carta. Gracias por las buenas noticias que me da. (...) Ahora usted está feliz, y exclamo: *Vive le Président!* (...) Para antes del próximo noviembre deseo un hermoso traje de fiesta, de seda, del mismo color que le envió, rojo, escarlata o cereza, pues es un color que por la noche viene muy bien a mi cutis”.¹⁸

PAZ: ¿No le va contestar?

El Loco levanta los hombros y con un gesto le resta importancia. Paz busca una botella que tiene escondida. Llena dos vasos y se lo alcanza a El Loco. Beben en silencio.

EL LOCO: ¿Cómo se siente?

PAZ: Feliz. Hoy tuve dos muy buenas noticias.

EL LOCO: Yo no. Estoy como vacío. Siento congoja, angustia.

Pausa.

Facundo tenía genio. Le escribí un epitafio.

Saca del bolsillo de su robe un papel arrugado. Lee.

“¿Qué ha de poder con mi alma?
 ¿Muere acaso el pampero, mueren las espadas?
 Ya muerto, ya de pie, ya inmortal, ya fantasma,
 me presento al infierno que Dios me ha marcado”.¹⁹

¿Le gusta?

Paz hace gesto con la mano que más o menos. EL Loco tira el papel.

Mala suerte. Otro lo escribirá mejor. Recemos.

PAZ: ¿Usted?

EL LOCO: Sí. Han matado al Tigre. Ahora creo en Dios.

PAZ: La fe verdadera no es una mercancía, es una gracia. Se tiene a cambio de nada.

El Loco hace arrodillar a Paz.

“Poderoso Dios y Padre de todas las creaturas, que siendo inmensamente justo y bueno, castigas el vicio y otorgas tu beneficio a los que imploran con humildad y fe sincera...”²⁰

EL LOCO: ¡No, eso no! “¡Oh, Divina Providencia, Tú, que hiciste al Degollador carcelero y guardián del que está destinado desde lo Alto, a matarlo, ¡protege Dios las armas del honrado general Paz!”²¹

PAZ: ¿Qué armas? Muerto el Tigre, mi vida no vale nada.

IDA: “*My dear friend:* Era justamente lo que temía, que sus ocupaciones públicas destruirían todo recuerdo, todo amor por los que estamos lejos. *Pensez toujours à moi, je vous embrasse de tout mon coeur!* (...) Yo también desearía ir. Y usted ¿lo desea? Por favor, para matar todos los indios consiga suficiente pólvora y haga volar a López y el Paraguay. Y dé al Congreso una dosis de medicina para descomponerlos. Entonces podrá hacer lo que le plazca y tendrá tiempo para escribir. Me sorprende que Mitre se oponga a usted con respecto a la Educación. Me interesé mucho en el relato del banquete al general Osorio, en su Mensaje, etcétera. Por favor, escriba cuando pueda. Soy, como siempre, sinceramente suya, Ida L.W.”²²

PAZ: ¡Por favor, conteste sus cartas!

EL LOCO: ¿No se da cuenta de que es una tilinga?

PAZ: Destruyó ese matrimonio y ahora se desentiende.

EL LOCO: Cuando llega un amante el matrimonio ya está destruido.

PAZ: O sea que usted no es responsable de nada.

Suenan interminables las campanadas de la iglesia. Paz consulta su reloj y cuenta las campanadas. El Loco lo sacude, irritado.

EL LOCO: Si no quiere rezar, brindemos. Ahora nos falta solamente el Degollador. Tenemos que planificar su fuga.

PAZ: ¿Sabe arreglar relojes?

EL LOCO: ¿Históricos?

PAZ: No se haga el tonto.

EL LOCO: ¿Qué le pasa?

PAZ: Da cualquier hora. Atrasa o adelanta a su capricho.

IDA: “Chicago, 12 de febrero de 1870. ¡Ojalá pudiera saber si usted recibe todas mis cartas! Porque le he escrito cada mes. (...) Conservo todas sus cartas y a menudo las releo. Sarmiento, llévame contigo. Puedo enseñar inglés en tu patria”.²³

PAZ: Conteste, por favor. ¡Esa mujer nos va a volver locos!

EL LOCO: No quiero que venga a la Argentina. Ida fue un consuelo frente a la muerte de Dominguito en Paraguay. Yo siempre amé a Aurelia.

PAZ: ¿Aurelia? ¿Otra casada?

Pausa larga.

No tenemos nada en común.

EL LOCO: El odio al Degollador.

PAZ: Odio, no. El Degollador es un tirano que está sometiendo a la República. Odio, no. El odio no construye una Nación. Hay que vencerlo y punto.

Pausa.

EL LOCO: Usted no sabe nada de política.

PAZ: ¿Y usted sí?

EL LOCO: Yo soy la política. Yo hago cualquier cosa por vencer.

PAZ: Odio, inmoralidad, lujuria. ¿Qué orden podemos imponer si no es sobre la moral?

EL LOCO: Por ser así es impopular.

PAZ: ¿Entre quiénes? Entre los ambiciosos, los ladrones del dinero público, políticos acomodaticios. “Hay que estar siempre en guardia, con los superiores, con los inferiores, con los que se manifiestan amigos y con los indiferentes”.²⁴

EL LOCO: No le debe extrañar que ahora no tenga amigos que lo ayuden a fugarse. Cuando usted estuvo en el poder no hacía nada por tenerlos.

PAZ: ¿Qué prefieren, la tiranía de franceses e ingleses en lugar de la tiranía del Degollador? ¿Para qué hicimos la guerra de la Independencia entonces si traemos otro imperio?

EL LOCO: El progreso de los pueblos vale cualquier costo.

PAZ: Una República sin moral no vale nada.

EL LOCO: La moral del progreso es sucia.

- PAZ: La moral es una sola. La de Dios y punto.
- EL LOCO: La moral de los curas es el atraso. Con los curas jamás tendremos progreso. Son regresivos, ignorantes...
- PAZ: Respete mi religión. Y si sigue hablando así de la Iglesia de Dios, ¡lo mato!
- Pausa.*
- PAZ: ¿Por qué todos ustedes me buscan, si no me toleran? No veo más que traición, malicia, ignorancia, venalidad, sórdida codicia. ¿Por qué me buscan?
- Pausa.*
- EL LOCO: Porque usted es el mejor militar que tenemos.
- PAZ: Tan bueno no seré, si me apresaron así.
- EL LOCO: ¿Qué exporta la Argentina?
- PAZ: Tasajo.
- EL LOCO: El tasajo que el Degollador vende para alimentar los esclavos de Centroamérica es carne muerta y salada. Como la de esos negros. ¿Qué conocimiento, qué de la inteligencia exporta este desierto que somos? Nada, excepto usted.
- PAZ: ¿Yo?
- EL LOCO: Sí. Sus tácticas de guerra se estudian en las academias militares de Europa. Por eso El Tirano no lo mata.
- PAZ: Hasta hoy.
- EL LOCO: Ni nunca. El Degollador es avieso y calculador, astuto detrás de sus ojos celestes. Lo quiere para él. Sabe que si logra convencerlo será invencible.

Pausa larga.

Usted no entenderá nunca la política, nunca. Su moral católica se lo impide. La moral de los curas es para que la crean los otros. El mundo es una suciedad. Usted peleó contra los españoles porque es un patriota. Pero cuando vio el caos del derrumbe colonial, como buen católico, se asustó. Usted no quiere el progreso de la República, usted quiere restaurar el orden de los curas. Por eso no encuentra su lugar. ¿De qué sirve su ética, su moralismo, si no tenemos industria, si no tenemos fábricas? Es un orden de viejas rezando novenas, de curas paseando con su incienso. El progreso

lo hacen los hombres sucios, los codiciosos. Y no los santos, o las imitaciones de santos como usted pretende ser. Mire: ni usted mismo sabe qué hacer con su instinto. Desea a su sobrina y no la toma, quiere el progreso de la República y no lo realiza. ¿Por qué? Porque todo es sucio, oscuro y confuso. En cambio, usted es puro, íntegro y finalmente inútil. Usted es otro restaurador. Si hasta para casarse ha buscado un familiar.

- PAZ: Yo no hice la guerra a los bárbaros para parecerme a ellos. No vencí a Quiroga en La Tablada para tomar su lugar. El orden no es una siesta cordobesa al borde de los arroyos. El orden es fundamental en las batallas, en el progreso, en la vida amorosa. El orden es un pulido engranaje, es matemática pura, limpia. Nada se puede realizar sin esa quietud que solo da el orden. Yo no soy un político, soy un científico. Mi guerra contra Quiroga no es el espectáculo sangriento de hombres que se matan entre sí. En la batalla hay un teorema, hay una incógnita matemática a resolver. Quiroga no era tan peligroso por su política sino por su forma de guerrear. La guerra que yo libré fue entre la matemática y el coraje animal, entre el orden y la improvisación, entre el cálculo racional y el burdo entusiasmo, entre el entrevero de la montonera y el orden táctico disciplinado. Yo luché por el triunfo del espíritu sobre el instinto, del carácter sobre el temperamento. Si no es así, ¿qué diferencia hay entre Quiroga y yo, entre Quiroga y usted?

Pausa.

- EL LOCO: Entre Quiroga y yo: ninguna. ¡Yo soy el Quiroga de la civilización, el forajido del progreso, el montonero de la libertad y el orden futuro!

Pausa.

Usted es el conocimiento experto en la mente equivocada. Como Lavalle, como Dorrego.

- PAZ: O el Tigre.
- EL LOCO: Usted sabe muy bien cómo cuesta luchar contra alguien de talento, aunque sea un asesino. El Tigre era un caudillo con genio.
- PAZ: (*Extraño a su carácter y a su habitual compostura que se confunde con envaramiento, lanza una carcajada, imitando al Loco*). “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que te levantes a explicarnos las convulsiones internas que desgarran las entrañas de nuestro

pueblo! Tú, Facundo, posees el secreto: ¡revélanoslo! Los argentinos, dicen: '¡No, Quiroga no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!'. ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en Sarmiento. Sarmiento, y no Rosas es su complemento: El alma del bárbaro Quiroga y el escritor Sarmiento es la misma. En Sarmiento es más perfecta, más acabada. Lo que en Quiroga era solo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Sarmiento en sueños de progreso y literatura”²⁵

Pausa.

Usted no escribió el *Facundo*, usted escribió el Faustino.

Suenan campanadas. Se escucha la voz de Margarita cantando un cielito. Entra en la celda con una vela en la mano.

MARGARITA: Cielito digo que sí

Cielito digo que no

Aunque no te vea nunca

Siempre yo pienso en vos.

PAZ: ¡Amor, amor, amor! ¡Qué noche más horrible! (*Intenta tocarla*). Solo tú eres mi consuelo en esta celda.

Margarita se mantiene distante.

Ya tenemos la dispensa del Arzobispo de Buenos Aires. ¡Qué feliz soy! (*Con gracia*) Margarita Agustina Ester Josefa: ¿quieres por esposo a José María del Rosario Ciriaco? (*Se acerca y la joven retrocede*). ¿Qué pasa, amor? Ya le dije al padre Cabrera que por la tarde venga a visitarme y allí, frente a madre, nos casaremos. Ven, dame un beso.

Paz intenta abrazarla y ella se escapa.

MARGARITA: No quiero casarme contigo, no te amo, no te amo.

PAZ: (*Queda paralizado*). ¿Qué dices? Estás asustada. Mira: no tienes que vivir aquí conmigo en la celda. No, no. Hablamos eso, pero son cosas que se dicen los enamorados. Vivirás afuera y podrás venir a visitarme.

MARGARITA: (*Niega con la cabeza*). No te amo, no te amo.

PAZ: Mi dulce Margarita...

MARGARITA: Estaba aburrida, Paz. Eso es todo. Lo nuestro terminó.

PAZ: ¿No te casarás conmigo?

MARGARITA: Ya hemos vivido, tío, ya hemos vivido. (*Sopla la vela y la celda queda a oscuras*).

Suenan insólitas campanadas.

PAZ: ¡Margarita, Margarita!

La celda queda en silencio y a oscuras, solo se escucha la agitada respiración de Paz. Se escucha el murmullo de una voz masculina que poco a poco va adquiriendo claridad. La voz se modula de un modo exclamativo.

¡Que viva la Patria

libre de tiranos!

Que triunfen felices

los Americanos.

Sí, triunfarán, sí. Yo creo

que os encontraréis contestado.

Mis esforzados campeones

harán cenizas

a los siervos de Fernando.

“El miserable puñado

de hombres” se llamará

“Sepulcro de los tiranos”.

Una a una, se encienden todas las velas de la celda. Es un militar: el general Belgrano, que con unos papeles en la mano, lee un parlamento. Paz lo descubre y se cuadra con solemnidad.

PAZ: ¡Mi general Belgrano!

BELGRANO: (*Sorprendido*) Hola, Paz.

PAZ: Un abrazo, mi general.

BELGRANO: Claro, amigo, claro.

El abrazo de Paz expresa cariño, alegría y una contenida angustia. El de Belgrano es más relajado y descuidado.

PAZ: Usted será siempre mi general.

BELGRANO: ¿Qué hace acá?

PAZ: No sé... no sé...

BELGRANO: ¿Está fuera de servicio?

PAZ: No sé...

BELGRANO: ¿Cómo no sabe?

PAZ: Estoy prisionero.

BELGRANO: ¿De quién?

PAZ: De López...

BELGRANO: ¿Estanilao López, el protogaicho de la República? (*Se ríe*). Ese no lo puede tomar prisionero ni que lo agarre dormido.

PAZ: Pero es la triste verdad. (*Comienza el rumiar obsesivo y autista de su apresamiento. Ahora a su jefe, Belgrano*). El baqueano me dijo si quería esa senda y acepté. Y por la senda di con el lado izquierdo de la enemiga. El Ejército federal no tenía divisa punzó sino blanca. Y yo tenía un gran chaquetón nuevo, con el que nunca me habían visto. Se adelantó Arana y yo lo seguí; a muy corta distancia se venían los caballos, sin imaginar siquiera que fuesen enemigos y yo seguía confundido, dirigiéndome siempre a ellos.

BELGRANO: No dé más vueltas al pasado, ya está.

PAZ: Tuve mil ideas confusas; se me ocurrió que los nuestros nos desconocían; que podía ser un juego o chanza, común entre los militares. Oí con la mayor distinción una voz que gritaba: "Párese, mi general"; "No le tiren que es mi general".

BELGRANO: (*Trata de contener el frenesí de Paz*). Ya está, Paz.

PAZ: Tiré las riendas de mi caballo y volví la cara para cerciorarme. Uno de los que me perseguía, con un acertado tiro de bolas, dirigido de muy cerca, inutilizó mi caballo, que se puso a dar terribles corcovos y me hizo venir en tierra.

BELGRANO: Así es la batalla. Usted lo sabe muy bien: errores y aciertos instantáneos. Venga, venga. (*Persuasivo*) Me viene faltando otro argentino, así que necesito que me lea esta parte. Yo soy yo: Belgrano. ¿Ve? ¿Puede ser?

Paz lo mira desconcertado. Ante un firme gesto de Belgrano, Paz comienza a leer, confundido y titubeante.

PAZ: Si os rindiereis, obtendréis los honores acordados por la guerra: recibiendo el más respetable trato

de un hijo del Sud, que aprecia la sangre de sus paisanos cual la suya, y que deplora vuestros sistemas errados. (*Imperioso*) Entre la muerte o la vida, gloria, o infamia, en el acto lo que eligiereis decid, pues con impaciencia aguardo.

PAZ: Usted fue mi ejemplo.

BELGRANO: Gracias, gracias.

PAZ: No me acomodo a la época que me toca vivir.

BELGRANO: Bueno, eso nos pasa más o menos a todos.

PAZ: No veo generalmente más que malicia, traición, ignorancia, venalidad, sórdida codicia.

BELGRANO: El mundo siempre ha sido igual.

PAZ: No me canso de decirle al Loco todas las noches: hombres como usted ya no existen.

BELGRANO: Es verdad. Yo ya no existo. Estoy muerto.

PAZ: Lo sé. No pude llegar a verlo porque la sublevación de Córdoba me tenía ocupado.

BELGRANO: No importa, Paz. Sigamos, sigamos. Decidle a vuestro engañado jefe: que deje volver a su hogar los míseros que arrastrados trae por la fuerza, y se rinda con los pactos que ha insinuado.

PAZ: Mientras un guerrero cuente el Ejército del Alto Perú no admitirá nunca tales vergonzosos pactos.

BELGRANO: Culpad si son vergonzosos a quien los haya dictado.

PAZ: Está bien. Quedad con Dios.
Belgrano le hace un gesto de que se retire. Paz, desconcertado, no sabe qué hacer.

BELGRANO: Siga el texto, Paz. Ahí dice: “Vase”.
Paz se retira, pero solo un poco.
 Él os guarde muchos años.

PAZ: General, ¿qué estamos haciendo?

BELGRANO: ¡Cállese! ¡Es una orden!
 Caramba, y qué fanfarrón
 es el tal parlamentario!²⁶
Suenan tres cañonazos.

BELGRANO: ¿Qué son esos cañonazos?

PAZ: ¿Qué cañonazos?

EL LOCO: *(Canta)* Le da duro el manco Paz
 entre el humo y los balazos
 y tan duro que parece
 que no le faltara un brazo.²⁷

BELGRANO: Que si acaso no me engaño
 dentro de muy pocas horas
 estaremos atacando.
 Nosotros y los contrarios
 a sus destinos, volando.
 ¡Hijos de la libertad!
 ¡Vuestro deseo ha llegado!

EL LOCO: ¡Victoria! ¡Viva el general!
Comienzan a sonar campanadas, descontroladas.

PAZ: *(A El Loco)* ¿Qué está pasando? ¿Qué es este teatro? ¿Dónde estamos?

BELGRANO: En la muerte.

PAZ: Yo estoy prisionero pero no he muerto.

EL LOCO: En la muerte, sí.

PAZ: No. Yo me voy a casar mañana.

BELGRANO: Usted, El Loco y yo, estamos muertos. Quiroga, Peñaloza, San Martín, Irigoyen: muertos. Mitre, Roca, Pellegrini, Frondizi, Perón: todos muertos, en el Panteón de la Patria. Todos sombras en las sombras del pasado.

PAZ: ¿Y qué es esta noche entonces?

EL LOCO: No es noche ni tiempo ni nada. Cada cual vuelve a los momentos en que fue feliz: usted al encuentro del ansiado amor, El Loco a la muerte de Facundo, a su libro y sus mujeres; y yo a la batalla de Tucumán que el teatro argentino canta.

PAZ: La batalla de Tucumán, aquella batalla bíblica...

BELGRANO: Peleamos en medio de una tormenta de tierra sin ver a quién matábamos o quién nos sacaba la vida.

PAZ: ¿Y la manga de langosta que oscureció el cielo de repente?

EL LOCO: “Venga, Aurelia, al Paraguay y juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida. (...) Venga, que no sabe la bella durmiente lo que se pierde de su príncipe encantado”.²⁸

BELGRANO: Tanta procura y ahora somos simulacros.

PAZ: ¿Y la Argentina, qué es de la Argentina?

EL LOCO: “Argentinos: amalgama de razas incapaces e inadecuadas para la civilización”.²⁹
Se escuchan gritos desde afuera: “¡Asesino! ¡Loco! ¡Abajo la chancha renga!”.

EL LOCO: *(Reacciona con furia. Trepa y colgado desde la ventana, les grita).*
 ¡Todos ustedes son mis hijos, todos!

BELGRANO: ¡Por favor, basta!

EL LOCO: Yo les di la escuela pública. Para putearme o para alabarme. Así que todos son mis hijos.

BELGRANO: ¡Sarmiento: basta de escándalos! ¿Para qué estamos muertos si no?

EL LOCO: Es que la pendejada... *(Apichonado por el reto de Belgrano, se baja de la ventana).*

BELGRANO: Siempre es la batalla, nunca la victoria. Se va un invasor y viene otro.

AURELIA: “Ese es mi hombre. Yo lo abracé y lo besé. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y él la sostuvo con esas manos enormes y fuertes. Compartí sus

incertidumbres y sus angustias. Lo vi dudar y alegrarse. Tuvimos miedo y muchas veces lloramos juntos. Y ahora quedará hecho estatua en medio de esos árboles de los que tantas veces me habló y que yo misma le vi plantar. ¡No, no quiero verlo convertido en bronce...! ¡No quiero verlo convertido en bronce...!”³⁰

PAZ: ¿Por qué me llaman siempre a mí para ganar las batallas?

EL LOCO: “Los argentinos somos pobres hombres llenos de pretensiones y de inepticia, ignorantes, e inmorales y apenas en la infancia”³¹

PAZ: ¿Los ingleses han vuelto? ¿Los franceses insisten en subir el Paraná? ¿Nadie sabe algo de la patria? Tengo otra vez mi mano derecha.

El Loco canta desafinadamente la chacarera. Belgrano acompaña con palmas. Paz enojado golpea su mano.

EL LOCO: Y la pierde en Venta y Media
mientras se van retirando
con la muerte en los talones
no la perdió saludando.

Ya se cae, se está cayendo
con sus dos brazos abiertos
el izquierdo, nuevo y fresco
el derecho, un niño muerto.

PAZ: ¡Yo no quiero esta mano, yo no quiero esta mano! Soy el Manco Paz y esta mano no la necesito. ¿Qué es este milagro, esta pesadilla? ¿Qué año, qué siglo es? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Loco, General: podemos conocer el futuro? ¿Saber algo? ¿Hay patriotas todavía? ¿Alguien sabe algo? ¿Qué somos? ¿Dónde está el mundo? ¿Cómo es el futuro? ¿Alguien sabe algo?

FIN

NOTAS

- 1 - *Memorias del General Paz*.
- 2 - Ídem.
- 3 - Ídem.
- 4 - Ídem.
- 5 - Ídem.
- 6 - Ídem.
- 7 - Ídem.
- 8 - Expresión referida a Paz en una carta personal, de parte de una mujer hasta hoy desconocida.
- 9 - *Catilinarias*, de Cicerón.
- 10 - Carta de Sarmiento a su primo recién casado.
- 11 - Ídem.
- 12 - Texto inicial de *Facundo*.
- 13 - *Oliver Twist*, de Charles Dickens.
- 14 - Carta personal de Sarmiento.
- 15 - Ídem.
- 16 - “La Nación Argentina”, 7 de julio de 1867, haciendo referencia a una carta aparecida en *El Mercantil*, de La Plata.
- 17 - Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde Estados Unidos.
- 18 - Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde Estados Unidos.
- 19 - Sobre la poesía de Jorge L. Borges “El General Quiroga va en coche al muere.
- 20 - Oración personal escrita por el General Paz.
- 21 - Oración sobre textos de *Facundo* de Sarmiento.
- 22 - Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde Estados Unidos.
- 23 - Ídem.
- 24 - De las *Memorias del general Paz*.
- 25 - Texto sobre las frases iniciales de *Facundo*.
- 26 - Todos los textos teatrales en verso pertenecen a *Defensa y triunfo del Tucumán por el general Belgrano*, de Luis Ambrosio Morante. Estrenada el 30 de junio de 1821, un año después de la muerte de Belgrano.
- 27 - Sobre los versos de la chacarera *El manco Arana*, de los hermanos Núñez.
- 28 - Carta de Sarmiento a Aurelia Vélez desde Paraguay.
- 29 - Frase de Sarmiento.
- 30 - Carta de Aurelia Vélez desde París, en 1900, con motivo de la inauguración de una estatua de Sarmiento.
- 31 - Frase de Sarmiento.

El Ahorcado

Stela Guadalupe Camilletti

Stela G. Camilletti, dramaturga, es profesora de Enseñanza Media y Superior en Letras, profesora Superior de Piano, Posgrado de Coordinación Psicoanalítica de Grupos y coordinadora de Talleres Literarios. Fue titiritera del elenco estable del Teatro Municipal de Santa Fe, y actriz de numerosas puestas teatrales realizadas en el Teatro Municipal de Santa Fe. Ha estudiado Actuación con Augusto Fernández, Laura Yusem y Raúl Serrano, y Dirección teatral con Augusto Fernández y David Amitin. También ha realizado estudios de guión con Luis Buero, Ismael Hasse, Jorge Maestro y Pablo Cullel. Sus estudios de Dramaturgia los realizó con Ricardo Monti, Mauricio Kartun, Ricardo Halac y Marco Antonio de la Parra.

Ha recibido los siguientes premios: Club de Autores, 2001 por *Cosas de familia*, estrenada en el Teatro Cervantes con la dirección de Marcelo Mangone, 3° Premio Nacional Teatro de Humor por *Barajar y dar de nuevo*, en coautoría; Premio Argentores 2003 por su radioteatro *Triángulo inconcluso*; ha sido finalista del concurso de Italia "La scrittura della differenza" por su obra *En tránsito*; Premio Teatro de Humor Breve por su obra *Casting de ilusiones*, representada en Fray Mocho y actualmente 2° Premio del Concurso Nacional de Obras de Teatro del Bicentenario con su obra *El Ahorcado*.

Otras obras representadas son *La mujer del antifaz* y *Amigos íntimos* dirigidas por Rubén Pires en Argentores, *Detrás de la reja*, en el espectáculo *Qué supimos conseguir*, dirigido por Rubens Correa, y nominado a los Premios ACE como director, representada en el Teatro del Pueblo. Es autora también de numerosas obras de teatro aún inéditas.

PERSONAJES

LEANDRO

MARCELINA

BUFÓN

GUARDIA

BUENOS AIRES, DESPUÉS DE LA CAÍDA DE ROSAS, DICIEMBRE DE 1853.

UNA CELDA DE PAREDES DE ADOBE, ROJIZAS, CON UNA VENTANITA ALTA POR DONDE SE FILTRA LA LUZ DEL ATARDECER, A TRAVÉS DE LAS REJAS QUE PROYECTAN SU SOMBRA SOBRE UN CAMASTRO ARRUINADO. SOBRE LA PARED DEL FONDO, EN LA OTRA ESQUINA Y EN DIAGONAL A LA VENTANA, UN MONTÍCULO DE PAJA. LA HABITACIÓN ESTÁ EN SEMIPENUMBRAS. UN BANQUITO Y UNA MESA PEQUEÑA, AL LADO DE LA CAMA.

ESCENA I

Un hombre alto, delgado, aparentemente de más de 60 años, pelo rubio, encanecido, con una larga barba blanca, desarreglada, y un rostro ajado pero dulce, en el que chisporrotean unos ojos azules transparentes, límpidos, y de expresión muy triste; se encuentra aferrado con una mano a la reja de la ventana mirando hacia afuera. Lleva unos pantalones azul marino, camisa arremangada y alpargatas. Hace calor, es verano, pero él aprieta en su mano un poncho de color marrón claro, liviano.

LEANDRO: ¿Hasta cuándo creen que me van a tener aquí encerrado? *(Se suelta de la reja. Corre el camastro y comienza a rasquetear el piso con una lata).* Me miran como si tuviese un cadáver escondido entre las sábanas y yo no lo supiera. ¡Pero ellos sí! Y lo están buscando sin encontrarlo aunque esté allí y yo no pueda verlo. ¿Quién soy, qué soy ahora? *(La puerta se abre lentamente con un chirrido metálico. Leandro corre el camastro ocultando la tierra que ha sacado).* No quiero hablar con nadie. ¡No los dejen entrar!

Asoma una muchacha de aproximadamente 23 años, alta, elegante, fina, de modales suaves, seductores. De frente alta y noble. Sus cabellos negros caen en bucles sedosos a los costados del rostro. Viste de blanco, pollera larga y blusa abullonada con puntillas; elegante, pero sobria. En una mano, trae un candelabro de plata con velas encendidas y en la otra, un pastel.

MARCELINA: *(Con una voz muy dulce)* No se asuste, soy yo. *(Depositando el candelabro y el plato sobre la mesa).*

LEANDRO: *(Abrazándola)* ¡Gracias a Dios! ¿Te acordaste de mí?

MARCELINA: *(Besándolo y acariciándolo)* Lo vine a visitar, a traerle algo.

LEANDRO: ¿Te dejaron pasar?

MARCELINA: Por esta vez, padre, un amigo arregló con un guardia.

LEANDRO: Seguramente quieren saber de qué hablamos. ¡Cuidado con lo que decís! Es una trampa.

MARCELINA: No se preocupe. No van a escucharnos. *(Acercándole el plato)* Es algo que yo hice. Pastel de manzanas, con canela y chocolate. Pruébalo.

LEANDRO: Sí, canela y chocolate. *(Oliendo)* Mmmm. Este olorcito me hace sentir como en casa. Gracias Manuelita, muchas gracias.

MARCELINA: Yo no soy Manuelita y usted no es Rosas, sino Leandro.

LEANDRO: Sí, claro. ¿Leandro?

MARCELINA: Leandro Antonio Alén, papá.

LEANDRO: Una nube está cubriendo mi cabeza Marcelina y todo se me confunde, los pensamientos me llevan muy lejos a lugares del pasado o del futuro que ni siquiera sé si existen o si solamente están en mis sueños. De pronto, la nube pasa y vuelvo a tener los pensamientos claros como siempre. Lo que todavía no sé es si esa nube me trae tormentas o esperanzas. ¿Qué me pasa hija mía?

MARCELINA: ¿Le corto un pedazo?

LEANDRO: Por supuesto. *(Come con voracidad)* Está muy rico. Muy rico.

MARCELINA: *(Acercándose y abrazándolo)* Lo extraño papá. Lo extraño mucho.

LEANDRO: Yo también. Pronto vamos a estar juntos. Tengo un plan. Pero por ahora no te lo puedo decir. La próxima vez que vengas traeme algunos billetes de la casa, de donde vos sabés.

MARCELINA: *(Separándose)* Está bien pero ándese con cuidado y prepárese bien para lo que va a decir en el juicio mañana.

LEANDRO: ¡Voy a decir la verdad! No tienen pruebas en mi contra.

MARCELINA: Ugarte va a defenderlo bien.

LEANDRO: Nadie puede saber qué están tramando y ese muchacho es demasiado joven para luchar contra esas alimañas.

MARCELINA: Tenga confianza.

LEANDRO: Nos prometieron amnistía y nos encerraron.

MARCELINA: ¡Si usted no se hubiera entregado! ¿A quién se le ocurre? Debió fugarse como hicieron tantos.

LEANDRO: “Ni vencedores ni vencidos”, dijeron ellos. ¡Esto me pasa por confiado! Mirá, esas sombras en la pared. ¿Las ves?

MARCELINA: Yo no veo nada.

LEANDRO: ¡No debí haberme puesto estos zapatos! Tienen manchas de sangre. Nadie creerá que son prestados. Ahora ellos son los que mandan, los que acusan, los que gritan: “Asesinos, asesinos”, y nosotros aquí, soportando esos agravios.

MARCELINA: Papá, quédese tranquilo. Mucha gente quiere ayudarnos.

LEANDRO: ¡Se hicieron amigos de los que mandan ahora! No los dejes entrar, por favor te lo pido.

MARCELINA: No pueden venir a visitarlo. Los vigilan todo el tiempo.

LEANDRO: ¡Quieren que mienta, que me haga el loco, que diga pavadas! Pero yo no traiciono. Él ayer estuvo aquí, hablando conmigo.

MARCELINA: Rosas hace tiempo que se marchó, papá, está en Inglaterra ahora.

LEANDRO: Ya sabés como era, solamente nos decía un nombre y nosotros afilábamos el cuchillo, pero ayer no me pidió eso, me dijo que me quedara tranquilo, que pronto iba a quedar libre y que me estaba agradecido por todos los servicios. *(Girando en círculo, alucinado)* Son ellas, Marcelina, avanzan hacia mí, fijate.

MARCELINA: ¿De qué habla, padre?

LEANDRO: Las cabezas, son todas las cabezas. ¡Me acusan! Pero yo nunca les hice nada. ¡Yo no fui! ¿Entendiste Marcelina? Me asusta la sangre y el dolor. No podría hacerle daño a nadie.

MARCELINA: ¡Basta papá, por favor! Acá no hay nada, ni siquiera sangre en sus zapatos.

LEANDRO: Me quieren hacer pagar a mí por todos los que se fugaron.

MARCELINA: ¡Me asusta que siga delirando! ¡Qué dirían sus amigos si lo vieran!

LEANDRO: ¡Ellos desertaron, eso es lo que más me duele! Chtsss. ¿Escuchás? Ese aullido, los pasos. ¿Ves esa mano temblorosa agarrada del cuchillo que vuela como un águila. ¡No quiero que me alcance!

MARCELINA: No hay nada aquí papá.

LEANDRO: Vos no los ves, pero yo los veo. Estar con ellos cansa tanto...

MARCELINA: Acuéstese, que en el sueño no podrán alcanzarlo y tiene que estar bien para no enredarse en las palabras cuando declare.

LEANDRO: No me importan ellos. Vos sos lo único que me importa y lo que puedas pensar de mí el día de mañana.

MARCELINA: Ya sabe que lo quiero.

LEANDRO: Si llegaran a matarme, cuando ya no te fuerce tu obligación de hija, cuando seas libre de mi cuerpo y de mi sangre, ¿qué será de vos con esta vergüenza Marcelina?

MARCELINA: Su problema es que ya no cree. Si creyera le resultaría más fácil.

LEANDRO: ¿Vos creerías en un Dios que te abandona?

MARCELINA: Ningún hombre es Dios, padre.

LEANDRO: Pero Él se le parecía tanto. Por eso todos lo adoraban.

MARCELINA: Yo voy a rezar para que salga. Tenga fe.

LEANDRO: Cuando llegue el verano entonces, podremos ir juntos al río, como cuando te alisabas el cabello con el agua. ¿Te acordás? Y podré abrazar a mi nieto y subirlo a caballito en mis espaldas.

MARCELINA: Sí, papá, iremos al río, todos... como antes, pero hágale caso a su abogado. Deje que diga que está enfermo, que siempre su mente estuvo en tinieblas delirando, que nunca atacó a nadie en sus cabales.

LEANDRO: ¡No! Yo no estoy ni estuve nunca loco. ¡Yo cumplí con mi deber!

MARCELINA: Ellos no piensan lo mismo. ¡Debe rechazar todas las acusaciones!

LEANDRO: Mi propio abogado quiere hacerme pasar por ignorante, quieren que diga disparates. ¿Ya se sabe cuándo van a dictarme la sentencia?

MARCELINA: Si mañana termina el juicio, antes de las Navidades.

LEANDRO: Después dicen que ellos no son crueles. Ni el nacimiento de Jesús respetan estos.

MARCELINA: Al contrario, eso nos da esperanzas. Tal vez podamos festejarla juntos, en el campo.

LEANDRO: Voy a decir la verdad para lograrlo. *(Abrazándola y besándola)* Dígale a mi Tomasa que la quiero como el primer día y que no veo las horas de abrazarla. ¿Por qué no viene a verme?

MARCELINA: *(Evasiva)* Mi madre debe cuidar a los niños, se han refugiado lejos de la casa para evitar el peligro, pero si viniera, no sé cómo iba a poder soportar verlo así, la pobre.

LEANDRO: ¿Será que Tomasa ya no me quiere? ¿Así me devuelve el amor que yo le di y los ocho hijos que criamos?

MARCELINA: Está junto a ellos padre, como si estuviera con usted, dándoles cariño. Hoy mismo la oí rezándole a su santo para que lo cuidara y lo protegiera.

LEANDRO: ¿Y Leandrito, sabe?

MARCELINA: Todos sus hijos saben. ¡Piense en ellos cuando hable!

LEANDRO: ¡Pobrecitos! ¡Cúidense, protéjalos y que la maldición que pesa sobre mí no los alcance!

MARCELINA: Todos esperamos pasar la Nochebuena con usted. *(Se oyen dos golpes en la puerta)*. ¡Tengo que irme ya!

LEANDRO: ¡No salgas! ¡No quiero que te maten!

MARCELINA: Tranquilícese papá. No puedo quedarme mucho más aquí. Van a volver los guardias y no quiero comprometer a nadie.

LEANDRO: ¿Me vas a traer lo que te pedí?

MARCELINA: *(Cómplice)* Sí, papá, quédese tranquilo, que voy a traerle más cosas de la casa, si es que puedo venir de nuevo, pero usted tiene que declarar como le enseñaron. *(Abrazando y besándolo)* Quede con Dios padre. *(Apaga el candelabro y sale llevándose)*.

ESCENA II

LEANDRO: *(Intenta recostarse en su camastro, pero retrocede como asustado y se cubre con el poncho)*. ¡Váyanse! Déjenme solo. Es inútil que vengan a buscarme porque no pienso acompañarlos.

Del montículo de paja, emerge un bulto sacando la cabeza como un caracol. Es un mulato, petiso, con aspecto de simio. Los ojos achinados, la lengua afuera, y el rostro peludo, desprolijo. Viste un traje de tafeta rojo, todo sucio, adornado con galones amarillos y flecos dorados. Lleva un tricorno en la cabeza con un penacho de plumas.

BUFÓN: *(Cantando)*
 Arroró mi niño, arroró mi sol
 Arroró pedazo, de mi corazón.
(De un salto y haciendo una reverencia con el sombrero, se para delante de Leandro).

LEANDRO: *(Se incorpora asombrado).* ¿Y vos qué haces aquí?

BUFÓN: Hace rato que estoy, desde esta mañana, usted todavía dormía.

LEANDRO: ¡¿Y por qué diablos te pusieron conmigo?!

BUFÓN: Pregúnteselo a los que me encerraron. *(Irónico)* Tal vez lo vieron triste y decidieron que lo alegrara. Para eso he sido criado.

LEANDRO: No me parece buena compañía.

BUFÓN: Pero sé lo que es estar perdido, igual que usted. Si no hubiera sido por la Niña de Palermo con su perfume de rosas... *(Meciéndose como un bebé canta el arrullo de una canción de cuna).* Pero ella se fue y ya no será lo mismo. Igual que usted ahora que ya no está con su hija.

LEANDRO: ¡Nos estuviste escuchando! ¿Qué fue lo que oíste?

BUFÓN: *(Señalando el pastel)* ¿Puedo? No trajeron comida hoy.

LEANDRO: Solo un pedazo.

BUFÓN: *(Comiendo con voracidad)* Si usted confiesa todo, ellos van a perdonarlo.

LEANDRO: ¿Por qué te pusieron aquí?

BUFÓN: ¿No somos los dos amigos de Rosas acaso? Fui su bufón y con eso alcanza.

LEANDRO: ¿Van a juzgarte?

BUFÓN: No pueden. Por estúpido y débil mental. *(Riéndose)* El mejor papel que a veces hay que representar es el de tonto. Usted debería hacer lo mismo.

LEANDRO: *(Desconfiado)* ¿Quién te mandó?

BUFÓN: El amo.

LEANDRO: ¿A quién obedecés ahora?

BUFÓN: Yo siempre voy a ser del Restaurador aunque él ya no esté aquí; por algo soy su hijo. *(Burlón)* Antes de escapar me dijo “Andá y cuidámelo a Leandro”.

LEANDRO: *(Dándole una bofetada)* ¡Estás aquí por algo! ¿Viniste a traicionarme?

BUFÓN: ¡No soy un delator! Yo voy donde me mandan.

LEANDRO: Volvé al infierno del que saliste entonces.

BUFÓN: *(Haciendo una reverencia)* Como usted ordene, puedo hacerme invisible cuando el patrón lo desea. *(Se refugia en el montículo de paja que hay en el rincón, ocultándose nuevamente y tapándose con una manta negra).*

ESCENA III

Es de noche. Leandro se pone nuevamente a rasquetear el piso ocultando la tierra debajo del colchón. Se escucha la música de un piano.

LEANDRO: *(Extendiendo su mano hacia el vacío)* Marcelina, Leandro, ¿a dónde van hijos míos? Esperen. ¡Quiero escuchar esos versos que inventás Leandro. ¿No me ven? Debería haberme quedado con ustedes. ¡¿Por qué corrí detrás de Él creyendo que me protegería para siempre?! ¡Vuelvan!

MARCELINA: *(Apareciendo como una ilusión de Leandro. Lleva un elegante vestido bordó con detalles colorados, ancho y ajustado a la cintura, con escote oval. Le extiende una guitarra que trae envuelta en su chal).* Acá tiene papá.

LEANDRO: ¿La trajiste? *(Acariciando la guitarra)* Gracias hija, gracias.

MARCELINA: ¿Quiere que le cante?

LEANDRO: Sí, Marcelina, como antes.

MARCELINA: *(Ejecutando la guitarra y cantando)*
 El que quiera ser mi amigo
 su corbata no almidone
 ni venga de fraque azul
 u otras prendas de traidores.
 ¡Sólo federales netos
 quieren los buenos varones! ¹

LEANDRO: Anoche escuché su voz.

MARCELINA: ¿La mía?

LEANDRO: De la patrona, doña Encarnación. Me decía que había hecho las cosas bien, que no debía arrepentirme de nada y que me estaría esperando. ¿Qué querrá Marcelina?

MARCELINA: Está muerta papá, hace más de diez años.

LEANDRO: ¡No! Y yo no quiero hacer más nada ahora, ya estoy cansado. No quiero oír más gritos, ni sentir ese olor a carne chamuscada. Yo quiero dormir nomás.

MARCELINA: No se aflija, que aquí no puede venir a encomendarle.

LEANDRO: ¡Vos no la conocés como yo! Es más terca que una mula. Cuando se le ocurre algo no para. ¿Y si quiere que espante al que hizo desterrarlo? ¡Yo ya no puedo! No tengo gente. Ni los pulperos van a hacerme caso. Ya no me siguen nada más que para reírse. Solamente vos estás conmigo. ¿Te quedás a dormir hoy?

MARCELINA: Si usted quiere. Acuéstese que seguramente se le aparece en sueños. Después me cuenta.

Leandro corre el camastro y se acuesta. Marcelina lo arropa, lo besa en la frente y desaparece.

BUFÓN: *(Sacando la cabeza debajo de la manta)* ¡Mejor que duermas bien que mañana se decide tu suerte y estás más idiota que yo, viejo zonzo! *(Lanza una risotada brutal).*

La escena se oscurece totalmente.

ESCENA IV

La celda vacía iluminada por la luz de la mañana. Se escucha el canto de candombe de una mulata afuera.

VOZ EN OFF DE LA MULATA

Compañelo di candombe
pita pango e bebe chicha.
Ya le sijo que tiengueno
no se puede sé cativa:
pol eso lo Camundá,

lo Casanche, lo Cabinda,

lo Banguela, Manyolo,

Tulo canta, tulo grita... ²

Se abre la puerta y aparece un guardia con barba y bigotes, robusto, trayendo a Leandro. Viste de negro, camisa arremangada, con aspecto descuidado. De una patada arroja a Leandro al piso.

GUARDIA: ¡Te enterraste solo viejo! Mirá que dijiste disparates, ahora sí que no vas a salvarte, ni siquiera por tu abogado, estaba desesperado el pobre.

LEANDRO: ¡Dije la verdad!

GUARDIA: *(Dándole unos latigazos)* ¡Asesino de unitarios!

LEANDRO: *(Cubriéndose)* ¡Cumplí con mis obligaciones como cualquier subordinado!

GUARDIA: *(Lo toma de los cabellos y lo escupe)*. Entonces brindemos por tu inocencia, viejo. *(Sale riéndose a carcajadas)*.

BUFÓN: *(Sacando la cabeza de entre las pajas)* ¿Qué les dijo a los jueces?

LEANDRO: *(Intentando levantarse agitado)* Que actué en las comisiones que me ordenaron y en alguna que otra me hice el abombado, cuando conocía al pobre diablo. ¡Y ese fiscal enfurecido diciendo que entonces lo hubiera hecho siempre! ¡Como si cualquiera pudiera desobedecer a Rosas!

BUFÓN: *(Riendo groseramente)* Usted sí que se las hizo fácil.

LEANDRO: *(Incorporándose con dificultad)* ¡Pero negué haber matado a los que me cargaron! ¿Por qué te reís?

BUFÓN: *(Le tiende la mano y lo ayuda a levantarse)*. Por nada, ya le dije que tengo que servirlo. Vengo a hacerle compañía. El mandato.

LEANDRO: ¿De quién?

BUFÓN: De la Señora.

LEANDRO: Yo sabía que no me abandonaría. ¿¡Ella te mandó!?

BUFÓN: ¿No estuvo con usted acaso? Vine a entretenerlo para hacerle más lindo el paseo. Doña Encarnación lo espera.

LEANDRO: ¡No me pienso ir con ella! ¡Ya no puede darme órdenes! Ella al principio nos dijo: “No matar. Solo asustar. Muchas piedras, alguno que otro tiro, pero nunca contra la gente”. Y nos dio las direcciones de esos cabrones.

BUFÓN: Y entonces, ¿qué pasó?

LEANDRO: No sé, las cosas se salieron de su cauce, como un dique que estalla por el agua y ya no se pudo detener.

BUFÓN: Gracias a ella, Él pudo volver y gobernarnos. Mire si habrán balaceado ustedes las casas de esos blandengues, que salían huyendo como ratas del infierno.

LEANDRO: ¡Y por eso quieren vengarse, por lo que pasó hace más de diez años!

BUFÓN: Un crimen sigue siendo un crimen aunque corra el calendario.

LEANDRO: ¡Andate!

BUFÓN: ¡Cómo si fuera tan fácil! Dígaselo a los guardias.

LEANDRO: Yo no soy un cobarde como vos, un payaso estúpido.

BUFÓN: Pero soy lo único que tiene a mano si quiere escaparse. ¿No pensó que puedo ayudarlo?

LEANDRO: Vos me estuviste espionando.

BUFÓN: Yo sé lo que anda rumiando.

LEANDRO: (*Girando en círculo*) Las únicas salidas son estas malditas rejas y la puerta que vigilan esos perros con lanza.

BUFÓN: ¿Y qué es ese pozo que está cavando? ¿No será su tumba Leandro?

LEANDRO: ¡Si llegás a hablar te mato!

BUFÓN: No me parece que vaya a lograrlo. Tendrá que pensar alguna otra cosa, usted siempre se las ingenió, por algo tenía fama de camorrero.

LEANDRO: ¡Mentiroso! Yo era un hombre de paz, un pulpero que sabía tocar la guitarra para alegrar a los parroquianos. Ellos sí que me querían.

BUFÓN: ¿Y entonces? ¿Por qué se metió en líos?

LEANDRO: Por culpa de esos que entraron a requisar la pulpería y los corrí a balazos. ¡Venir a controlarme a mí como si fuera un unitario! Corrí a refugiarme en el campamento de Rosas y Él se hizo cargo de mí, hasta me empleó de policía. ¿Se da cuenta por qué le debo tanto?

BUFÓN: Ahí empezó todo.

LEANDRO: No sé. Yo solo veía sangre y sombras. Algunos hasta me pedían que volviera a apalearlos y yo lo hacía una, dos, tres veces hasta

que se callaban. Hasta que apareció ese viejo gritándome como un bicho raro, y yo veía su pico de águila que venía a mordirme y ahí nomás lo senté sobre un brasero para que se calmara.

BUFÓN: Usted sí que sabía lo que era tranquilizar a la gente.

LEANDRO: Ahí fue que me encerraron por un tiempo, mis propios compañeros. Después Él me perdonó y me sacó. Él siempre me perdonaba como Dios. ¿Cómo no iba a rebelarme contra estos que lo echaron como si fuera un ladrón? ¡A Él que tanto hizo por la Patria y los desafortunados!

BUFÓN: Sí, así era el patrón, amigo de los payasos, de los pobres y de los locos.

LEANDRO: (*Abanicándose con el poncho*) ¿Qué querés decir?

BUFÓN: ¿Acaso no soy yo un payaso y usted un pobre loco?

LEANDRO: ¡¿Vos lo odiabas?!
BUFÓN: ¡Pero más lo quería! También a mí me rescató. (*Lo ayuda a apantallarse*).

LEANDRO: (*Riéndose*) ¡Con los golpes que te daba!

BUFÓN: Eso también era cariño.

LEANDRO: ¿Te parece?

BUFÓN: Nadie me acariciaba, en cambio Él sí. Y me llamaba por mi nombre. Y me daba de comer. Comía todo lo que dejaba. A veces me hacían probar antes que Él porque la patrona tenía miedo de que lo envenenaran. Pero Él no le tenía miedo a nada. Lo hacía solo para darle el gusto a su mujer. La jefa se murió porque Él ya no la necesitaba y ella no servía para obedecer nomás.

LEANDRO: ¿Y a vos te necesitaba?

BUFÓN: Yo le daba amor.

LEANDRO: (*Irónico*) ¿A Él?

BUFÓN: ¡A la Niña!

Risas de Leandro.

No se burle. Usted también me necesita si quiere salir de aquí. (*Huye hacia las pajas y se tapa con la manta negra avergonzado*).

LEANDRO: ¡Yo puedo arreglarme solo! Ya vas a ver. (*Se pone a gritar y golpear la puerta*). ¡Tengo sed! ¡Tráiganme agua!

GUARDIA: *(Abriendo la puerta de una patada)* ¿A qué vienen tantos gritos, viejo? ¿Te estás haciendo el loquito para salvarte?! ¡Mirá que yo de testigo no te salgo!

LEANDRO: *(Implorante)* Tengo sed.

GUARDIA: *(Burlón)* Así que el señor anda reclamando. Seguro que a tus presos los atendías muy bien vos. Pero no quieren que te mueras antes de que podamos disfrutarlo. *(Se vuelve de espaldas yendo hacia la puerta).*

Leandro se avalanza sobre él intentando tumbarlo. Forcejean. El Guardia de un empujón lo arroja hacia adentro. Le da unos bastonazos hasta derrumbarlo.

No te hagás el vivo que ya no sos más gallo de riña vos.

Leandro queda tendido en el suelo.

Ahora jodete por bravucón. *(Trae un jarro con líquido de afuera y se lo tira en la cara).* Abarajála si te queda puntería. *(Sale y cierra dando un portazo).*

LEANDRO: *(Se arrastra y se refriega los ojos que le arden pero trata de beber las gotas del piso y de sus manos).* ¡Vinagre!

BUFÓN: Ahora sí que la arruinó. Hoy ni siquiera vamos a ver el caldo y ya me está picando el bagre.

ESCENA V

Aparece la visión de Marcelina en medio de la celda con el vestido bordó. Trae vino en una jarra y un vaso. El bufón permanece en las sombras espiando.

MARCELINA: Tome papá, el vino que más le gustaba.

LEANDRO: Vos sos mi hija preferida Marcelina, quisiera que estés conmigo todo el tiempo, siento que sos la única que me conoce de verdad.

MARCELINA: Los gauchos y los hombres de las orillas también lo conocen padre, y lo recuerdan y le agradecen que se haya jugado con el coronel Lagos a resistirles a estos sitiando Buenos Aires.

LEANDRO: ¡Y nos condenan después de habernos entregado! Mire lo que hicieron con el pobre Chilavert. Todo un valiente y lo

masacraron como perro por la espalda para humillarlo. No quiero que mis hijos queden sin padre y deshonorados, yo sé bien lo que es vivir sin ese apoyo desde los cinco años.

MARCELINA: ¿Por qué no siguió en la pulpería?

LEANDRO: Uno no elige su destino, lo va llevando la vida. ¡No podía fallarle! ¿Comprendés? ¿Vos lo harías?

Silencio de Marcelina.

Dame un poco de vino que este calor no se aguanta.

MARCELINA: *(Sirviéndole)* Tome y sueñe con los que lo amamos.

LEANDRO: *(Bebe y se queda como perdido).* Yo lo quería como a un padre. ¿Entendés? El que no tuve. No podía decirle que no. ¿O acaso se le negaría algo a quien, sin ser de tu sangre, te protege, te cuida, te alimenta y te manda como si lo fuera? ¿Vos me negarías algo a mí, Marcelina? ¿No harías cualquier cosa para ayudarme a salir de aquí? *(La aferra del brazo).*

MARCELINA: ¡Yo hice todo lo que pude padre, pero usted no nos hizo caso!

LEANDRO: Entonces qué clase de hija es. ¿Me abandonarías? ¿Te negarías a cumplir mis órdenes? ¡Dame un abrazo!

MARCELINA: Suélteme padre, me asusta cuando habla como enajenado.

LEANDRO: ¿También vas a despreciarme? ¿Te espanta el olor de mi ropa y de mis carnes?

MARCELINA: No padre, cuando hable como ÉL, cuando se crea que es ÉL.

LEANDRO: ¿Quién soy Marcelina? Cada uno de estos bichos están adentro mío y no dependen de mí. Salen afuera cuando ellos quieren ¿sabés? *(La toma de los brazos y la sacude con violencia).*

MARCELINA: ¡Este es el que menos me gusta! *(Se esfuma).*

BUFÓN: *(Pegando un salto como un resorte. Confidente)* ¿Se acuerda cuando el Restaurador la mandó a la Niña con el inglés? Ella sí que obedecía a su padre. Ese tal Howden me daba miedo, la quería de veras a Manuelita. Loco se volvió por ella y levantó el bloqueo al puerto de Buenos Aires porque se enamoró como un idiota de mi virgencita. Pero ella nunca le dio ilusiones. Mire si se iba a fijar en ese viejo. *(Riendo)* Le ofreció ser su hermana. *(Risotadas).* ¡Qué fiesta! Ella era toda mía. Siempre fue toda mía. *(Llora y se acurruca en cuclillas en un costado).*

LEANDRO: *(Leandro ríe a carcajadas, murmura solo y camina).* ¡Vamos a

divertirnos aunque las tripas se nos revienten de hambre! Dejemos que la ingratitud se vaya. Traeme un poco más de vino y alcemos nuestra copa juntos como antes. *(Alzando las manos hacia el cielo e inclinando levemente la cabeza, histriónico)*. ¡Que la risa impida llegar hasta mí a esos que se venden al extranjero como putas de raza!

BUFÓN: *(Golpeando el piso con sus palmas y haciendo con su mano y con su boca sonido de clarines)* Tu... tu... tu... rata... plmmmm... plmmmm... plummmmm... *(Ofreciendo su trasero y simulando con su boca un sonido soez. Cantando y haciendo la mímica)*

Camina agachado, se pone de pie, agita las manos,
de pelo enrulado mirada torcida y nariz como un pez,
los pies para adentro la panza hacia fuera,
se mueve al revés.
La boca cansada, la lengua hacia afuera, la espalda encorvada.
¡Qué feo que es!

(Gesticulando) ¡Si me habrá festejado la Niña esta canción, bailaba y los pechos se le movían como manzanas y mis ojos se saltaban devorándolos!

(Baila y ríe mientras canta).

Camina adelante, camina hacia atrás
hacia los costados como alucinado
moviendo de un lado su culo y sus pies.
¡Qué tonto que es!

LEANDRO: *(Riendo)* ¡Vos sí que estabas loco! ¿O te hacías?

BUFÓN: “No tan loco”, me decía la Señora y me mandaba entre los sirvientes borrachos de los enemigos para que los delataran. No tan loco y me acariciaba las orejas y me hacía cosquillas y me dejaba jugar con la Niña cuando era más chica. Cuando la conocí iba con sus negras para la plaza, yo me paré enfrente como un mono y le sonreí, y las negras me empezaron a tirar granos de maíz y yo a saltar y a comer como un palomo y así sembraron el camino de granos para que las siguiera y así me entré en la casa y me acomodaron en el alambrado junto a los perros. Y a la noche, doña Encarnación vino con un plato de comida caliente y me

dijo: “Vos te vas a quedar aquí y vas a ser mis oídos en cada rincón de Buenos Aires”. Yo no le entendí, pero le dije que sí con la cabeza y comí.

LEANDRO: *(Riéndose)* Comiste como otro de sus perros.

BUFÓN: Y usted se reía, junto con Él, cuando hacía competencia de ruidos con mi culo y los perros asustados venían a olerme mientras Él me los echaba encima como si yo fuera uno más de la perrada.

LEANDRO: *(Soltando una carcajada grosera)* ¡Qué cómico era, y qué apuesto! Pero usted debería estar agradecido, se lo apreciaba, se lo alimentaba, se lo mimaba.

BUFÓN: ¡Él debería estar agradecido! Fui yo el que le lamió los pies cuando se le fue la difunta! ¡Fui yo el que le llevaba los pañuelos de ella y se los ponía en la cara con agua de rosas y después me retiraba cuando venía la Niña! De lejos se sentía el olor a jazmines que traía y entonces Él me hacía señas con la mano para que me fuera. *(Olfateando)* Desde lejos.

(Cantando y haciendo la mímica)

Camina agachado, se pone de pie, agita las manos,
de pelo enrulado, mirada torcida y nariz como un pez,
los pies para adentro la panza hacia fuera,
se mueve al revés.
La boca cansada, la lengua hacia afuera, la espalda encorvada.
¡Qué feo que es!

Una noche llena de estrellas, a la Niña le habían robado el taburete y yo me puse así, de rodillas, mientras ella tocaba el piano. Ese día fue el más feliz para mí, la sentía ahí, arriba mío, tibia, perfumada. ¡Cómo no iba a quererla así!

(Arrodillado)

Camina adelante, camina hacia atrás
hacia los costados como alucinado
moviendo de un lado su culo y sus pies
¡Qué tonto que es!

LEANDRO: *(Irónico)* Usted la pasaba bien entonces.

BUFÓN: Hasta esa vez que entré a buscar lo que era mío nada más.

LEANDRO: ¡¿Qué hizo?! *(Adoptando una actitud autoritaria y una postura payasesca como si fuera Rosas).*

BUFÓN: Me encontraron metido en la cama de la princesa y eso no me lo perdonó el amo.

LEANDRO: ¿Cómo se le ocurrió ese disparate? *(Actuando más severo pero burlón).*

BUFÓN: Quería olerle los cajones, la ropa, las sábanas, no aguantaba más. Ella ya no me llamaba, se escapaba de mí como de la peste y de pronto, enloquecí y me metí en su santuario. Entonces Él me hizo atar sobre un hormiguero, y yo sentía que las hormigas se me metían por todos los pedacitos de mi carne, y gritaba como un chanchito en el matadero. A la Niña se le saltaban las lágrimas de verme así hasta que Él se apiadó de mí o de ella y me sacaron antes de que me taladraran. Yo nada más quería el perfume, ese olor a jazmines, me emborrachaba, sabe, es como si me tomara litros y litros de ese licor que hacía la negra y que nos mandaba a dormir a todos. *(Bostezando, se despereza y se recuesta entre las pajas cantando).*

En el prado de Palermo
hay esbelta y olorosa
entre nardos una rosa
y es de carmín su color.³

LEANDRO: No te duermas. ¿No me dijiste que me ayudarías a escapar? *(Se pone a rasquetear el piso).*

BUFÓN: ¿Y por qué se mandó solo entonces, para alertarlos?

LEANDRO: Fue un impulso de desesperado.

BUFÓN: ¡Confíe en mí! ¿No sabe acaso que soy amigo de los mulatos? Ya nos darán alguna señal. ¡Y tire esa tierra por la ventana, de a poco! Pero ahora déjeme dormir que estoy cansado. Este calor me está matando.

Leandro obedece.

Viejo loco. ¿A quién se le ocurre hacer un pozo? No lo terminaría en un año. Lo único que vas a conseguir es que nos maten.

ESCENA VI

Va oscureciendo. Leandro camina nervioso de uno a otro lado hasta que se sienta sollozando y ocultando su cabeza entre las manos.

LEANDRO: ¡Marcelina! ¿Dónde estás? No quiero estar solo. No me aguanto estar encerrado como si ya estuviera muerto, esperando con este estúpido el momento de estar libre o enterrado.

MARCELINA: *(Apareciendo en el medio de la habitación, como un recuerdo de Leandro. Está en camisón, embarazada y con el cabello suelto iluminada por una luz extraña. Le acaricia la cabeza como si fuera un niño).* No es esta la primera vez que usted está preso. A lo mejor ahora don Juan Manuel también pueda hacer algo. Tengamos esperanzas.

LEANDRO: De no ser por vos yo hubiera muerto aquella vez en esa cárcel.

MARCELINA: No me lo agradezca. Soy su hija.

LEANDRO: ¿Cómo conseguiste su perdón para mí? ¿La obligó a algo? Usted se casó al tiempo de conocerlo a Él.

MARCELINA: ¡Se convenció de su locura, padre y quiso ayudarlo, como lo hizo con tantos!

LEANDRO: *(Acariciando la panza de Marcelina)* Mi nieto cambiará el destino. Piense en su fruto y adóbelo bien para que se haga hombre. ¿Sabés lo que se cuenta de vos y del Restaurador, no? A mí podés decirme la verdad, Marcelina. Tenés que confiar en tu padre.

MARCELINA: ¿Qué dice usted? ¡Desvaría!

LEANDRO: En las noches, cuando escucho el sonido de las ratas comiendo la madera los imagino con sus cuerpos jadeando y créame que me carcomen los celos. Si hasta puedo verlos, sentir el olor, palpar el sudor de los cuerpos retozando.

MARCELINA: Pero qué disparates padre, sigue usted alucinando.

LEANDRO: Ojalá sean solo infamias. ¡Sos tan frágil! ¡De vos tiene que nacer algo nuevo, otra sangre que entienda nuestro sufrimiento, que le dé cauce a esta nada! ¡De vos tiene que nacer la esperanza, el futuro, el milagro!

MARCELINA: ¡No lo entiendo! Si verlo a Él para mí era como ver el sol con esa energía y esa fuerza que irradiaba, protegiéndonos a todos con su rayo, como otro padre que usted nos regalaba.

LEANDRO: ¡Es cierto, vos no podés haber dormido con Él, burlándose los dos a mis espaldas!

MARCELINA: Ni aún por su locura puedo permitirle que dude así de mí y de Él.

LEANDRO: Yo adivinaba su deseo, y su respiración entrecortada cuando te le acercabas.

MARCELINA: ¡Ni siquiera su enfermedad le da derecho! Él siempre me ha respetado.

LEANDRO: Y ahora está libre, en su nueva casa inglesa, mientras yo aquí, soportando el juicio de estos canallas con la amenaza de la horca esperándome entre el calor y las moscas. ¡Ellos necesitan un culpable! Vos y tus hermanos van a caminar por la calle como parias y deberán pedir perdón por mis pecados. ¡Eso va a pasarles! Y yo, el fuerte, el bravo, no puedo hacer nada aquí por evitarlo.

MARCELINA: Si sigue así, puede enfermarse y de gravedad, padre.

LEANDRO: ¡Ojalá! Así le ahorro a mi familia verme aprisionado como un sapo, con el cuero resecaándose en el sol, visitado por toda clase de insectos y los hijos de todos esos que apaleé para que no nos molestaran, disfrutando el espectáculo.

MARCELINA: ¡Ya se está usted solo condenando! Todavía no se han pronunciado. Espere hasta mañana.

LEANDRO: Tocá. Marcelina, tocá que solamente así vuelvo a estar en casa.

Marcelina desaparece en la oscuridad. Se escucha la música del piano.

No te vayás, hija querida, llevame con vos.

MARCELINA: *(Se oye su voz pero no se la ve).* Le dejo mi música, padre.

LEANDRO: Cuando vos te vas, ella viene, esa araña grandota peluda a vigilarme. *(Acurrucándose y mirando hacia la puerta)* Tengo miedo Marcelina.

ESCENA VII

Amanece. Se escuchan ruidos afuera. Se abre la puerta y aparece el guardia con un periódico en la mano. Leandro se corre con recelo.,

GUARDIA: ¿Qué recibimiento es ese? Le traigo noticias que pueden interesarle.

LEANDRO: ¡No quiero leerlas!

BUFÓN: *(Pega un salto desde el rincón y se coloca a su lado cómplice y hablándole bajo).* ¿Por qué está asustado?

LEANDRO: ¿Qué día es hoy?

GUARDIA: Veintidós de diciembre.

BUFÓN: Ya debe haber salido su sentencia.

LEANDRO: *(Al Bufón)* ¿Y qué? A lo mejor van a liberarme.

GUARDIA: *(Se ríe).* Mejor leé y enterate así te prepararás bien para la Nochebuena.

LEANDRO: Te burlás de mí porque estoy débil y sin alimentarme.

GUARDIA: Pronto ya no lo estará, lindo regalo le van a dar en Navidad.

LEANDRO: ¿Voy a salir entonces?

GUARDIA: ¿Quiere que se lo lea?

LEANDRO: ¡No debe ser nada bueno si estás tan apurado!

GUARDIA: ¡Salió en *La Tribuna!* Usted sí que es importante.

LEANDRO: *(Haciendo ademán de quitarle el diario)* Mostrame.

GUARDIA: *(Dando un salto hacia atrás lo evita y lee como si fuera un pregón).* “A las nueve horas de la mañana del 29 de diciembre serán fusilados en la plaza de la Concepción y en presencia de la concurrencia, Ciriaco Cuitiño y Leandro Alén”. ¿Usted se llama así, no?... “Famosos por sus hechos y crueldades durante la tiranía sangrienta de don Juan Manuel de Rosas”.

LEANDRO: ¡Mentira! ¡Lo dice para acobardarme!

GUARDIA: “En presencia de un sacerdote que luego de la ejecución, exhortará al pueblo para que aproveche del ejemplo palpitante”.

LEANDRO: *(De un salto intenta quitarle el diario de las manos).* Estás inventando.

GUARDIA: *(Riendo)* ¡Espere que falta la mejor parte! “Y después va a quedarse cuatro horas colgando de la horca, en la plaza”. *(Le tira el diario en la cara).* ¡Lindo espectáculo! *(Sale riendo y dando un portazo).*

LEANDRO: *(Abriendo el diario y leyendo)* ¡Alimañas! Ya lo tenían pensado desde antes. El juicio fue solo una farsa de esos malditos.

BUFÓN: El que mal anda mal acaba.

LEANDRO: ¿Vos también querés vengarte? Yo siempre cumplí con mi deber. No se impone la ley acariciando. ¡No quiero verte más!

BUFÓN: Como quiera, entonces ya no voy a venir a hablarle.

LEANDRO: *(Sollozando, vencido)* No por favor, quedate, necesito una voz que me diga lo que tengo que hacer, que me guíe, que muera y no sea yo.

BUFÓN: Acepto, viejito estúpido, pero quiero algo a cambio.

LEANDRO: ¿Qué cosa? ¿Los billetes que va a traerme Marcelina?

BUFÓN: Con ella tiene que ver, pero para mí es algo más valioso. Prestámela un rato.

LEANDRO: ¿A quién?

BUFÓN: A tu hija, a quién va a ser.

LEANDRO: ¿Para qué? Vos estás más loco que yo.

BUFÓN: Si hasta Rosas me dejó besar a su hija por qué no lo va a hacer usted. Es mi único deseo. Si usted lo hace yo le voy a conceder el suyo. Pídaselo, vamos, no podrá negarse en un momento como este, si es que lo quiere tanto.

LEANDRO: ¿Cómo podría pedirle algo que hasta a mí me causa asco?

BUFÓN: ¡Mire que ya no está en posición de insultarme como antes! Solo retírese, déjeme hacer a mí, disfrutar aunque sea una sola vez la bendición de sus caricias, de sus miradas.

LEANDRO: ¿Solamente eso?

BUFÓN: Sí, solamente eso. Tampoco quiero sentir su rabia.

LEANDRO: ¿Y vos que harías por mí?

BUFÓN: Haría que ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos lo vieran morir, y usted tampoco vería sus ojos espantados allí, clavados en el vacío como futuros condenados. Yo haría eso por usted y a lo mejor ellos así podrían salvarse de la vergüenza de ser parientes del ahorcado.

LEANDRO: ¿Usted cree? ¿Hay alguna posibilidad de hacer algo? ¿Me ayudaría a esquivar el infierno que me espera?

BUFÓN: Solamente si me dice la verdad. ¿Por qué dice que es inocente?

LEANDRO: ¡Yo no maté a Amarilla! ¡Fui a buscarlo para ayudarlo a escapar como hice con tantos!

BUFÓN: ¡Lindo escape es el degüello!

LEANDRO: Yo le había pintado la cara, lo había disfrazado, lo iba a subir al bote, ya estaba casi a salvo, pero alguien le avisó a Cuitiño.

BUFÓN: ¡Usted solo se cree ese cuento!

LEANDRO: ¡Es la verdad! Arriesgué mi vida por salvarlo.

BUFÓN: ¿Y por qué no lo mataron a usted también por traicionarlos?

LEANDRO: Cuitiño me quiere como a un hermano, sabe que soy leal como un perro y lo tomaron a risa, como travesura de viejo loco.

BUFÓN: Ahora me gusta más. Usted hizo una travesura que terminó en degüello.

LEANDRO: ¡No me confunda!

BUFÓN: ¿Y por qué no se los explicó a los jueces? ¡Ni siquiera un niño podría creerle! Con su fama. Además lo vieron cuando se lo llevaba.

LEANDRO: *(Vencido se agacha llorando)*. Es la verdad. Solo Amarilla podía decir que yo quería salvarlo y lo han matado, por mis amigos estoy aquí atrapado.

BUFÓN: *(Burlón)* Pensándolo bien Leandro, tal vez le tengan piedad, la misma que usted le tuvo a Amarilla y a mí cuando me inflaban las tripas para que mi culo tronara.

LEANDRO: ¡Bastardo! Fueron ellos, me lo quitaron y se lo llevaron.

BUFÓN: ¿Y qué importancia tiene lo que yo crea? ¡Bien que se divertía con mis ruidos!

LEANDRO: ¡Quiero estar solo!

BUFÓN: Desde cuándo en la cárcel se andan con privilegios. El señor quiere cuarto propio.

LEANDRO: ¡Sáquenlo!

BUFÓN: ¿No quiere que muera otro en lugar de usted? A lo mejor yo puedo hacer ese milagro.

LEANDRO: ¿Cómo podrías hacer eso?

BUFÓN: Hágame caso que yo soy capaz de sacrificarme. Para eso me han preparado, para servir. ¿Se le ocurre algo mejor?

Leandro niega con la cabeza agachándola deshauciado.

¿Y entonces? Confe en mí, después de todo tenemos lazos de sangre.

¿No somos acaso hijos del mismo Padre?

LEANDRO: ¡Mentira!

BUFÓN: *(Yéndose a su rincón)* Chsss. No me moleste, que yo sigo pensando. *(Se oculta entre las pajas)*. Algo se me va a ocurrir. Usted no va a ser fusilado, qué diablos.
No se abandona así a un hermano.

ESCENA VIII

Se escucha el canto de una mulata a través de la ventana.

Cielito y cielo nublado
por la muerte de Borrego
enlútese las provincias
lloren cantando este cielo.
Este es el cielo de los cielos
que hemos todos de cantar
porque ya los unitarios
nos quieren esclavizar.⁴

BUFÓN: ¡Ahí está la mulata! Escuche, solo ellos pueden hacer algo. Tenemos que tener esperanzas.

LEANDRO: Mientras no la escuchen los guardias. Ojalá no se olviden de nosotros estos mulatos. Rosas los ayudó, y nosotros éramos su brazo.

MARCELINA: *(Surgiendo como una aparición con el vestido bordó, y sus zapatos manchados con sangre, acusadora)*. ¡Usted quiso ser Él!

LEANDRO: ¡No es cierto!

MARCELINA: Como si yo nunca hubiera pisado la sangre seca de los muertos, de sus muertos.

LEANDRO: ¡Esas son todas mentiras que le dijeron! Habladurías y chimentos. Yo nunca maté a nadie. Eran muertos de otros.

MARCELINA: Da lo mismo si usted estaba con ellos. Era sangre y yo caminaba con ese olor metido en mis zapatos. ¡Por eso quería comer descalza! Pero no podía quitarme la boca para no gritar lo que sentía y entonces, la voz se me hacía un nudito chiquito en el pecho y hablaba otra que no era yo, que no era su hija.

LEANDRO: Todos éramos otros.

MARCELINA: ¿Usted también?

LEANDRO: Yo más que nadie. ¡Nosotros fuimos la garantía de este orden que ahora aprovechan otros! Y encima no vamos a morir peleando, sino colgando de una soga, como payasos. ¡No quiero morir solo frente a todos!

MARCELINA: ¡Como estuvo siempre!

LEANDRO: Usted lo sabe desde entonces.

MARCELINA: ¡Claro que lo sé! Desde que lo escuchaba caminando por las noches con el paso cansado, sin poder dormir.

LEANDRO: ¡No me traiga esos recuerdos!

MARCELINA: Otras veces lo escuché sollozar.

LEANDRO: Mentira, eso no es verdad.

MARCELINA: ¡Sí! ¡Lloraba sintiéndose culpable!

LEANDRO: *(Con desesperación)* Es que vos no sabés cómo es la sangre, Marcelina. Pegajosa... a veces se te seca en la mano y se vuelve oscura, como una sombra. Y yo tengo toda esa sombra adentro mío, iluminada por los ojos de los muertos, que bailan delante de mí una danza salvaje que no me deja atrapar el sueño.

Marcelina retrocede austada.

Enloquece al principio, pero después no, uno se siente fiero, que no lo pueden vencer y más si se lo recompensa el patrón. Entonces sí, sabés, uno siente que cumplió con su deber. Y después de un tiempo, viene el segundo y ahí sí, uno ya está hecho, ya no tiembla y solo siente el coraje por lo que va a hacer y la recompensa que viene después por la defensa del pueblo y del Restaurador de las Leyes, pero siempre en funciones de policía querida. Hasta que le llega el último, y entonces se le amontonan los cadáveres todos juntos, y uno se da cuenta, y quiere volver atrás, pero ya no puede, Marcelina, ya no puede. Nunca sé si fueron tantos o la fiebre hace que vuelva a ver el mismo una y mil veces.

MARCELINA: ¿Cuál de todos es mi padre?

LEANDRO: *(Amenaza pegarle levantando su brazo. Se contiene)*. Yo solo cumplía órdenes, hasta el infierno hubiera ido si Él me lo pedía.

MARCELINA: ¿Aunque hubiera debido matar a una inocente como Camila solo por enamorarse?

LEANDRO: ¡Ese fue su gran error! ¡Pero por suerte a mí no me dieron ese encargo!

MARCELINA: Si hubiera sido yo la desdichada. ¿Habría salido a defenderme, padre? ¿Lo hubiera enfrentado?

LEANDRO: Vos Marcelina nunca te hubieras escapado con un cura como una descarriada.

MARCELINA: ¿Y si me hubiera enamorado? ¡Contésteme padre! ¿Lo hubiera enfrentado? (*Desaparece en la oscuridad*).

LEANDRO: ¡Guardia!

GUARDIA: (*Desde afuera*) ¿Qué pasa?

LEANDRO: Sáquenla de aquí, que se vaya. ¡No quiero hablar más con ella!

GUARDIA: (*Entrando con un plato de comida y un jarro*) Estás chiflado viejito. Ya no te queda nadie y cada día estás más loco hablando solo. Comé, y festejá que mañana es Navidad y ya te falta poco para juntarte con el diablo. (*Cierra la puerta riendo y sale*).

LEANDRO: ¿Cómo estarán hoy todos ellos, soportando esta espera interminable?

BUFÓN: (*Surgiendo de las sombras*) ¿Por qué tiembla, Leandro?

LEANDRO: Tengo miedo por mis hijos, por mis nietos. ¡Los condenan a ellos también! Mi mujer, pobrecita, sin culpa, inocente de todo mi Tomasa, mi ángel. Tengo miedo de la forma en que van a recordarme.

BUFÓN: (*Comiendo y dándole un trozo a Leandro*) ¿Sabe lo que me dolía más que el castigo, que los golpes?

Leandro rechaza la comida.

¡El miedo de la Niña brotándole en la cara cuando me veía! Ella se empezó a dar cuenta, cuando se dio vuelta a buscar un tazón y me vio a mí oliendo su perfume y tocándome las nalgas. ¡El loco, el tonto, se atrevió a soñar con la luna, pero con qué otra cosa puede soñar alguien como yo!

LEANDRO: ¿Todavía la extraña?

BUFÓN: Estos tiempos de soledad me hicieron aprender. Yo también me volví como un animal salvaje que se metió adentro mío para siempre, haciéndome más fuerte. Ya no les temo, ellos son los que ahora empiezan a temer y usted también. ¡Cómo cambian las cosas!

LEANDRO: (*Pateando el plato*) Todos matamos peleando. ¡Pero a estos no, soy inocente! Y voy a pagar por todos ellos.

BUFÓN: ¡Inocente! ¿Quién puede serlo en estos tiempos? (*Desapareciendo en el rincón y desde las sombras*) Sin embargo, Leandro, quizá los hijos de sus hijos alzarán este guante que usted les ha tirado.

LEANDRO: No te entiendo.

BUFÓN: Qué va a entender, solo los locos entienden y hoy usted parece haber recuperado la razón.

LEANDRO: Estoy loco, escuchando palabras de la boca de un bufón, estoy loco, más loco que nunca. ¡Que no se avergüencen de mí mis hijos! Sáquenlo de aquí. Llévenselo. ¡Quiero dormir! ¡Quiero estar solo!

El bufón salta haciéndole burlas y morisquetas y, dando un chillido, se enrosca como un mono en el piso.

ESCENA IX

Se abre la puerta con un chirrido suave. Entra Marcelina, real, con un vestido celeste y blanco y un moño del mismo color recogiendo sus cabellos.

LEANDRO: (*Gritando*) ¡Marcelina! ¿Qué hace así vestida de unitaria?

MARCELINA: (*Corriendo a sus brazos*) No tuve opción padre. Fue la condición para que me dejaran venir a confortarlo. Quería venir a saludarlo. Tome, le traje un pan dulce.

LEANDRO: El que amasa mi Tomasa. ¿Hoy es Navidad?

MARCELINA: Sí, y están todos rezando por usted en casa. Rece padre, y pídale a Dios para que se produzca un milagro. (*Dándole unos billetes*) Aquí tiene lo que me pidió. ¿Hay esperanzas?

LEANDRO: No me encontrarán.

MARCELINA: Es lo que todos deseamos.

LEANDRO: Pero usted tiene que hacerme un favor antes.

MARCELINA: ¿Cuál?

LEANDRO: Mírelo. ¿No le parece hermoso?

MARCELINA: ¿Qué broma es esta?

LEANDRO: ¿No se merece un abrazo, un beso de tus labios en un día de regocijo?

MARCELINA: ¿Qué locura me pide? Ni la cercanía de la muerte lo vuelve razonable.

LEANDRO: Hágalo por mí, para evitarle las burlas a su padre.

MARCELINA: ¿Pero de qué va a servirle esto?

LEANDRO: Confíe en mí y hágame caso. Yo no voy a estar en esa plaza.

MARCELINA: No entiendo este capricho extraño. ¿Ya arreglaron con alguien?

LEANDRO: *(Confidencial)* Él prometió ayudarme si te acercás a besarlo. No es para tanto.

BUFÓN: *(Desperzándose y cantando)*
 Rana, rana, quién me llama
 tu amor qué poco te ama.
 No me tenga asco Niña, yo ya tuve una novia que era una princesa, y si he caído en desgracia fue solo por estar enamorado. Hágalo por su padre.

MARCELINA: ¿Pero esto es absurdo! ¿Qué puede hacer él por nosotros? ¿No es demasiado tarde?

BUFÓN: ¡Confíe en mí! Es el último deseo de su padre, si usted lo hace le prometo que no va a morir frente a todos en la plaza.

MARCELINA: ¿Pero de qué le serviría que lo besara?

BUFÓN: Para traerme el recuerdo de otros labios, y que su padre no los avergüence.

MARCELINA: ¿Y usted qué dice padre?

LEANDRO: Nada perdemos los dos con intentarlo. No es para tanto. Este hace rato que viene tramando algo. *(Susurrando)* Es muy amigo de los mulatos. Tal vez venga alguien a sacarnos, tenemos todavía tres días para escaparnos y además este dinero puede ayudarnos.

MARCELINA: Lo hago por usted padre, si es su última esperanza. *(Cerrando los ojos)* Solamente ciega puedo acceder a un capricho tan descabellado.

BUFÓN: Con los ojos cerrados no, quiero mirarla, como lo hacía con ella. Tenga piedad de mí señorita que yo la tendré de su padre. Súbase arriba mío, niña, como si fuera su caballo y si yo le doy asco puede espolearme.

Marcelina monta sobre él y con rabia lo cabalga y aprieta sus piernas con furia. Leandro, avergonzado, se da vueltas para no mirar.

Golpee, golpee a este caballo, así, así como lo hacía ella, solo me falta la risa de la gente, sus aplausos.

Galopan cada vez más fuerte. El bufón en la cumbre del placer se ríe a carcajadas grotescamente, luego corcovea, la tumba y se arroja a besarla. Marcelina rueda asqueada y se levanta dando arcadas como si vomitara.

LEANDRO: *(Golpeándolo)* ¡Basta esperpento! Dejala. Era solo un beso. Te has propasado.

MARCELINA: No puedo creer que me haya hecho hacer esto padre, pero lo perdono, lo perdono por ser la última locura de un anciano. *(Llorando huye espantada)*.

LEANDRO: *(Gritando)* ¡Nos veremos en la casa! Decile a Tomasa que iremos todos al campo.

BUFÓN: Si Él me dejaba hacerlo con la Niña, por qué no habría usted. ¿Se cree mejor que Él acaso?

LEANDRO: ¡Bestia deforme! No debí haberte dejado. Pero ahora vas a cumplir con tu promesa. ¿Cómo diablos vas a liberarme?

BUFÓN: Tenga paciencia, yo tengo aliados allá afuera, más leales que los suyos. ¿No escucha sus cantos?

LEANDRO: ¡No me importa ya morir pero no quiero darles función a esos guanacos ni dejar a mi familia abandonada!

BUFÓN: No se preocupe. Una promesa es una promesa. Crea más en la palabra de un loco que en la de un gobernante Leandro. No voy a dejar que ellos lo maten.

LEANDRO: ¿Vas a ayudarme, entonces?

BUFÓN: Un bufón siempre dice verdades cuando habla. Usted solo espere y tenga confianza. Si es necesario yo tomaré su lugar, Leandro. *(Se acurruca junto al banco)*.

ESCENA X

Es de noche. Se ven sombras y luces de fogatas a través de la ventana.

BUFÓN: *(Asomándose)* ¡Están quemando los cuadros con las imágenes del Restaurador!

Sus ojos parecen que largan llamas de furia. ¡Lo están asando!

La canción de la mulata se escucha susurrante en la ventana

Que sepan todos que soy
negrita muy federal,
negrita que en los Tambores
ocupa el primer lugar
y que todos me abren cancha
cuando salgo yo a bailar.
He de hacer ver que, aunque negra,
soy patriota de verdad.⁵

LEANDRO: Déjeme ver. *(Se acerca a la reja. La negra le pasa un papel. Lee).*
“Nosotros, los de 'hacha y chuza', siempre estuvimos dispuestos
a poner el cuero cuando hizo falta. ¡Viva la Federación!”.

BUFÓN: *(Le saca el papel y lee).* “Moriré como buen federal, feliz de
ponerle el pecho a las balas”.

LEANDRO: ¡Es de Cuitiño!

BUFÓN: ¡Está orgulloso de ir al matadero! *(Vuelve a mirar por la ventana).*
¡La mataron!

LEANDRO: ¿A quién?

BUFÓN: A la negra. Le cruzaron un lanzazo. Se saltaron los ojos como dos
gusanos blancos de la cara. *(Se baja).* ¡No quiero mirar! Ahora sí
que va a ser imposible sacarlo.

LEANDRO: *(Caminando enfurecido)* ¡Yo no quiero morir a manos de esos
cabrones de pelo engrasado!

BUFÓN: *(Saltando)* No voy a dejarlo, hoy es el día de los Santos Inocentes,
Leandro.

LEANDRO: *(Dándole un empujón al bufón)* ¡Marcelina, te estoy llamando!

MARCELINA: *(Apareciendo como una visión fantasmal)* El que las hace las paga,
me dijo siempre.

LEANDRO: Pero a mí me fueron llevando las circunstancias, se fueron
enlazando solas como un ternero guacho.

MARCELINA: Y usted tampoco puso voluntad para frenarlas. Tiene que
afeitarse, mañana le traigo todo.

LEANDRO: ¡No! Mejor así, que no se me vea la cara, que sea otro. Yo ya no
estaré aquí. El que va a morir mañana va a ser otro, no su padre.

MARCELINA: Es cierto. Ese murió hace rato.

LEANDRO: ¡¿Qué dice?!

MARCELINA: ¿No se dio cuenta? Las vueltas que he dado para encontrarlo.
¡Cómo lo necesitaba! Y usted siempre encima del caballo con esos
otros bárbaros... si parecían animales. Una bestia encima de la
otra. Si habré rezado tanto, no por usted, por ellos rezaba, para
que no los alcanzaran. Pero era inútil, siempre los encontraban.

LEANDRO: ¡No me hable así, que a muchos he ayudado y hasta les he avisado
para que se salvaran!

MARCELINA: ¡Sabe el esfuerzo que voy a tener que hacer para perdonarlo! ¿Qué
va a ser de mi hijo cuando crezca y le digan que es el nieto del
ahorcado? ¿No se da cuenta de que su descendencia está maldita
y que nos ha tirado encima la sangre de todos los que ha matado?

LEANDRO: Yo no maté a nadie. Eran los cuchillos que volaban como si
tuvieran alas, se iban solos hasta las gargantas como si danzaran y
en un momento todo se confundía: la sangre y los ponchos
colorados, la transpiración y las lágrimas, el olor de la muerte y el
sudor de las nalgas.

MARCELINA: ¡Arrepiéntase y rece padre! Rece mucho, rece toda la noche.

LEANDRO: Ya es tarde, pero igual voy a hacerle caso, así pueda ser que
mañana ya no esté aquí cuando vengan a buscarme.

MARCELINA: ¿Qué será de todos nosotros?

LEANDRO: No sé, no sé. *(Se arrodilla llorando).* ¡Perdón, Perdón!

MARCELINA: Levántese, padre.

LEANDRO: No me recuerde así Marcelina, recuérdeme como las noches en
las que la música del piano nos envolvía alejándonos de toda esa
furia salvaje.

Marcelina desaparece.

¡Vuelva, no me deje aquí solo!

BUFÓN: *(Saltando de su rincón gritando)* ¿Ya se olvidó de mí? Yo fui el único
que escapó de Él. No pudo conmigo, no pudo enderezar mi espalda,
ni desenredar mis cabellos, ni arreglar mi nariz. Yo estoy entre los que
se salvaron y también voy a salvarlo a usted si me hace caso.

ESCENA XI

Se oye el chirrido de la puerta de la celda al abrirse. Entra nuevamente Marcelina real, apesadumbrada, vestida de blanco y celeste, cubriéndose con un chal largo de seda.

- LEANDRO: *(Gritando autoritario)* ¡Marcelina! Te estaba esperando.
- MARCELINA: Nosotros también lo estuvimos esperando. ¿No dijo que iba a escaparse?
- LEANDRO: Todavía no me han matado.
- MARCELINA: ¿Dijo ya sus oraciones? Pronto vendrán a buscarlo.
- LEANDRO: ¿Quiénes?
- MARCELINA: Los guardias y el sacerdote. Me dieron estos últimos minutos. Despidámonos antes de que lo saquen.
- LEANDRO: ¿Para qué?
- MARCELINA: Usted va a irse con ellos.
- LEANDRO: ¿Es verdad entonces? ¿Van a liberarme?
- MARCELINA: No padre. ¿Por qué no me escuchó antes?
- LEANDRO: ¿¡Quiéren matarme!? ¡Bufón estúpido! ¿Por qué diablos te creí? ¡No quiero que sean ellos los que decidan esta vez!
- MARCELINA: Ahora es demasiado tarde. ¡No puedo ayudarlo!
- LEANDRO: *(Se avalanza sobre el bufón intentando ahorcarlo)*. ¡Me engañaste!
- El bufón de un salto se zafa y le hace señas que no con la mano y se acurruca en la pared de la reja.*
- MARCELINA: Olvídense de ese que no tenemos tiempo y deme un abrazo padre.
- LEANDRO: Me dejaron solo. Todos los que antes lo vitoreaban se han olvidado. Ahora me rechazan, los avergüenzo, les doy asco. Pero antes, ellos mismos venían a buscarme, y a señalar culpables. ¿En qué mundo es que vivimos Manuelita?
- MARCELINA: Yo no soy Manuelita.
- LEANDRO: *(Imitando el gesto y la postura de Rosas)* Nosotros veníamos a poner orden en ese desquicio que era el País. Orden para la tranquilidad de las familias, de los hijos, de los padres. ¿Qué hubiera sido de todos ustedes, si no se los mantenía firmes a aquellos bárbaros? Yo, que soñaba con esta tierra grande cobijando a todos, a los

negros, los gauchos y a los perseguidos, como Él los cobijaba, me he transformado también en un esclavo, con mi vida en manos de los que quieren vengarse en mí de todas las desgracias.

- MARCELINA: ¡A mí no tiene que explicarme! Yo estoy de su lado, aunque tenga el alma desgarrada como esta tierra nuestra, padre.
- LEANDRO: Tengo miedo por ustedes hija, cuando salgan a la calle, llevarán siempre la marca de esta sogá colgada.
- MARCELINA: ¡No se atreverán a tocarnos! ¡No a las mujeres!
- LEANDRO: Pero mi hijo, Leandro, tiene once años y entiende. ¿Y mi nieto? No quiero este destino amargo para ellos, esta sombra nefasta.
- MARCELINA: Cuando Hipólito crezca, ya todo esto habrá pasado. Se lo aseguro, padre.
- LEANDRO: Dame algo tuyo que me ayude a soportarlo.
- MARCELINA: *(Entregándole un relicario con su imagen y la de su hijo)* Tome, aquí tiene.
- LEANDRO: Gracias. Es hermoso mi nieto, se te parece tanto. ¿Hablaste ya con él?
- MARCELINA: Es muy chico. No entiende bien.
- LEANDRO: ¿Qué le dijiste?
- MARCELINA: La verdad.
- LEANDRO: ¿Qué verdad?
- MARCELINA: Que usted está preso por sus enemigos.
- LEANDRO: ¿Y él qué dice?
- MARCELINA: Me mira y sonrío.
- LEANDRO: *(Cansado y resignado)* ¿Cómo sonrío?
- MARCELINA: Como entendiendo más allá de las palabras.
- LEANDRO: ¿No podré abrazarlos por última vez?
- MARCELINA: Es imposible padre, pero mi hermano va a estar presente en la plaza.
- LEANDRO: ¡No! ¡No quiero!
- MARCELINA: Él quiere acompañarlo. No tiene miedo. Él quiere ir, estar a su lado.
- LEANDRO: ¿¡Tiene fuerza y coraje!?

MARCELINA: Su hijo no conoce el miedo, ni el odio. Es muy bueno, como usted.

LEANDRO: ¿Qué va a ser de él cuando crezca?

MARCELINA: ¡Se las sabrá arreglar, y será un gran hombre padre!

LEANDRO: Venga, hijita, venga, consuélame que si me quedo solo tengo miedo. No quiero que mi hijo me vea morir, Marcelina.

MARCELINA: No se preocupe, no lo dejaré ir entonces.

LEANDRO: ¿Y usted?

MARCELINA: Yo voy a estar allí, a su lado.

LEANDRO: ¡No! Quiero que te quedes con tu hermano. Los dos a salvo. Hay un destino más grande para ustedes allí adelante, y yo antes de la muerte lo veo muy claro como si Dios me hubiese iluminado. ¡No tienen que sufrir!

MARCELINA: No puede ser lo que me pide.

LEANDRO: Yo no tengo miedo y voy a estar en paz. Ya confesé mis crímenes, ya me arrepentí. Para vos y Leandro empieza una nueva vida y los dos van a saber qué hacer.

MARCELINA: Yo velaré por mi hermano y por mis hijos.

LEANDRO: Tenés que ayudarlos a superar esto, sabés querida, a ellos y a Tomasa.

MARCELINA: Lo queremos padre. Para mí usted es inocente.

LEANDRO: Todos somos culpables. Ellos y nosotros.

MARCELINA: Yo no lo creo. ¡Nunca voy a creerlo! Estas manos tan grandes que me alzaban cuando niña, no pueden haber hecho ningún daño. No era usted, papá, no sé quién era, pero no era usted. Esa furia no era suya, y ahora va a tener que pagar por eso y todos nosotros también.

LEANDRO: Es lo mismo. Yo la encarné. Yo la desaté como si fuera el demonio, pero es verdad, a veces sentía que ella me poseía, me atrapaba y ni con mil sogas yo podía controlarla. Era más fuerte que el mismo diablo, o tal vez el mismo diablo la desataba en mí. ¿Quién puede saberlo?

Se escuchan ruidos en la puerta.

MARCELINA: Ya es la hora. Debo irme.

LEANDRO: ¿Me deja su chal?... Me va a dar fuerzas.

MARCELINA: Es todo suyo. *(Se lo pone al cuello).*

LEANDRO: Gracias y acuérdense que esto es como su abrazo que me devuelve a la vida.

MARCELINA: Marcelina se acerca, se abrazan, se besan ¿De verdad no quiere que vaya?

LEANDRO: Por favor se lo pido, y cuide a mi hijo y a mi nieto.

MARCELINA: Está bien.

La puerta se abre con un chirrido.

GUARDIA: *(Asomando)* Prepárese que ahora vengo a buscarlo y tenga coraje, camine erguido que no va a morir dos veces y menos con público. *(A Marcelina)* ¡Usted vaya saliendo nomás, si es que no quiere correr la misma suerte! *(Ríe groseramente y sale).*

MARCELINA: *(Haciendo la señal de la cruz)* Que Dios lo acompañe padre. *(Sale).*

Se escucha el martilleo de las armas y gritos desde afuera.

LEANDRO: *(Dirigiéndose al bufón que se arrastra hasta él)* ¡No quiero que Leandro esté presente! Tengo miedo de que él me vea morir. ¿Qué van a decir de él, pobrecito? ¿Quién va a protegerlos, si no están mis brazos ni los brazos de Rosas? ¿Qué monstruos se los van a devorar a todos ellos? Y yo aquí, sin poder defenderlos, como un miserable insecto al que cualquiera puede aplastar, muriendo como un asesino, avergonzando a mis hijos. ¡Y vos engendro tenés que ayudarme a escapar de las balas, como me prometiste!

BUFÓN: Eso sí puedo hacerlo Leandro. *(Le va arrimando el banco despacio hacia la ventana).*

LEANDRO: *(Desplomándose en el banco)* Han ganado ellos. No tengo fuerzas para levantarme, no tengo fuerzas para los que me están esperando y me han convertido en un monstruo, en un viejo miedoso e inservible. ¿En un cobarde?

El bufón lo ayuda a subirse en el banco.

Estoy atrapado y nadie puede rescatarme, ni yo mismo. Estoy sordo y ciego para cualquier otra cosa que no sea la muerte. *(Se para en el banco gritando).* ¡Leandro, Marcelina! ¿Por qué no me responden, por qué no me hablan? Marcelina, mi hija, mi alegría,

Marcelina, mi juventud, mi vida. *(Abriendo el chal como si fueran alas y acariciándolo)* Si ella está aquí, no tengo miedo y así no podrán conmigo, ni la muerte, ni los fusileros, ni el infierno. Guía mis pasos y con ella salto hacia la vida. *(Desplegando el chal y envolviéndose en él)* Vení Marcelina, abrazame como lo hacías siempre, como cuando tendías tus bracitos para que te subiera a mi caballo y nos íbamos juntos de paseo entre los naranjos. Vení hija mía, que este será nuestro eterno abrazo y nunca jamás nadie podrá separarnos, Marcelina mi querida y adorada hija.

El bufón le enlaza el chal de Marcelina alrededor de su cuello.

Y vos Leandro pobre hijo mío, no pagues mis culpas, no te dejes engañar, ellos siempre son felices y no sienten culpa. Nosotros, los pobres, los que nos jugamos el pellejo, los que sin entender demasiado obedecemos, somos nosotros los que tenemos que pagar.

El bufón ayuda a colgar el chal de la reja.

No quiero que seas como nosotros, quiero que hayas aprendido mi lección, aunque esta pobre vida mía y tu dolor, hayan tenido que ser el precio.

El bufón patea el banco. Se oculta entre las pajas. El cuerpo de Leandro pende de la horca.

GUARDIA: *(Entrando)* ¿Qué hiciste viejo loco? Ni siquiera abombado vas a escapar de las balas. Ese es tu destino, viejo. ¡Vamos que hay mucha gente esperando! *(Pateando al bufón)* ¿Y vos, no viste nada imbécil? Vení, ayudame a descolgarlo que no nos vamos a quedar sin espectáculo.

El bufón se acerca temblando. Descuelgan y sacan arrastrando a Leandro prácticamente sin vida.

El bufón es arrojado a través de la puerta que se cierra. Se incorpora y se dirige hacia la ventana iluminada con los fogonazos de los disparos de los fusileros, que retumban mezclados con los gritos de los mulatos.

VOZ EN OFF DE LOS MULATOS:

(llorando y cantando con el sonido de los tambores)

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

BUFÓN: *(Se descuelga de la ventana y comienza a dar vueltas en círculo bailando en forma grotesca. Cantando y bailando como si estuviera ebrio).*

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

Cielito y cielo cantemos.

cielito de la unidad.

Unidos seremos libres.

Sin unión no hay libertad.⁶

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

Kalunga Kalungangué O-je o-je Imbambué

VOZ EN OFF: A las 9 hs de la mañana del 29 diciembre de 1853 fue fusilado el empleado de la mazorca Leandro A. Alén en la Plaza de la Concepción junto a su jefe Ciriaco Cuitiño. La insensibilidad del lado derecho de su cuerpo le impedían salir del calabozo, le ayudaron arrastrándolo semidesmayado hasta el lugar del fusilamiento y luego su cuerpo pendió de la horca durante 4 horas. Era apenas vigilante a caballo y padecía de trastornos mentales. Era padre de Leandro N. Alem, quien presenció el acto a los 11 años de edad, luego fundador de la Unión Cívica Radical y abuelo materno de Hipólito Irigoyen, que llegaría a ser dos veces presidente de la República.

FIN

NOTAS

- 1 - Fragmento de *Romance de los Federales Netos*, de Arturo Capdevilla.
- 2 - Fragmento de *Candombe*, adjudicado a Francisco Acuña de Figueroa.
- 3 - Fragmento de *Canción para Manuelita*, de Juan Pedro Esnaola.
- 4 - Fragmento de *Canción popular argentina*.
- 5 - Fragmento de *La Negrita* (Anónimo) 1833
- 6 - Fragmento de *Cielitos y diálogos patrióticos*, de Hidalgo

REFERENCIA HISTÓRICA

Desde el alba del 29 de diciembre de 1853 ha ido reuniéndose un pueblo numeroso, que abarrota la plaza de la Concepción: señores, negros, gauchos, compadritos. Son seis mil según un diario del día siguiente: gran multitud para aquella Buenos Aires de ochenta mil habitantes. Y a pesar de lo abigarrado del gentío y de la ansiedad que lo inquieta, un silencio unánime, solemne, permanece en el ámbito del lugar. ¿Qué espera esta multitud? A las nueve, dos hombres, temibles elementos de acción de don Juan Manuel de Rosas, van a ser fusilados. El gran caudillo hermoso y rubio, el bienamado de las plebes porteñas y de los gauchos de la pampa, dueño absoluto del país por dos décadas, había sido arrojado del poder un par de años antes.

Cuando sacaron a los reos de la cárcel a fin de conducirlos al lugar donde serían puestos en capilla, uno de ellos salió resueltamente del calabozo, se despidió de los demás presos y, en voz alta, afirmó haber servido a un gobierno legítimo. Al otro, el terror y la insensibilidad del lado derecho de su cuerpo le impedían salir del calabozo. Dos soldados le ayudaron y, lloroso, temblando, fue incorporado a la comitiva. Como se derrumbaba, su compañero le animó: “No tenga miedo, párese, alce la cabeza, que no se muere más que una vez”. Durante el trayecto, el condenado de la larga barba blanca, flaco y alto, permaneció abatido y semidesmayado.

Ambos habían sido no solo jefe y empleado de la policía, sino federales exaltados, hombres de acción de la Sociedad Popular Restauradora, llamada “la mazorca” por los unitarios. Ambos habían participado del sitio a Buenos Aires del coronel rosista Hilario Lagos. Cuando se levantó el sitio hacía unos meses, descontentos con el ejército de Lagos, volvieron a la ciudad y se presentaron a las autoridades. Los mazorqueros cruzaron las calles armados y llevando en sus chambergos el cintillo punzó. Los rodeó un gentío que pedía a gritos su muerte. El gobierno quería que se los condenase, y fueron condenados.

Han muerto tras los tiros del pelotón de soldados. Los cadáveres van a ser colgados por cuatro horas, de acuerdo con la sentencia judicial, pero pasado ese tiempo nadie se anima a retirarlos.

El ajusticiado que murió valerosamente era el coronel Ciriaco Cuitiño, uno de los jefes de Policía del Restaurador de las Leyes. El ajusticiado de los ojos azules y la larga barba blanca era apenas “vigilante a caballo”, padecía

trastornos mentales y se llamaba Leandro Antonio Alén. Era el abuelo materno del niño de un año y medio de edad Juan Hipólito del Sagrado Corazón de Jesús Yrigoyen –que llegaría a ser por dos veces presidente de la República– y el padre del futuro caudillo y fundador de la Unión Cívica Radical, el “tribuno de la plebe” Leandro Nicéforo Alén, de apenas once años entonces, que presencié la ignominiosa muerte y que seguramente le dejó una impresión imborrable. La visión de su padre deshonorado, colgado de una horca, sirviendo de espectáculo, lo transformó en un taciturno, amargado y triste durante toda su vida, siempre perseguido por un sino trágico. Pronto hasta habría de cambiarse el apellido: ya no será Alén sino Alem.

Extraído de *Vida y obra de Hipólito Yrigoyen*, de Manuel Gálvez.

Cumbia

Guillermo Oscar Fernández

GUILLERMO OSCAR FERNÁNDEZ

Nació en Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires, en 1963.

Participó del taller de Dramaturgia, del autor y director Alejandro Tantanian.

Autor de *Arrogancia y embriaguez*, publicada en el número 31 de la revista *Funámbulos*.

Autor del ensayo cinematográfico *La prisión de Cronos*, publicado por la colección Libros del Rojas de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Colaboró en diversos medios de comunicación, entre ellos: Suplemento Cultural Ñ del diario *Clarín*, radio Provincia, FM La tribu, diario *Hoy* (La Plata).

Dirigió el sitio de cine Filmtemático.com

Da cursos de cine en el Centro Cultural Ricardo Rojas de la UBA y Espacio Y.

Colabora con el grupo de Psicoanálisis y cultura Abra palabra.

Ganó el Primer Premio del concurso "Cuento Histórico Argentino" organizado por la Sociedad Argentina de Escritores.

Obtuvo la Primera Mención del Concurso Internacional de Poesía en Lengua Castellana, organizado por la revista *Lea*.

Formó parte del taller de la poeta Diana Bellesi.

Participó en la Primera y Segunda Bienal de Arte Joven de la Ciudad de Buenos Aires y en Buenos Aires no duerme, en poesía.

> cumbia

PERSONAJES

LEOPOLDO

CONRADO

MIRIAM

I

UN TREN AVANZA EN MEDIO DE LA NOCHE. EN EL VAGÓN, DOS HOMBRES; UNO SENTADO FRENTE AL OTRO. NO HAY NADIE MÁS EN EL VAGÓN.

LEOPOLDO: ¿Cuántas van?

CONRADO: Cuatro o cinco. (*Cuenta con los dedos*). Cinco.

LEOPOLDO: ¿Nada más?

CONRADO: Hay mucha distancia entre una y otra.

LEOPOLDO: (*Mira por la ventanilla y hace un gesto separando sus manos*). Es como si se ensanchara el espacio.

CONRADO: Crece a medida que nos alejamos de la ciudad.

Las miradas de ambos regresan al interior del tren.

LEOPOLDO: ¿Cuántas faltan?

CONRADO: ¿Para llegar? No sé, un montón.

LEOPOLDO: No, para que suba ella.

CONRADO: En la que viene no, en la otra.

LEOPOLDO: Habrá que hacerle alguna seña desde acá.

CONRADO: No va a hacer falta.

LEOPOLDO: ¿Y cómo va a saber que este es el tren?

CONRADO: No puede equivocarse, es el último de la noche.

LEOPOLDO: Pero el tren es largo.

CONRADO: Nos pusimos de acuerdo, el tercer vagón contando desde adelante.

LEOPOLDO: *(Se desliza hacia el otro extremo del asiento doble y mira hacia el pasillo vacío)*. No sé para qué tantos vagones, si no viaja nadie.

CONRADO: De día se llena, y no es práctico desenganchar a la noche los vagones que sobran.

LEOPOLDO: Conocés.

CONRADO: Nunca estuve acá. Es sentido común, nomás.

El tren disminuye la marcha. Conrado acerca su cara al vidrio de la ventanilla.

LEOPOLDO: ¿Esta cuál es?

CONRADO: No se ve nada. *(Vuelve a contar con los dedos)*. Ingeniero Camargo.

LEOPOLDO: ¿Cómo podés estar tan seguro si no viste el cartel?

CONRADO: Esta es Camargo, la anterior a la estación donde va a subir ella.

LEOPOLDO: ¿Y si contaste mal?

CONRADO: Imposible. Igual, no tiene importancia. Ella sube en la próxima y conoce el recorrido.

Durante unos segundos se escucha el ruido del tren y el sonido de una canción con ritmo de cumbia que llega desde afuera.

LEOPOLDO: Disculpame, pero... se me fue tu nombre.

CONRADO: Conrado.

LEOPOLDO: Sí claro, ya está. Lo que pasa es que nos presentaron muy rápido y....

CONRADO: Está bien, está bien, no hay problema.

LEOPOLDO: Es que en esas reuniones se conoce demasiada gente en muy poco tiempo. *(Sonríe con torpeza)*. El mío es Leopoldo.

CONRADO: Sí, ya sé, me acordaba.

LEOPOLDO: Esa es una virtud. Yo no soy bueno para esas cosas. Me cuesta conectar el rostro con el nombre.

CONRADO: Yo no tengo problema con eso.

LEOPOLDO: Debe ser por tu trabajo.

CONRADO: ¿Sí?

LEOPOLDO: Digo, depende mucho de la memoria visual.

CONRADO: Puede ser, nunca lo había pensado.

Otros segundos de ruido de tren.

LEOPOLDO: ¿Ella dónde va a estar?

CONRADO: En la estación, esperando.

LEOPOLDO: Sí ya sé, quiero decir en qué parte.

CONRADO: Debe haber un banco en el andén o algo así.

LEOPOLDO: ¿Sentada sola?

CONRADO: No viene nadie más.

LEOPOLDO: ¿Sola a esta hora, en una estación desierta?

CONRADO: Ella es de la zona, conoce el lugar.

LEOPOLDO: Ah, claro, tenés razón. ¿Y cómo es?

CONRADO: No lo sé, supongo que igual a las otras estaciones que pasamos.

LEOPOLDO: No, ella cómo es.

CONRADO: Tampoco lo sé, no la conozco. Solo hablé con ella por teléfono antes de salir.

LEOPOLDO: Sí te vi, pero pensé que se conocían desde antes.

CONRADO: No, recién esta tarde escuché hablar de ella por primera vez.

LEOPOLDO: Es que se armó todo muy rápido.

CONRADO: Sí, muy rápido.

LEOPOLDO: *(Se mueve en su asiento algo inquieto)*. ¿Cómo la vamos a reconocer?

CONRADO: Nos va a buscar, sabe que la estamos esperando.

*Ruido de tren.
Tiempo.
Ahora el tren está detenido. Leopoldo intenta mirar a través del vidrio.
Conrado abre la ventanilla y saca medio cuerpo afuera. Se escucha el sonido de una canción con ritmo de cumbia.*

LEOPOLDO: ¿Y?

CONRADO: No se ve un carajo.

LEOPOLDO: No puede ser.

CONRADO: Es raro; quedamos en encontrarnos acá.

LEOPOLDO: ¿No tenés un número para llamarla?

CONRADO: No. Esta tarde la llamé a un teléfono fijo.

LEOPOLDO: Qué joda...

Conrado vuelve a ingresar su cuerpo en el vagón. El tren arranca lentamente. El sonido de la canción desaparece de a poco.

CONRADO: Debe haber habido un mal entendido.

LEOPOLDO: ¿Qué vamos a hacer?

CONRADO: De alguna manera nos vamos a arreglar.

LEOPOLDO: ¿Sabés dónde queda?

CONRADO: No, pero supongo que se puede averiguar.

LEOPOLDO: ¿Acá?

CONRADO: A esta hora todos los que viajan viven en la zona. Voy a ver si alguien me dice algo.

LEOPOLDO: Claro, alguno tiene que saber dónde es. Para ellos esto es importante.

CONRADO: Para mí también.

LEOPOLDO: Sí, sí, ya sé, por supuesto.

Conrado se pone de pie y sale por un extremo del vagón. Unos segundos después, por el otro extremo, entra una mujer tambaleándose un poco por el vaivén del tren. Ella observa el vagón con detenimiento y luego, resignada, se apoya sobre el respaldo de uno de los asientos y se queda mirando al vacío. Leopoldo la mira; duda un poco, finalmente se pone de pie y avanza hacia ella tambaleando más. Llega junto a la mujer y le habla, algo vacilante al principio.

Disculpame, ¿por casualidad vos no hablaste por teléfono con mi compañero de viaje?

La mujer se sorprende un poco al escucharlo, pero enseguida retoma el control.

MIRIAM: ¿Quién es tu compañero de viaje?

LEOPOLDO: Se llama, se llama... bueno no importa, es camarógrafo.

MIRIAM: ¿Documentalista?

LEOPOLDO: Sí eso, documentalista.

MIRIAM: ¿Conrado?

LEOPOLDO: Claro, Conrado, ¿hablaste con él?

MIRIAM: Sí, por eso estoy acá.

LEOPOLDO: Yo soy Leopoldo, encantado. *(Le estrecha la mano. Tambaleando por el movimiento del tren le indica los asientos donde viajan ellos).*

Llegan junto a los asientos. Leopoldo toma un bolso que hay sobre el asiento y lo coloca en el portaequipaje. Se sientan uno frente al otro.

Pensábamos que ibas a subir en este vagón.

MIRIAM: Quedé con Conrado que nos encontrábamos en el tercero.

LEOPOLDO: Este es el tercero.

MIRIAM: En el tercero contando desde atrás.

LEOPOLDO: Exactamente al revés a como él pensaba.

MIRIAM: No nos entendimos.

LEOPOLDO: Suele pasar con los teléfonos.

MIRIAM: *(Mira alrededor)*. ¿Dónde está Conrado?

LEOPOLDO: Fue a buscar a alguien que nos ayudara.

MIRIAM: ¿Qué los ayudara cómo?

LEOPOLDO: Diciéndonos cómo llegar.

MIRIAM: Nadie va a decirles nada.

LEOPOLDO: ¿No saben?

MIRIAM: No quieren.

LEOPOLDO: ¿Por qué?

MIRIAM: No se le da información así nomás a un desconocido.

LEOPOLDO: ¿Qué tiene de secreto? Si la noticia ya debe haber salido por todos lados.

MIRIAM: Eso no tiene nada que ver, son formas de ser.

Conrado regresa al vagón tambaleando. Llega hasta el asiento donde están la mujer y Leopoldo. Se acerca a la mujer.

CONRADO: ¿Miriam?

MIRIAM: Sí.

Conrado y Miriam se saludan.

LEOPOLDO: Él es Conrado.

Conrado queda sentado frente a Miriam y al lado de Leopoldo. Leopoldo parece algo desprendido de la escena.

CONRADO: Nos desencontramos.
 LEOPOLDO: Culpa de los teléfonos.
 CONRADO: Menos mal que llegaste. En el tren hay poca gente y casi nadie me quiere hablar.
 MIRIAM: Era de esperar.
 LEOPOLDO: Son formas de ser.
 CONRADO: Parece que se hubieran puesto de acuerdo para no hablar.
 MIRIAM: No es necesario que se pongan de acuerdo.
 LEOPOLDO: ¿Pero por qué no dicen nada?
 MIRIAM: Ustedes no son de acá, eso es suficiente.
 CONRADO: Por suerte, vos no pensás igual que ellos.

Miriam y Conrado se miran. Leopoldo aprovecha esos segundos de silencio para volver a intervenir.

LEOPOLDO: ¿Cómo sigue el viaje?
 MIRIAM: Son siete estaciones más. Ahí bajamos y caminamos...
 LEOPOLDO: ¿Caminamos?
 MIRIAM: Por una calle de tierra, pocas cuadras.
 LEOPOLDO: Es un lugar raro para vivir.
 MIRIAM: Es la casa de la familia.
 LEOPOLDO: Con razón.

*Ruido de tren.
 Tiempo.
 Otra vez el tren está detenido en una estación. Desde afuera llega el sonido de la misma canción con ritmo cumbia.*

Siempre es la misma canción.

El tren vuelve a ponerse en marcha. Miriam saca un grabador de su cartera y lo enciende. Suena la misma canción con ritmo de cumbia. Leopoldo la mira con curiosidad.

Vos también la escuchás.
 MIRIAM: ¿Ustedes no?
 LEOPOLDO: Nunca la había oído hasta esta noche.
 CONRADO: Yo creo que sí, alguna vez. Pero la verdad es que nunca le presté atención.

Miriam los mira sorprendida.

MIRIAM: ¿Cómo puede ser?
 LEOPOLDO: Qué tiene de raro, no todos escuchamos las mismas cosas. Hay demasiada música dando vueltas por ahí.
 MIRIAM: No los entiendo.
 CONRADO: Bueno, no es para tanto, cada uno escucha la música que quiere.
 MIRIAM: *(Sube un poco el volumen del grabador)*. El que canta es Uriel.
Ahora se sorprenden Conrado y Leopoldo.

CONRADO: ¿Este es Uriel?
 LEOPOLDO: Ni me lo hubiera imaginado.
 MIRIAM: ¿Nunca lo habían escuchado antes?
 CONRADO: No, me lo hacía distinto.
 LEOPOLDO: Ahora que lo pienso, me parece que sí lo escuché; pero nunca supe que era él.

Leopoldo y Conrado intentan escuchar la canción con más atención.

Es bastante interesante, ¿no?
 CONRADO: Sí, sí, está bueno. Aunque no es lo que uno está acostumbrado a escuchar.
 LEOPOLDO: Claro, por eso nos faltan elementos para juzgar.
 CONRADO: Tampoco es cuestión de ponernos a juzgar. Sería frívolo, no estamos acá para eso.
 LEOPOLDO: Por su puesto. No es lo que quise decir.
Escuchan más.

LEOPOLDO: No sé si me gusta o no, pero tiene algo diferente.
 CONRADO: Debe ser la mezcla.
 LEOPOLDO: Sí, es original. Además si le gusta a la gente a la que va dirigida, ya está.
 MIRIAM: *(Apaga abruptamente el grabador)*. Lo que no entiendo es qué están haciendo acá si nunca habían escuchado a Uriel.
 LEOPOLDO: Curiosidad.
 CONRADO: Más que curiosidad, interés.

MIRIAM: Curiosidad o interés por algo que no conocen.

CONRADO: No conocemos específicamente la música, pero acá lo que importa es el fenómeno en sí. Por eso en cuanto me enteré de la noticia me dieron ganas de venir.

LEOPOLDO: A mí me pasó igual. Estábamos en una reunión tranquila. Buena música, bastante bebida, varios grupos desparramados por la casa, cada uno en lo suyo. Y de repente, no sé bien cómo se empezó a propagar la información. Parece que alguien recibió un mensaje de texto donde le contaban el asunto y ya no volvió a hablarse de otra cosa.

CONRADO: Yo justo tenía la cámara en el bolso por otra cuestión, y comenté que estaría bueno poder registrar el hecho. Entonces saltó alguien enseguida diciendo que conocía una persona que podía traernos y me dio tu número.

LEOPOLDO: Cuando me enteré que se estaba armando el viaje me prendí enseguida, me pareció una buena idea.

Miriam no termina de entenderlos del todo. Ruido de tren. Tiempo. Ahora el tren está detenido en el medio del campo.

CONRADO: ¿Qué pasará?

MIRIAM: Pasa todos los días.

LEOPOLDO: Algún motivo habrá.

MIRIAM: Si lo sabía me olvidé.

LEOPOLDO: ¿No te importa?

MIRIAM: De tanto repetirse, dejó de interesarme.

CONRADO: ¿Y el tiempo que se pierde?

MIRIAM: Si fuera para siempre... pero en cualquier momento vuelve a arrancar.

LEOPOLDO: (*Se pone serio*). El tiempo que se va no vuelve.

MIRIAM: Después de un rato acá adentro, empezás a tener la sensación de que el tiempo no existe.

Conrado acerca su cara al vidrio de la ventanilla.

LEOPOLDO: ¿No se ve nada?

CONRADO: Hay unas luces allá a lo lejos.

LEOPOLDO: Deben ser casas.

CONRADO: No creo, se mueven.

LEOPOLDO: ¿Vienen para acá?

CONRADO: Puede ser, no avanzan en una dirección fija. (*Se pone de pie, baja su bolso del portaequipaje y saca una cámara digital. Levanta la ventanilla y mira hacia fuera con la cámara*). Es fuego.

LEOPOLDO: ¿Se estará incendiando algo?

MIRIAM: Son antorchas. Van al mismo lugar que nosotros.

LEOPOLDO: ¿Se ve algo más?

CONRADO: Solo el fuego moviéndose.

LEOPOLDO: Debe haber gente abajo, llevando las antorchas.

CONRADO: Ya lo sé, pero la cámara solo capta el fuego. (*Baja la ventanilla y vuelve a guardar la cámara en el bolso. Luego la observa a Miriam*). ¿Ya se sabe quién lo mató?

MIRIAM: Jamás se sabe. (*Vuelve a encender el grabador*).

Suena la misma canción con ritmo de cumbia.

Ahora esto es lo único que nos queda de Uriel

II

UN TINGLADO EN EL MEDIO DE UN DESCAMPADO. LEOPOLDO ESTÁ PARADO EN UN BORDE, MIRANDO HACIA EL EXTERIOR. DESDE LEJOS SE ESCUCHA LA MISMA CANCIÓN CON RITMO DE CUMBIA. LUEGO, LEOPOLDO SE LEVANTA EL CUELLO DE LA CAMPERA, CAMINA HASTA UN CALENTADOR QUE HAY EN UN RINCÓN Y ACERCA SUS MANOS AL FUEGO SIN DEJAR DE MOVERSE. ENTRA CONRADO.

LEOPOLDO: ¿Y?

CONRADO: Hay que seguir esperando un poco más.

LEOPOLDO: ¿Más todavía?

CONRADO: No queda otra.

LEOPOLDO: No entiendo qué es lo que pasa.

CONRADO: Parece que los familiares no quieren que entren extraños. Miriam dice que por ahora es mejor que sigamos acá.

LEOPOLDO: ¿Ella se quedó allá?

CONRADO: Sí, conoce a algunos amigos de Uriel, creo, y está tratando de convencerlos para que nos dejen ir. *(Apoya el bolso sobre una mesa que hay en el centro del tinglado).*

Además de la música de cumbia, se escucha desde lejos el rumor de muchas voces; algunas cantan.

LEOPOLDO: ¿Pudiste filmar algo?

CONRADO: Ni siquiera la saqué del bolso.

LEOPOLDO: ¿No viniste a eso?

CONRADO: Ella me aconsejó que por ahora no lo hiciera, puede empeorar las cosas. Me pidió que volviera con vos mientras ella termina de arreglar todo.

LEOPOLDO: *(Toma una jarra que hay sobre la mesa y la apoya sobre el calentador).* ¿Querés café?

CONRADO: Sí, está haciendo frío.

LEOPOLDO: Queda poco.

CONRADO: Si no dejá, no importa.

LEOPOLDO: Está bien; con media taza para cada uno nos arreglamos. No vamos a estar acá toda la noche.

CONRADO: Supongo que no.

El café se calienta enseguida. Leopoldo toma la cafetera y sirve en las dos tazas que están sobre la mesa.

Menos mal que Miriam pudo conseguir que le prestaran estas cosas para que nos pudiéramos quedar acá.

Se escuchan un poco más fuerte la música y las voces.

LEOPOLDO: Parece que estuvieran festejando.

CONRADO: Se ve que acá es así, deben ser las costumbres.

LEOPOLDO: Formas de ser, ya lo sé, igual es raro; al tipo lo mataron hace unas horas nomás.

CONRADO: Lo que están cantando son las canciones de él.

LEOPOLDO: Eso es verdad. Lástima que no lo puedas filmar, sería interesante.

CONRADO: Es más que interesante, es la realidad en estado puro; lo único que vale la pena filmar.

LEOPOLDO: Claro, ya lo sé, eso es justo lo que yo quería decir.

Los dos toman el café despacio, haciéndolo durar. Están de pie y se mueven para sacarse el frío.

Ni siquiera sé bien dónde estamos.

CONRADO: Tres cuadras para allá, está la estación desde donde vinimos. Adelante hay un descampado y del otro lado pasa una autopista que todavía no se inauguró. Pasando el descampado empieza el barrio. A dos cuadras está la casa donde lo están velando.

Con las tazas en las manos, los dos se acercan a un borde del tinglado, tratando de ver el itinerario que acaba de describir Conrado.

LEOPOLDO: No se ve nada.

CONRADO: Aquellas luces son las de las casas del barrio.

LEOPOLDO: A mí me parece que nosotros tendríamos que ir para allá y listo; sin tantas vueltas.

CONRADO: Ella dice que puede ser peligroso. Los parientes no quieren recibir a nadie y menos si lleva una cámara.

LEOPOLDO: Pero nosotros no somos de un canal de televisión, venimos con otras intenciones

CONRADO: Eso es lo que yo le explique a Miriam y Miriam está tratando de explicarles a ellos, pero hasta ahora no hay caso. Parece que no se dan cuenta que para ellos también sería bueno que puedan ser vistos con otros ojos, desde otro lugar.

LEOPOLDO: Siempre es así, el que más se beneficia es el que más se opone.

CONRADO: Seguro que al final van a entender y nos van a dejar pasar.

LEOPOLDO: Esperemos que sí.

Insisten mirando.

Ahí viene otra luz.

CONRADO: Alguien se acerca.

LEOPOLDO: ¿Será ella?

CONRADO: Sí, es Miriam, tiene una linterna.

Entra Miriam. Trae un bolso que apoya enseguida en la mesa junto con la linterna. Ellos la siguen.

MIRIAM: *(Saca un termo del bolso).* Traje más café.

CONRADO: Gracias.

LEOPOLDO: Parece que esto va para largo.

MIRIAM: Creo que sí. *(Sirve café)*.

LEOPOLDO: *(La encara preocupado)*. ¿No nos van a dejar pasar?

MIRIAM: Allá dicen que no quieren que esto se convierta en un circo.

CONRADO: Pero nosotros venimos respetuosamente.

MIRIAM: No quieren que nadie venga de afuera a observarlos como bichos raros.

CONRADO: Justamente por eso me tienen que dejar ir a filmar, quiero mostrarlos como son realmente.

LEOPOLDO: La realidad en estado puro.

MIRIAM: Traté de explicárselos, pero no me creen.

LEOPOLDO: Desconfiados.

CONRADO: Tendrán sus motivos, lo acepto, pero deberían entender que esto es algo serio. Podría convertirse en un documental; en una película, no en un programa de televisión cualquiera.

LEOPOLDO: *(Se mueve nervioso)*. Bueno, está bien, si no nos quieren, nos volvemos y listo.

CONRADO: Pará, pará. Yo sigo interesado en filmar y vos estuviste de acuerdo en venir.

LEOPOLDO: Pero las cosas se complicaron, ¿o no te das cuenta?

CONRADO: Yo me quedo. Si querés, volvete solo.

MIRIAM: No es buena idea volver para la estación a esta hora. No hay más trenes hasta el amanecer.

LEOPOLDO: Me siento en el banco del andén y espero.

MIRIAM: La estación no es un buen lugar para esperar. Además, el camino hasta allá no está tan tranquilo como cuando vinimos. Hay mucha gente dando vueltas por ahí y nadie quiere ver extraños.

LEOPOLDO: ¿Entonces nos tenemos que quedar acá toda la noche, cagándonos de frío?

MIRIAM: Toda la noche no; un rato más, hasta que las cosas se tranquilicen un poco y ustedes puedan llegar a la casa. En un rato, voy otra vez para allá y lo intento de nuevo.

CONRADO: *(Se acerca a Leopoldo intentando mediar)*. Sentémonos un rato y esperemos, a ver qué pasa.

Los tres se sientan alrededor de la mesa.

LEOPOLDO: Por lo menos, podrían haber levantado paredes alrededor.

MIRIAM: Esto iba a ser una fábrica, pero hicieron el techo nomás.

Conrado se pone de pie, toma su cámara y va hasta el borde del tinglado. Comienza a filmar el exterior. Leopoldo y Miriam le hablan desde su lugar junto a la mesa.

LEOPOLDO: ¿Qué se ve?

CONRADO: Luces.

LEOPOLDO: Ya sé, las casas.

CONRADO: No. Estas luces están del otro lado, y más altas.

MIRIAM: En la autopista.

LEOPOLDO: ¿Se mueven?

CONRADO: Tienden a concentrarse como si fueran un cuerpo vivo.

MIRIAM: Se agrupan.

CONRADO: Y destellan.

MIRIAM: Son antorchas.

LEOPOLDO: Cierto que ellos también venían para acá.

MIRIAM: *(Sirve más café con el termo. Luego saca del bolso una botella de ginebra)*. ¿Quieren?

LEOPOLDO: ¿Alcohol?

MIRIAM: Para el frío.

CONRADO: Yo sí.

LEOPOLDO: Yo prefiero estar lúcido.

MIRIAM: Es un trago no más, nadie dice que te emborraches.

LEOPOLDO: No es necesario estar borracho para no ver, o ver mal.

MIRIAM: *(Sirve ginebra en una taza y se la lleva a Conrado)*. ¿Por qué no venís a sentarte con nosotros?

CONRADO: Tengo la sensación de que en cuanto deje de mirar va a pasar algo.

Miriam regresa a sentarse junto a la mesa y se sirve ginebra en su taza. Leopoldo la observa.

LEOPOLDO: ¿Tenés muchos conocidos acá?

MIRIAM: Bastantes, siempre viví por la zona.
 LEOPOLDO: Ah, sin embargo no parecés de acá.
 MIRIAM: ¿Qué querés decir?
 LEOPOLDO: No sé, te vestís distinto, hablás distinto, no sos igual a ellos.
 MIRIAM: Ellos, como vos los llamás, no son todos iguales entre sí tampoco.
 LEOPOLDO: Sí, ya sé, por supuesto, pero vos sos todavía menos igual, ¿me entendés? Por algo vos sí querés que nosotros vayamos a ver lo que está pasando.
 MIRIAM: Lo que quiero es que ustedes puedan ver que las cosas no son como se las imaginan desde afuera.
 CONRADO: A eso vine: a ver, no a imaginar.
 LEOPOLDO: El problema es que por ahora estamos imaginando nomás.
Se escuchan gritos lejanos y siempre la misma música con ritmo de cumbia. Conrado con energía mueve su cámara, intentado abarcar todo el exterior.
 CONRADO: Comienzan a moverse.
 LEOPOLDO: Quiénes.
 CONRADO: Las luces, claro.
 MIRIAM: Las antorchas.
 CONRADO: Sí. Bajaron de la autopista y se mueven.
 LEOPOLDO: ¿Hacia dónde?
 CONRADO: Hacia acá, creo.
 LEOPOLDO: ¿Acá?, si la casa está para el otro lado.
Miriam se pone de pie y avanza nerviosa hacia Conrado. Se para a su lado y también mira.
 CONRADO: Allá vienen, ¿ves?
 MIRIAM: *(Regresa junto a la mesa. Toma su bolso y vuelve al borde del tinglado).* Ustedes espérenme acá.
 LEOPOLDO: Qué pasa.
 MIRIAM: Está viniendo mucha gente de lejos y las cosas se pueden salir de control. Voy a volver a la casa, a ver si los puedo hacer pasar ahora. *(Duda un instante. Vuelve junto a la mesa. Busca algo adentro del bolso y saca un revólver).* ¿Alguno de los dos sabe usar esto?

CONRADO: Yo no.
 LEOPOLDO: *(Se alarma).* Pará, pará. Decime que está pasando.
 MIRIAM: Es solo por prevención. ¿Sabés usarlo o no?
 LEOPOLDO: No sé si me acuerdo cómo se hacía. Aprendí en el servicio militar, hace mucho.
 MIRIAM: Está bien, está bien. Si es necesario, cuando llegue el momento te vas a acordar.
 LEOPOLDO: *(Se queda mirando el revólver).* ¿Me estás diciendo que esta noche puedo terminar matando a alguien?
 MIRIAM: Claro que no. Pero, llegado el caso, puede servir para ahuyentar a alguno que se quiera hacer el loco. *(Deja el revólver sobre la mesa).* Si no quieren, no lo tocan y listo. Pero yo me quedo más tranquila. *(Se va).*
Conrado la filma. Leopoldo mira el revólver que quedó sobre la mesa. Luego Conrado regresa a la mesa y se sienta frente a Leopoldo.
 LEOPOLDO: ¿No pasa más nada?
 CONRADO: Hay una mancha de luz en medio del descampado a unos cien metros de acá.
Toman ginebra. Desde afuera llega siempre la misma música con ritmo de cumbia.
 Tuvo una buena idea con lo de la ginebra.
 LEOPOLDO: Preferiría estar tomándola en otro lado.
 CONRADO: Lo digo por el frío; ya casi no lo siento.
 LEOPOLDO: Si seguís chupando así, dentro de un rato no te vas a dar cuenta de nada.
 CONRADO: Todo lo contrario, cada vez estoy más consciente.
 LEOPOLDO: Ni la cámara vas a poder agarrar.
 CONRADO: Tocame la mano, tengo el pulso intacto. *(Extiende el brazo).*
 LEOPOLDO: *(No le hace caso).* Está bien, te creo. De todas maneras, no tiene importancia. Como viene la cosa, me parece que nos vamos a ir de acá sin que filmes nada.
 CONRADO: Vamos a ver, la noche es larga. No pierdo la esperanza. Creo que hasta ya tengo el título del documental: “Cumbia: la música y su gente”. Suena bien, ¿no?
 LEOPOLDO: *(Lo mira fijo).* ¿Vos le seguís teniendo confianza?

Conrado también lo mira.

A ella, digo, ¿le seguís teniendo confianza?

CONRADO: ¿Por qué no se la iba a tener?

LEOPOLDO: No sabemos nada de ella.

CONRADO: ¿Y qué es lo que necesitás saber?

LEOPOLDO: Quisiera saber cómo es que apareció así, de la nada.

CONRADO: De la nada no. Era conocida de un conocido y la persona justa para guiarnos hasta acá.

LEOPOLDO: Sí claro, pero es una de ellos, no de nosotros.

CONRADO: ¿Ellos?, ¿nosotros?, dejate de joder.

LEOPOLDO: *(Se indigna)*. ¿No te das cuenta que nos está cagando?

CONRADO: ¿Cagando? No, todo lo contrario.

LEOPOLDO: La hizo bien, y nosotros entramos como dos boludos.

CONRADO: ¿De qué hablás?

LEOPOLDO: Nada de lo que está pasando es casual. Ella lo planificó todo de antemano.

CONRADO: Estás paranoico. ¿Para qué iba a hacer una cosa así?

LEOPOLDO: Para sacarnos guita, ¿para qué va a ser?

CONRADO: Estás en pedo.

LEOPOLDO: Ya vas a ver ahora cuando vuelva. Seguro que va a decir que para poder volver a la estación tenemos que pagar una especie de peaje, o algo así, para que no nos molesten.

CONRADO: Estás diciendo boludeces.

LEOPOLDO: Ya vas a ver. Hasta ahora estuvo preparando el terreno. Nos hizo esperar acá, empezó a joder con eso de las antorchas y para darle más dramatismo a la cosa, dejó ese revólver que seguro está descargado. Ahora, cuando vuelva, va a decir que estamos en peligro y ahí nos pide la guita.

CONRADO: Me parece que al final, al que le pegó mal la ginebra fue a vos.

LEOPOLDO: Vos no sabés cómo es la gente en estos barrios.

CONRADO: Por eso vine, para conocerlos.

LEOPOLDO: Sí pero el problema es que esto no es un documental de los tuyos, es la vida real.

CONRADO: Mis documentales tratan sobre la vida real.

LEOPOLDO: Pero esto es lo real, real, no lo real documental. *(Se pone de pie indignado)*.

CONRADO: *(Lo observa algo divertido)*. Falta que digas que hasta lo del velorio fue un invento y Uriel no se murió nada.

LEOPOLDO: Lo que digo es que se están aprovechando de la situación.

Desde afuera comienzan a escucharse gritos y otros ruidos incomprensibles. Los ruidos se escuchan cada vez más fuerte. Conrado se pone de pie, toma la cámara y va hasta el borde del tinglado.

CONRADO: Se están acercando.

LEOPOLDO: No jodas.

CONRADO: Te lo digo en serio. Las luces se agrupan y vienen.

LEOPOLDO: ¿Vienen para acá?

CONRADO: No se me ocurre otro lugar.

LEOPOLDO: ¿Qué quieren?

CONRADO: Qué sé yo.

LEOPOLDO: Esto se está yendo al carajo. *(Preocupado, toma el revólver que quedó sobre la mesa. Lo sostiene por la culata con las dos manos y lo observa como si fuera un objeto extraño)*.

CONRADO: No sé si vienen para acá o no, pero algunas luces se acercan.

LEOPOLDO: Me preocupa.

CONRADO: ¿No decías recién que es todo una farsa?

LEOPOLDO: Sí, pero me parece que se están pasando de rosca. *(Con los brazos extendidos y el revólver en sus manos, avanza lentamente hacia el borde del tinglado)*.

De pronto, los ruidos se apagan y todo queda en silencio.

Ahora no se escucha nada.

CONRADO: Pero se siguen acercando, despacio, muy despacio. *(Filma)*.

LEOPOLDO: *(Se acerca lentamente al borde del tinglado con el revólver en sus manos)*. Fue un mes de instrucción; en la colimba, digo. Aprendimos a cargar, descargar, limpiar el arma y todas esas cosas. Aunque la verdad es que yo mucha bola a los milicos no les daba. De todas formas, la condición de tiro la rendí, o por lo menos eso creo.

CONRADO: *(Sacar los ojos de la cámara por un segundo y lo ve a Leopoldo con el revólver en la mano). ¿Qué hacés con eso?*

LEOPOLDO: Es para espantar a alguien. Igual, seguro que ella lo dejó descargado.

CONRADO: *(Regresa a su cámara). No se escucha nada, pero están acá nomás, ¿ves las luces?*

LEOPOLDO: Es lo único que veo y no me gusta. *(Llega al borde del tinglado y se para cerca de Conrado que sigue aferrado a su cámara. Levanta el revólver como si apuntara al cielo).*

Los dos se quedan tensos y en silencio. No saben qué va a pasar. Esperan. No se miran entre sí. Las miradas de ambos se internan en la noche que los rodea.

CONRADO: Ahora es una sola masa de luz y viene para acá.

LEOPOLDO: Nos quieren a nosotros.

Inmóviles los dos en borde del tinglado. El miedo los envuelve. Leopoldo llega al máximo de tensión. De pronto, suena una explosión. Los dos retroceden rápido hacia el centro del tinglado.

CONRADO: ¿Qué hiciste pelotudo?

LEOPOLDO: ¡Se me escapó, te juro que se me escapó! *(Tira el arma al piso como si le quemara y se queda mirándola en silencio).*

CONRADO: *(No puede parar de moverse sin sentido). ¡Ahora sí que la cagaste!*

Leopoldo sigue en silencio. Se escuchan ruidos y voces desde afuera.

Alguien viene.

Ambos se estremecen. Luego de algunos segundos, entra Miriam.

MIRIAM: ¿Qué pasó? ¿Qué fue ese disparo?

LEOPOLDO: *(Está desconsolado).* Se disparó sola. Yo no hice nada.

MIRIAM: *(Habla rápido mirando a Conrado, está nerviosa).* Va a ser mejor que se vayan.

CONRADO: Antes dijiste que era peligroso.

MIRIAM: Ahora es más peligroso quedarse. *(Señala con su brazo hacia el sur).* Con los últimos movimientos el camino hasta la autopista

quedó despejado. Si corren rápido y llegan hasta allá, van a estar a salvo.

Conrado guarda la cámara en el bolso. Miriam vuelve al borde del tinglado.

Ya vienen.

Conrado toma de un brazo a Leopoldo, que sigue desconcertado, y lo obliga a seguirlo. Desde afuera se escuchan gritos que se acercan. Ambos salen corriendo por el lado opuesto.

III

LA NOCHE SOBRE LA AUTOPISTA. APOYADO SOBRE UNA BARANDA, CONRADO FILMA EL CAMPO CON SU CÁMARA. LEOPOLDO CAMINA POR LA AUTOPISTA CON UN CELULAR EN LA MANO.

LEOPOLDO: No sé. *(Escucha por el celular).* Ya te lo dije, es una autopista. *(Escucha).* ¿Cómo voy a saberlo? *(Escucha).* Bueno no sé, pero debe haber alguna forma... *(Escucha).* Y no, autos no pasan; creo que todavía no la inauguraron. *(Escucha).* Hola, hola, no te escucho, hola. *(Vuelve sobre sus pasos).* Ahora sí, se había cortado. *(Vuelve a avanzar).* Bueno, tiene que haber alguna forma. *(Escucha).* ¿Y qué se yo cómo?, pero tiene que haber. *(Escucha).* No me digas que no. *(Escucha).* Hola, hola, ¡puta se cortó otra vez! *(Retrocede).* Hola, sí ahora sí. *(Escucha).* Parece que acá está el límite del alcance del celular. *(Escucha).* Sí, dejame probar. *(Avanza).* Hola, hola... ¡nada! *(Retrocede).* Sí, ¿ves? Si avanzo un metro más ya no puedo escucharte. *(Escucha).* Bueno, como te decía, no tengo la menor idea pero tiene que haber una forma. *(Escucha).* Averigüalo y llámame, pero que sea rápido; está haciendo frío. *(Apaga el celular y se queda inmóvil en medio de la autopista).*

CONRADO: *(Guarda la cámara en el bolso y se acerca a Leopoldo).* Va a ser mejor que sigamos.

LEOPOLDO: ¿Estás loco vos?

CONRADO: Caminando vamos a tener menos frío. Y además, cuanto más rápido nos alejemos, mejor.

LEOPOLDO: Pero hay un problema.
 CONRADO: ¿Cuál?
 LEOPOLDO: ¿No me escuchaste hablar, recién?
 CONRADO: Sí te escuché. ¿Y?
 LEOPOLDO: Hasta acá llega la cobertura del celular, si avanzamos más quedamos incomunicados.
 CONRADO: ¿Y?
 LEOPOLDO: Cómo "¿y?". ¿Sos boludo vos? ¿Encima de todo, nos vamos a quedar aislados?
 CONRADO: Ya estamos aislados. *(Empieza a caminar)*.
 LEOPOLDO: Justamente por eso necesitamos el teléfono, para que nos vengan a buscar.
 CONRADO: *(Se detiene)*. ¿Así que, según vos, si nos quedamos acá nos van a venir a sacar?
 LEOPOLDO: Por supuesto.
 CONRADO: ¿Y cómo van a llegar?, ¿en helicóptero?
 LEOPOLDO: Sos un pelotudo.
 CONRADO: La autopista no está habilitada, imposible llegar de otra manera.
 LEOPOLDO: *(Reflexiona)*. ¿Te das cuenta vos? Semejante obra y no sirve para nada. Acá todo es así.
 CONRADO: Menos mal que no pasan autos.
 LEOPOLDO: ¿Menos mal? Ya nos podría haber levantado alguno y estaríamos bien lejos.
 CONRADO: A esta hora no creo que ningún auto pare. Si apareciera alguno, seguro que nos revolea por el aire. *(Vuelve sobre sus pasos y se acerca a Leopoldo)*. Vení, te quiero mostrar algo. *(Vuelve a sacar la cámara de su bolso. La enciende y le hace mirar en la pantalla)*. ¿Ves?, esto es lo que estuve filmando hasta recién.
 LEOPOLDO: *(Mira la pantalla)*. Luces.
 CONRADO: Antorchas.
 LEOPOLDO: ¿Otra vez? Parece que se acercan.
 CONRADO: Yo diría que sí.
 LEOPOLDO: ¿Y decís que vienen por nosotros?
 CONRADO: Es una posibilidad.

LEOPOLDO: *(Deja de mirar)*. Estoy empezando a creer que nos pasamos toda la noche escapando de un peligro que no existe.
 CONRADO: *(Lo mira enojado)*. ¿Ya no te acordás de lo que nos pasó allá hace un rato?
 LEOPOLDO: ¿Qué pasó? Vimos un montón de luces. A mí se me escapó un tiro. Y Miriam nos convenció para que saliéramos corriendo. Todo lo demás son conjeturas.
 CONRADO: *(Vuelve a guardar la cámara en el bolso y empieza a caminar algo indignado)*. ¿Conjeturas?, dejame de joder. *(Mientras se aleja, mueve la cabeza contrariado)*.
 LEOPOLDO: *(Duda durante algunos segundos y luego decide seguirlo. Toma su celular y marca un número)*. Hola, hola, hola, hola. *(Apaga el celular)*. Ahora sí que estamos solos, solos en medio de la nada.
 Caminan.
 Tiempo.
 Luego de un rato Leopoldo y Conrado se detienen en medio de la autopista.
 CONRADO: *(Mira hacia atrás)*. ¿Escuchás?
 LEOPOLDO: No.
 CONRADO: Escuchá.
 LEOPOLDO: No oigo nada.
 CONRADO: Un ruido de motor.
 LEOPOLDO: ¿Un auto?
 CONRADO: Supongo que sí.
 LEOPOLDO: Adónde.
 CONRADO: Por la autopista, claro. Todavía algo lejos, pero se acerca.
 LEOPOLDO: Ojalá.
 Conrado saca la cámara del bolso, la enciende, y apunta hacia la noche como si pudiera ver más.
 Ahora yo también lo oigo.
 Conrado va hacia el ruido con la cámara en la mano.
 Esperá, no te confíes. No sabemos quién puede ser.
 CONRADO: Por lo menos es alguien.

LEOPOLDO: ¿Y si nos pasa por arriba, como dijiste antes?

CONRADO: No viene tan rápido, escuchá. *(Avanza unos metros más y se detiene. Sigue filmando).*

LEOPOLDO: No se escucha más.

CONRADO: Se detuvo.

LEOPOLDO: ¿Por qué?

CONRADO: ¡Yo qué sé!

LEOPOLDO: ¿Qué hacemos?

CONRADO: Esperemos un poco, a ver qué pasa.

LEOPOLDO: Qué cagada no tener el revólver.

*Conrado mira a Leopoldo como para insultarlo, pero prefiere quedarse callado.
Los dos se quedan inmóviles en medio de la autopista, mirando hacia el lado desde donde vinieron.*

CONRADO: Ahí viene una luz.

LEOPOLDO: ¿Una antorcha?

CONRADO: Una linterna.

LEOPOLDO: ¿No será...?

Se toman unos segundos para ver mejor.

CONRADO: Sí, es ella.

LEOPOLDO: ¿Otra vez?

CONRADO: Mejor, ¿no?

LEOPOLDO: ¿Te parece?

Llega Miriam.

MIRIAM: Me imaginé que los iba a encontrar acá.

LEOPOLDO: Muchas opciones no teníamos.

MIRIAM: *(Se para frente a ellos).* ¿Alguno de los dos sabe algo de autos?

CONRADO: Yo no.

LEOPOLDO: Mi primer trabajo fue en un taller mecánico, pero no me acuerdo nada. Era muy chico, me tenían para cebar mate y hacer los mandados, nomás.

MIRIAM: *(Habla mirando a Conrado).* Entonces vamos a tener que caminar.

CONRADO: ¿Vos eras la del auto?

MIRIAM: Claro, pero se me rompió a unos doscientos metros de acá.

CONRADO: Qué mal.

MIRIAM: No importa, igual no era mío.

LEOPOLDO: Te lo prestaron.

MIRIAM: No hizo falta. *(Empieza a caminar).*

LEOPOLDO: *(La sigue).* ¿Lo robaste?

Miriam camina sin mirarlo.

¡Lo robó!, no lo puedo creer. ¿No te das cuenta que nos estás metiendo en un quilombo?

MIRIAM: *(Se detiene, se da vuelta y encara a Leopoldo).* Ya estaban metidos en un quilombo, yo estoy tratando de sacarlos.

LEOPOLDO: ¿A sí?, no me digas.

MIRIAM: Fuiste vos el que disparó el revólver, ¿ya no te acordás?

Los dos se cruzan miradas furiosas.

CONRADO: *(Interviene tomando a Miriam del brazo y apartándola del lugar. Le habla con tranquilidad.)* ¿Qué pasó allá después de que nos fuimos nosotros?

MIRIAM: Se juntó mucha gente, todos querían ir a la casa para ver a Uriel por última vez. Venían de distintos lados y empezaron discutir entre lo grupos. Hubo gritos, empujones y, como algunos estaban armados, cuando se escuchó el tiro que se les escapó a ustedes, todo se salió de control. Al final, llegó la policía y empezó a tirar gases y balas de goma hasta que la multitud se desbandó.

LEOPOLDO: *(Interviene satisfecho).* La cuestión es que por una cosa o por otra, acá siempre se terminan cagando a tiros entre todos. Lástima que esta vez estábamos nosotros en el medio.

MIRIAM: Ustedes vinieron porque quisieron.

LEOPOLDO: Y fue un error, ahora lo sé.

CONRADO: Para mí no. Vine a ver cómo era este mundo y por lo menos lo intenté.

LEOPOLDO: Sí, pero nos estamos yendo sin ver nada.

CONRADO: *(Señala el campo).* ¿Y las antorchas que se ven por allá, de quiénes son?

MIRIAM: Son los que se reagruparon después del ataque de la policía.
 CONRADO: ¿Qué buscan?
 MIRIAM: No lo sé, pero es mejor no preguntarles.
*Los tres caminan en silencio.
 Tiempo.
 Leopoldo se detiene de pronto. Luego de avanzar un poco, Conrado regresa junto a él. Miriam se detiene pero permanece en su lugar.*

CONRADO: ¿Y ahora qué te pasa?
 LEOPOLDO: Me niego a seguir avanzando.
 CONRADO: ¿Por qué?
 LEOPOLDO: Quiero saber para dónde vamos.
 CONRADO: Estamos volviendo, ¿todavía no te diste cuenta?
 LEOPOLDO: ¿Por qué estás tan seguro?
 CONRADO: Porque nos estamos alejando del lugar de donde veníamos.
 LEOPOLDO: Eso no lo sabemos.
 CONRADO: *(Señala el norte y el sur con sus brazos).* De allá veníamos y para allá vamos.
 LEOPOLDO: ¿Y si la autopista es circular? Tiene muchas curvas, ¿no?
 CONRADO: No digas boludeces, ¿querés? *(Se aparta un poco).*
 LEOPOLDO: Además seguimos escapándonos de algo que no sabemos qué es.
Conrado va hasta la baranda de la autopista comienza a mirar hacia fuera.

MIRIAM: *(Habla desde su lugar).* Estamos perdiendo tiempo, va a ser mejor que sigamos.
 CONRADO: *(Se da vuelta y mira a Miriam).* Escuchame, se están acercando demasiado.
 MIRIAM: Justamente por eso hay que irse.
 CONRADO: Al final nos van a alcanzar.
 MIRIAM: Si nos quedamos parados acá, seguro que sí.
 CONRADO: *(Se apoya en la baranda).* Hay que ir y hablar con ellos.
 MIRIAM: Estás loco. ¿No te parece que si hubiera alguna posibilidad, ya hubiera ido yo?
 CONRADO: Tal vez es mejor que lo haga alguien que no conozcan para nada.

LEOPOLDO: *(Se acerca a ellos).* Alguien que, por ejemplo, no se haya robado un auto.
 MIRIAM: *(Gira hacia Leopoldo).* Vos no te metas que no entendés nada.
 LEOPOLDO: ¿Acaso lo que digo no es cierto?
Miriam y Leopoldo quedan enfrentados, mirándose con odio. Conrado aprovecha el instante de distracción para saltar la baranda y comenzar a correr por el campo.

MIRIAM: ¡No, pará loco, qué hacés!
 LEOPOLDO: *(Se para sobre el borde de la baranda y mira hacia el campo).* Está muy oscuro, desapareció enseguida. *(Mira a su alrededor).* Además, se llevó la cámara. Me parece que este más que hablar, lo que quiere es filmarlos. Todavía cree que puede salvar el documental.
 MIRIAM: Está loco.
 LEOPOLDO: Bueno, para eso vino, ¿no?
Miriam se sienta sobre la baranda.

Mi caso es distinto, para mí al principio esto era una especie de aventura. La verdad es que estaba un poco aburrido en la fiesta y cuando escuché que todos hablaban del asunto este, me pareció que era una manera de salvar la noche. En cambio para Conrado la cosa va más en serio, tiene más que ver con sus convicciones, con su trabajo de documentalista, y me parece bien que las respete.
 MIRIAM: *(Habla como para sí misma).* Tendría que haber ido yo.
 LEOPOLDO: ¿Y por qué no fuiste?
 MIRIAM: Porque sé que no va a servir de nada.
 LEOPOLDO: ¿Sabés qué me parece?, que vos sos tan ajena a este lugar como nosotros.
 MIRIAM: No sabés lo que decís. Yo nací acá y vivo acá.
 LEOPOLDO: Pero sos más parecida a nosotros que a ellos, aunque quieras disimularlo.
 MIRIAM: No lo creo. Yo no digo "nosotros" ni "ellos", como vos. Ni tampoco que las canciones de Uriel me parecen interesantes aunque no las haya escuchado nunca. ¿Ves?, en eso soy totalmente distinta a vos. *(Se pone de pie y se aleja de la baranda).*
 LEOPOLDO: *(La sigue).* ¿Y a vos, Miriam?

MIRIAM: ¿A mí qué?

LEOPOLDO: ¿A vos te gustan las canciones de Uriel?

MIRIAM: Qué pregunta más pelotuda. Ya sabés que sí.

LEOPOLDO: ¿Y por qué te gustan?

MIRIAM: Dejame de joder. *(Intenta esquivarlo)*.

LEOPOLDO: *(La encara)*. Vos que sos de acá y te identificás tanto con esta gente, ¿no me podés dar una buena explicación de por qué te gustan las canciones de Uriel, así aprendo?

*Miriam se aleja.
Leopoldo vuelve a mirar hacia el campo. No ve nada.
Los dos se quedan inmóviles, en silencio, esperando.
Tiempo.
Llega Conrado corriendo desde el campo. Salta la baranda.*

Menos mal que volviste, me estaba cagando de frío. ¿Qué pasó?

CONRADO: Vamos, vamos; tenemos que irnos. *(Comienza a caminar)*.

LEOPOLDO: ¿Qué pasó?, ¿Pudiste filmar algo?

CONRADO: Lo intenté. En cuanto empecé a acercarme a ellos saqué la cámara, era la oportunidad de verlos de cerca, de entender cómo son de verdad.

LEOPOLDO: Sí ya sé, la realidad en estado puro.

CONRADO: Ellos son esa realidad, no lo dudes. Pero en cuanto se dieron cuenta de que los estaba filmando me hicieron apagar la cámara.

LEOPOLDO: Parece que ellos no saben tan bien como vos lo que son.

CONRADO: *(Camina rápido)*. Vamos, vamos. Tenemos que irnos, no hay tiempo.

Miriam y Leopoldo comienzan a seguir a Conrado.

MIRIAM: ¿Qué te dijeron?

CONRADO: Ellos creen que Uriel está vivo.

LEOPOLDO: ¿Vivo?, ¿pero acaso no lo vieron en el cajón?

CONRADO: Estos nunca pudieron llegar al velorio, la policía los reprimió antes. Dicen que lo tienen secuestrado y quieren ir a rescatarlo.

LEOPOLDO: ¡Qué tipos locos!

CONRADO: La cuestión, es que ahora todos los de afuera somos sus enemigos. De alguna forma nos consideran parte de la conspiración contra Uriel.

LEOPOLDO: Claro, a alguien siempre hay que echarle la culpa.

CONRADO: Por eso tenemos que salir de acá.

*Los tres caminan más rápido.
Leopoldo va unos cuantos metros por delante de los otros dos.*

MIRIAM: *(Rozando levemente con su mano en el brazo de Conrado. Hablan en voz baja)*. Tendría que ir hasta allá para tratar de pararlos.

CONRADO: ¿Estás loca? Es muy peligroso. Además, no serviría de nada. Ya te lo dije, para ellos, todos los de afuera somos sospechosos.

MIRIAM: ¿Los de afuera? ¿Vos también pensás que yo no tengo nada que ver con ellos?

CONRADO: No, no quise decir eso, lo que pasa que esta noche las cosas están raras para todos.

MIRIAM: *(Se detiene)*. Hace un rato, después de que ustedes se escaparan del tinglado, discutí con algunos de los que estaban en el velorio. Me reprochaban por haberlos traído hasta acá. Me echan la culpa de todo lo que pasó y en cierto modo tienen razón, fui yo la que les dejé el arma.

CONRADO: El tiro se le escapó a aquel boludo, y yo no me di cuenta de pararlo a tiempo, vos no tuviste nada que ver.

MIRIAM: Allá no piensan lo mismo. A algunas de esas personas las conozco de toda la vida, nunca las había visto así. La discusión se complicó. Uno se me tiró encima, como para pegarme, gritándome traidora y los demás no hicieron nada para pararlo. Por eso tuve que robarme el auto y escapar.

CONRADO: La culpa fue nuestra, no tuya.

MIRIAM: Mía también, fui yo la que quise traerlos a ustedes para que miraran.

CONRADO: Eso no tiene nada de malo, al contrario.

MIRIAM: Ya no estoy tan segura de eso. En realidad, no estoy segura de nada. Ni siquiera sé si las canciones de Uriel me gustan de verdad. *(Mira hacia el campo)*.

Tenés razón, no va a servir de nada que yo vaya a hablar con ellos.

LEOPOLDO: *(Que quedó varios metros adelante, gira la cabeza y los ve)*. ¿Qué hacen ahí parados? Apúrense que nos alcanzan.

Miriam y Conrado vuelven a caminar. Caminan.

Tiempo.

Leopoldo, Conrado y Miriam, inmóviles y de espaldas, en medio de la autopista.

CONRADO: Pensar que los tuve ahí: auténticos, reales, tal como son, a menos de un metro de distancia. Por fin iba a poder verlos, saber qué piensan, qué quieren. Y justo en ese momento me hicieron apagar la cámara, qué pena, era una gran oportunidad.

MIRIAM: Ahora, se acabó.

LEOPOLDO: ¿Se acabó?

CONRADO: Hasta hace un rato creía que con lo poco que había filmado hasta ahora, todavía podía hacer algo. Una especie de *making off* de un documental fallido. Ese tipo de cosas a veces puede llegar a ser más interesante que la película real, hay miles de ejemplos en la historia del cine. Pero ni eso va a ser posible.

MIRIAM: Definitivamente.

LEOPOLDO: No puede ser.

CONRADO: ¿No ves que estamos parados en el borde?

LEOPOLDO: Sí ya sé, pero tiene que haber alguna forma de seguir.

MIRIAM: *(Extiende su brazo)* ¿Ves eso que brilla ahí, diez metros abajo?

LEOPOLDO: Sí, lo veo.

MIRIAM: Es el río. Se acabó.

Se quedan en silencio y empieza a escucharse un rumor de voces que se acercan.

Es como si nunca hubiera estado acá; como si nunca hubiera pertenecido a este lugar. Ya vienen.

Se escucha la misma canción con ritmo de cumbia.

LEOPOLDO: Debe haber alguna manera de bajar.

CONRADO: Planeando, como los aviones, pero no creo que podamos.

LEOPOLDO: ¿Todavía tenés ganas de joder? ¿Es esta tu realidad en estado puro?

Conrado saca la cámara del bolso. Se da vuelta y vuelve hacia atrás. Filma.

¿Otra vez con eso?

MIRIAM: ¿Qué ves?

CONRADO: No lo sé. Pero ya vienen.

Se escucha más fuerte la misma canción con ritmo de cumbia.

FIN

La voluntad

Eva Halac

Nació y vive en la ciudad de Buenos Aires. Estudió actuación en la escuela de Agustín Alezzo y Ciencias Políticas en la UBA. Directora de teatro, dramaturga, titiritera. En 1993 creó una compañía de experimentación escénica, base de sus espectáculos que combinan disciplinas del teatro con muñecos (dramaturgia, puesta en escena y actuación con títeres en: *Sonata de otoño* de Ramón del Valle Inclán, *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, *La pintura*, sobre textos de Leonardo da Vinci, *Morse*, sobre textos de Vasili Kandinsky, *El retablillo de Don Cristóbal*, de Federico García Lorca, *El ruiseñor*, de Hans Christian Andersen, *1810, Romance de los días de Mayo*, homenaje titiritesco a la Revolución, entre otros), montajes con bailarines (*Ay de mí*, *Cabaret flamenco*, *Ansia*, *Tour de force*), teatro lírico (régie de *Carmen*, de Bizet, *Il corsaro* de Verdi, *La serva padrona*, de Pergolesi) y teatro de repertorio nacional (dramaturgia y puesta en escena de *Juan Moreira, una leyenda argentina* basada en la novela de Eduardo Gutiérrez y *Un guapo del 900* de Samuel Eichelbaum ambas en formato de intervención urbana, y *El reñidero*, de Sergio de Cecco. Estrenó, de su autoría, *El deforme* (1997, inspirado en *Informe para una academia* de Franz Kafka), *Los pianistas* (2000) y *Español para extranjeros* (2007). Recibió Premios ACE, Clarín, María Guerrero, Pregonero. Entre 2002 y 2006 fue subdirectora del Teatro Nacional Cervantes (responsable de la creación del Plan Federal). Actualmente, trabaja en la versión y puesta en escena de *1810*, de Martín Coronado a ser estrenada en 2010, en homenaje al Año del Bicentenario.

PERSONAJES

LA SEÑORA
COMANDANTE
SARGENTO SOSA
JOSÉ VÁZQUEZ
PADRE BENÍTEZ
THOMAS
CABO NÚÑEZ

Escena 1

TIENDA DE CAMPAÑA EN EL SUR ARGENTINO. TERRITORIO GANADO A LOS INDIOS. 1880. EL COMANDANTE ESTÁ SENTADO DETRÁS DE UNA MESA DEVENIDA EN IMPROVISADO ESCRITORIO. ES UN HOMBRE ALTO Y FLACO, HUESUDO, DE ALREDEDOR DE 50 AÑOS, LA PIEL CURTIDA. MAPAS, CUEROS, ARMAS Y LA BANDERA.

ENTRA EL SARGENTO. ES DE NOCHE.

SGTO. SOSA: Comandante, dice la Señora que uno de los actores de la compañía sabe tocar la trompeta y puede reemplazar al muerto.

COMANDANTE (CMTE.):

Dígale que muchas gracias, pero no voy a reemplazar a un soldado por un marica extranjero. Es 25 de Mayo.

SGTO. SOSA: Bien señor.

CMTE.: ¿Encontró los palos para los juegos?

SGTO. SOSA: Todavía no... no los busqué.

CMTE.: Bueno, búsquelos. Con los juegos y el teatro alcanza. Un lujo. Ojalá Roca llegue a tiempo.

SGTO. SOSA: El teatro, al final, no sabemos si lo hacen. La compañía no quiere actuar. La trompeta la ofrecen para la ejecución del desertor. La

Señora insiste en que si usted no lo libera no van a hacer la representación. De hecho... me entregaron este papel, para usted. (*Alarga la mano con el papel*).

El Comandante no lo toma.

Es algo así como un petitorio, con las firmas de todos.

CMTE.: ¿Quiénes son todos?

SGTO. SOSA: Los actores. Y la Señora. Instigados por ella, claro.

CMTE.: No hace falta. Esa gente se instiga sola. ¡Así que un petitorio! ¡Cómo se nota que viven en Europa, eh! (*Finalmente lo agarra y lee*). “En mi carácter de primera actriz y cabeza de la compañía que lleva mi nombre, le solicito a usted tenga a bien deponer la actitud...” (*Lo rompe*). Suficiente. Así que nos quedamos sin espectáculo para mañana. ¿Usted qué piensa?

SGTO. SOSA: Y... ¿qué voy a pensar? Que es una lástima, pero qué se va a hacer... una lástima porque ya estaba como todo armado, ¿no? Tanto hablaron... hoy el cabo Núñez estaba festejando que le habían dado un papel.

CMTE.: ¿A Núñez? ¿De qué?

SGTO. SOSA: Una cosita de nada, pero le ponían un disfraz y tenía que estarse parado con la lanza... y yo le dije, ¡cómo nos vamos a reír!

CMTE.: Escúcheme Sosa, la obra ya la anunciamos como parte de los festejos del 25 y ya no hay tiempo de preparar otra cosa. Así que va, y le dice a la Señora que si no se presentan serán tomados también ellos como desertores y toda su compañía será pasada por las armas. ¿Dónde se cree que está?

SGTO. SOSA: Yo me ocupo.

Escena 2

Igual. Entra el Sgto. Sosa.

SGTO. SOSA: Comandante, la Señora desea hablarle.

CMTE.: Ajá. En un momento. Ahora no puedo.

Entra la Señora. Tiene menos de 40 años, tez blanca, viste una

mezcla de pantalones y vestido, un poco extravagante, con un abrigo europeo y unas pieles encima. Sale el Sgto. Sosa.

SEÑORA: Permiso.

CMTE.: Andamos apurados.

SEÑORA: Vine a despedirme. Si salimos ahora, llegamos a tomar el tren a Trenque Lauquen.

CMTE.: Así que se van, nomás.

SEÑORA: Iba a salir casi al amanecer, por eso le había ofrecido a uno de mis músicos, para que por lo menos ese pobre hombre muriera con alguna ceremonia, un poco de dignidad... pero lo rechazó. Así que realmente mis actores y yo no tenemos nada más que hacer en su territorio.

CMTE.: (*Pausa*). Usted cree que puede hacer cualquier cosa, ¿no?

SEÑORA: No sé por qué lo dice. De hecho no pude hacer nada.

CMTE.: Por eso.

SEÑORA: No es mi culpa. Usted y... su terquedad hicieron todo.

CMTE.: Mire señora, usted un día se me aparece acá, de pronto, con todos sus loquitos, me convence de que van a hacer algo imprescindible, artístico, que hable con la gente, le presento a la guarnición, con todo el trabajo que eso lleva para que nadie se burle del asunto y le rindan el mayor de los respetos, y nos ponemos todos de acuerdo y ahora, de golpe y porrazo desaparece, ¡con el tupé de saludar antes de darse a la fuga! No señora. De ninguna manera.

SEÑORA: Yo no le mentí. Realmente estábamos dispuestos a ofrecer el espectáculo.

CMTE.: ¿Y entonces? (*Suspira*). La tropa está muy entusiasmada. Vaya a saber lo que imaginan.

SEÑORA: Imaginan bien. Al fin y al cabo, todas esas... palabras, hubieran sido un alivio, una interrupción al viento, una caricia para tantos rostros desesperados. (*Pausa*). Le envié una nota con el Sargento Sosa.

CMTE.: ¿El petitorio?

SEÑORA: ¿Lo leyó?

CMTE.: No sé leer.

SEÑORA: En ese caso... voy a explicárselo personalmente.

CMTE.: No hace falta. No me interesa.

SEÑORA: Se lo habrá leído alguien, Sosa, supongo. Es una lástima que usted no sepa. Lo lleva bien. Con una digna resignación. Casi con orgullo. Usted se enorgullece de cualquier cosa, ¿no? No importa qué sea, usted lo dice con orgullo.

CMTE.: Es la vida militar.

SEÑORA: No todos son así.

CMTE.: Es cuestión de tiempo. Fíjese por ejemplo en el cabo Núñez, hoy fue feliz pensando en su papelito en el teatro, mañana aprenderá de la digna resignación.

SEÑORA: Me hace sentir mal. ¿Qué gana con eso?

CMTE.: Disculpeme. Buenas noches. Que tenga buen viaje.

SEÑORA: ¿Realmente no puede echarse atrás? Comandante, no puedo tener entre el público a un condenado a muerte.

CMTE.: No va a estar “entre el público”. Se lo fusila en unas horas.

SEÑORA: Le suplico por última vez. Libérela. Yo hablé con él. Me contó que extrañaba a su familia, y casi sin pensar se puso a caminar hacia la casita. Es un buen hombre, un hombre como cualquiera, que solo tuvo un momento de debilidad. Hace más de un año que no cobra un sueldo. Es un hombre sano, aún joven... Tenga compasión.

CMTE.: Si lo libero, en menos de un minuto desertarían todos. Es cuestión de disciplina. Además la patria no se hace por un sueldo, señora. Se hace por la gloria.

SEÑORA: Usted obliga a sus soldados a ser gloriosos.

CMTE.: Es lo menos que puedo hacer por ellos. *(Se levanta y camina hacia ella, confidencial)* ¿Cuánto hace ya que está acá? A ver... ¿cinco días?

SEÑORA: Mañana se cumpliría una semana.

CMTE.: Mucho tiempo, ¿no?

SEÑORA: Llegué con dos actores enfermos. Tenía que esperar a que se recuperaran.

CMTE.: Enfermos, ¿de qué?

SEÑORA: No se ponga así, no es viruela. Solo gripe. Hace tanto frío. Hicimos un viaje complicado, inesperado.

CMTE.: Ya hace casi una semana que está acá. Usted lo dijo *(Imitándola)* “los rostros desesperados”. Es la gloria o la nada. ¿Entiende?

SEÑORA: *(Recitando)* “La grandeza consiste en encontrar una razón para pelear, aunque sea pequeña la causa; cuando se trata de adquirir honor”.

CMTE.: ¿Qué es eso?

SEÑORA: Un texto de la escena.

CMTE.: ¿La que van a hacer?

SEÑORA: Sí. *Hamlet*. Escena cuatro del cuarto acto.

CMTE.: ¿Y qué tiene que ver?

SEÑORA: Habla de la gloria.

CMTE.: Ajá. *(Pausa)*. Mire, mi padre era un hombre pobre y sin recursos. Me hizo enrolarme en el Ejército cuando tenía 14 años. Yo no sabía andar a caballo, y el primer día un cabo me hizo galopar ciento cincuenta kilómetros. Lloré todo el viaje del dolor. Me daban vino y aguardiente para poder seguir. Creí que me moría. ¿Qué cree que hubiera hecho si me daban a elegir? Después de cuarenta años entendí que tenía un destino, una misión que cumplir. *(Ríe)* Aquí se recluta gente que no sirve para otra cosa. Es bueno saberlo, a veces me da mucha paz saber eso. *(Pausa)*.

SEÑORA: ¿Paz? Dios... Me recomendaron que no saliera de Buenos Aires, que no cruzara la frontera... y yo que pensé...

CMTE.: Pensó en regodearse con el desastre, hacerse la Juana de Arco.

SEÑORA: Me equivoqué.

CMTE.: Tengo una curiosidad. Usted sabe que la mitad de los nuestros está agujereado de viruela y que les queda a lo sumo una semana más de mundo. Ya ha visto a los heridos, a los cautivos que mañana serán esclavos, a los indios que cavarán fosas para enterrar más indios. ¿Qué le importa un soldado?

SEÑORA: Hablé con él. Lo miré a los ojos. Sé como se llama. José Vázquez, se llama. Y lo van a fusilar por negarse a continuar con su... programa de actividades. Mi imaginación me llevó a pensar que podía salvarlo. Soy así. Nunca pensé en que podría salvarlos a todos. Lo haría si estuviera en mis manos.

CMTE.: No puede salvar a nadie.

SEÑORA: Entonces, ya no hay nada que hablar. Nos vamos.

CMTE.: ¿No le advirtió el sargento la situación?

SEÑORA: *(Sonriendo)* ¿Se refiere a eso de que nos van a pasar por las armas?

CMTE.: Ya establecimos un compromiso, usted y yo. No estoy dispuesto a romperlo. Sería perder autoridad, más frente a una mujer. Mañana hacen la escena y se van después.

SEÑORA: Soy actriz. No es mi costumbre cumplir órdenes.

CMTE.: ¡Pero si ya se aprendió toda la letra!

SEÑORA: *(Riendo)* ¡La sé hace años! ¡Representé esta obra en los mejores escenarios de Europa!

CMTE.: ¿Y entonces? A ustedes no les cuesta nada y para ellos...

SEÑORA: ¿Que no me cuesta nada? ¿Se cree que estoy de vacaciones? En Buenos Aires nos cancelaron las funciones por la peste. Me dijeron que fuera tierra adentro y hacia el sur. Y ya ve, cambié la fiebre amarilla por la viruela. *(Pausa. Recorre con la mirada los objetos de la tienda)*.

CMTE.: ¿Qué busca? ¿Tiene sed? Puedo hacer que le traigan algo caliente...

SEÑORA: No gracias. Ya me voy.

CMTE.: Nunca debí haber confiado en alguien como usted. Me hizo crearles expectativas a un montón de pobres brutos. ¡Hace una semana que están mirando todos esos baúles, que espían la ropa de colores, los estandartes y todas las porquerías que trajeron! ¡Ahora tengo a toda la tropa ilusionada con esto! ¿Qué les voy a decir mañana?

SEÑORA: La verdad, cuénteles que no logré adaptarme a la disciplina militar. *(Pausa)*. Ya inventará algo. Usted es bueno con las palabras. Puede contar la historia de su infancia. Una arenga improvisada sobre la misión y el destino de los que no sirven para otra cosa.

CMTE.: *(Herido)* Fue una debilidad de mi parte habérselo contado.

SEÑORA: No se alarme, ¡si es usted un enigma! Lo miro y no logro adivinar nada. ¿Tiene esposa? ¿Hijos?... ¿Dónde estudió?

CMTE.: Con los curas, como todo el mundo.

SEÑORA: Lo otro no me lo va a contestar.

CMTE.: No.

SEÑORA: Es... una lástima que... la ocasión no favorezca... la conversación personal. Yo mejor... *(Busca las pieles para irse)*.

CMTE.: Son menos de trescientos hombres desahuciados. No los puede

decepcionar. *(Pausa)*. Mañana es fiesta nacional. Viene el Presidente. No tengo tiempo de organizar nada.

SEÑORA: ¿Y usted no puede decir que perdona a José Vázquez por ser fiesta nacional?

CMTE.: No. Ya le dije que viene el Presidente.

SEÑORA: Será un hombre culto, preparado, lo va a entender.

CMTE.: *(Niega con la cabeza)*. Él también es un soldado.

Entra el Sargento

SGTO. SOSA: Señor, el reo solicita la presencia del cura, y el padre Benítez no está en condiciones de ser visto. Tiene la cara con pozos y pústulas de pus. Le lloran los ojos.

CMTE.: ¿Puede hablar?

SGTO. SOSA: Con dificultad, pero se le entiende todo lo que dice. Al menos las palabras de rigor.

SEÑORA: *(Recita bajo y monótono como una plegaria)* Infierno, peste, eternidad, sufrimiento, podredumbre, dolor...

CMTE.: Que se ponga algo en la cabeza, una capucha, lo que sea y vaya a atender.

SGTO. SOSA: Con su permiso. *(Sale)*.

CMTE.: Mire lo que son las cosas, el cura está casi muerto y sigue ejerciendo su oficio. Cuando uno viene acá tiene que aceptar las circunstancias. ¿Usted para qué vino? Se hubiera quedado en París, donde el público no está condenado a muerte. Acá estamos en guerra con la naturaleza. Esto no figura ni en la Biblia.

SEÑORA: ¿Me quiere asustar? Del fin del mundo solo deseaba ver el paisaje, para lo demás me sobra imaginación. Esto... ¡Era un regalo! ¡Mi regalo! ¿O se cree que me la paso declamando en los desiertos? ¡Yo también tuve que convencer gente! Mis actores están agotados, no pueden más. Tienen frío, hambre, no ven la hora de regresar a alguna ciudad.

CMTE.: ¿Van a actuar en el teatro de Trenque Lauquen?

SEÑORA: ¿Por? ¿Está pensando en llegar a tiempo y comprar entradas?

CMTE.: No puedo. Estoy de servicio.

SEÑORA: Usted no me conoce. A mí este decorado me estimula. Iba a hacer la escena del paso del Ejército noruego a Polonia. Una escena de soldados, apropiada para la ocasión.

CMTE.: ¿Para el 25 de Mayo?

SEÑORA: Para un escenario de batalla.

CMTE.: ¿Y para qué? Sería mejor algo distinto, una intriga de palacio, en alguna recámara, algo íntima. Algo que pareciera de otro mundo, de fantasía. Una escena de soldados es más de lo mismo.

SEÑORA: Hamlet ve pasar un ejército y habla con el capitán noruego, quien le informa van a conquistar unas tierras sin valor en Polonia.

CMTE.: No tiene sentido.

SEÑORA: Por eso es que dice: “La grandeza consiste en encontrar una razón para pelear, aunque sea pequeña la causa; cuando se trata de adquirir honor”. Las tierras en Polonia no tienen valor, y sin embargo ellos...

CMTE.: (*Interrumpe*). ¿Y si no tienen valor para qué pelear? ¡Mire si yo les fuera a decir a mis soldados que tiene que ir a pelear por unas tierras que no valen nada! ¡Sería una locura!

SEÑORA: ¡Una locura es fusilar a alguien por ser desertor en el desierto!

CMTE.: ¡Claro! ¡Y le parece fenómeno que un montón de gente se arriesgue a morir o a quedar inválido por nada! ¡Por favor! ¡Déjense de macanas! ¿Quién escribió esa estupidez?

SEÑORA: Shakespeare.

CMTE.: No es cierto. Yo leí a Shakespeare y eso no está.

SEÑORA: (*Sonriendo*) Dijo que no sabía leer.

CMTE.: Y usted dijo que era francesa.

SEÑORA: ¿Y? Soy francesa.

CMTE.: Habla español. Tiene acento porteño.

SEÑORA: Soy cosmopolita. Hablo todos los idiomas. Como me crié en un hotel, desde los tres años hablo con extranjeros de todo el mundo. A los siete una familia de gitanos me llevó a Rumania. Me escapé y llegué a Estambul, sobreviví mendigando en la calle. Cruzé el Mediterráneo y llegué a Túnez, Orán, Tánger. Llegué a España y aprendí a bailar, a recitar versos. Soy de todas partes. Y se me pegan los acentos. Y usted dijo que no sabía leer y ahora sabe.

CMTE.: Sabía, en un tiempo sabía. Ahora no sé. Ahora leo otras cosas.

SEÑORA: ¿Qué cosas? ¿Lee el futuro en los naipes?

CMTE.: Sí. Y las miradas de súplica. Leo cuánta sed tienen los caballos, o

cuántos siglos tiene una cara. Y el futuro también, si quiere. Y esa escena de las tierras de Polonia no va a servir.

SEÑORA: No es literal... son símbolos... es una metáfora.

CMTE.: Sí, supongo que a nosotros no nos queda otra cosa.

Entra el Sargento.

SGTO. SOSA: Ya está hecho. El cura se pone una bolsa vacía de maíz, desde donde puede ver un poquito a través del entretejido de la arpillera.

CMTE.: Como un confesionario.

SGTO. SOSA: (*Riendo*) ¡Un confesionario en la cabeza! Pobre... estaba muerto de hambre, me pidió algo de comer, le dije que aguantara a mañana, que seguro el Presidente trae de todo para la fiesta.

CMTE.: Sosa, ¿usted, en estos días, escuchó a los actores practicando?

SGTO. SOSA: Un poco, curioseamos todos, como algunos de los nuestros van a actuar...

CMTE.: ¿De qué? ¿De noruegos contra polacos? ¿Van a hacer eso?

SGTO. SOSA: No... no sé. Lo que he visto señor, fue de lejos.

SEÑORA: No *hay* una pelea. Es un diálogo con el capitán y luego Hamlet hace una reflexión acerca de la necesidad de acción, de gloria, aunque sea inútil y sin sentido, justamente.

CMTE.: ¿Me quiere decir algo? ¿Se refiere a nosotros, dice que hacemos cosas sin sentido?

SEÑORA: No, no, de ninguna manera.

CMTE.: ¿Y de qué sirve entonces toda esa perorata sobre la importancia de lo inútil? Es una canallada. Una filosofía triste, para alborotar espíritus débiles. De donde vienen ustedes está todo terminado, y pueden darse calce, pavonearse de tristes.

SEÑORA: Lo importante son las palabras, la poesía, las ideas y cómo las dice.

CMTE.: ¿Sí? ¿Y qué dicen?

SEÑORA: (*Suspirando*) Lo va a escuchar mañana, si perdona a José Vázquez.

CMTE.: Seguro es incomprendible. Menos mal que me adelantó la historia. Glorias europeas, inútiles, de reyes lúgubres. ¡Y para el 25 de Mayo! ¿A quién se le ocurre? ¡Mi dios!, vaya sargento, terminemos con el asunto de Vázquez de una vez que se nos viene el amanecer.

SEÑORA: Espere... por favor.

CMTE.: Mire... puedo hacer que toquen la trompeta si quiere. Lo hacemos con música.

Pausa. Ella está inmóvil, mirándolo fijo.

SEÑORA: Si pudiéramos...

CMTE.: (*Interrumpe*). ¿Le digo al sargento que busque al chico ese italiano (*Se corrige*), al francés, al chico ese suyo de la trompeta?

SEÑORA: No. Estaba pensando otra cosa.

CMTE.: Lo siento señora. Está visto que no nos vamos a poner de acuerdo en nada. Váyanse ahora si quiere. Puedo esperar hasta que ustedes hayan salido.

SEÑORA: Pienso... ¿No se podría hacer un simulacro de la ejecución? ¿Digo, que las armas solo hagan el ruido de la pólvora, y José Vázquez haga que se muere, y yo me lo llevo en el tren cuando termina la función?

CMTE.: Un simulacro... ¿Y a quién enterramos?

SEÑORA: Un cajón vacío.

CMTE.: No tengo cajones. Nuestros muertos se envuelven en sábanas rotas.

SEÑORA: Una sábana con restos del cadáver de algún animal.

CMTE.: ¿Y el condenado cómo finge su muerte?

SEÑORA: Yo me encargo de prepararlo.

CMTE.: ¿Qué opina sargento? Está muy callado.

SGTO. SOSA: No tengo nada para decir señor.

CMTE.: Pero es su deber hacer el esfuerzo. Es un rasgo de educación. Hay una mujer presente.

SGTO. SOSA: Es que a veces, tanto vivir así, uno pierde la noción de esas cosas.

CMTE.: La Señora propone que un hombre que ha servido a la patria más de veinte años, se convierta en una suerte de payaso que muere en el Ejército Nacional argentino y resucita en un circo extranjero.

SGTO. SOSA: No me parece que eso esté bien.

CMTE.: La conversación es un ejercicio. Es la obligación de un hombre que se precie de tal. No me haga sentir que hablo con un perro.

SEÑORA: ¿Puedo explicárselo yo?

CMTE.: Señora, usted ofrece a un hombre su vida a cambio de su... dignidad. ¿Sabe cuáles son las últimas palabras de un condenado antes de la descarga de fusilería? (*Al Sargento*) Dígaselo. ¿Qué gritan los desertores antes de morir? Dígalo tal cual lo escucha siempre.

SGTO. SOSA: ¡Viva la patria!

CMTE.: ¿Y? ¿Qué le parece?

SEÑORA: Eso también se puede agregar.

Escena 3

El Comandante en el escritorio. La Señora en un banquito en un rincón de la tienda. El Sgto. Sosa trae a José Vázquez, engrillado, esposado.

CMTE.: ¿Estaba durmiendo?

JOSÉ: No señor.

CMTE.: ¿Qué hacía? ¿Pensaba?

JOSÉ: Sí señor.

CMTE.: ¿En qué?

JOSÉ: En mi muerte, señor.

CMTE.: Y sí. O uno duerme o piensa en la muerte.

JOSÉ: ¿Va a venir el cura?

CMTE.: No.

SGTO. SOSA: Al cura le dij...

CMTE.: (*Interrumpe*). ¡Cállese! ¿Alguien los vio entrar?

SGTO. SOSA: No señor. Están todos durmiendo. Hasta los centinelas. Como mañana es fiesta...

CMTE.: Y claro. Así después llega el malón y nos pasa por encima. Se despejan con el susto, tarde para salvar el alma. (*A José*) Nombre y apellido.

JOSÉ: José Vázquez.

CMTE.: Edad.

JOSÉ: Cuarenticinco año, ma o menos.

CMTE.: ¿Desde cuándo sirve al Ejército?
 JOSÉ: A los veinte me llevaron.
 CMTE.: Dígame el motivo de nuestra lucha.
 JOSÉ: Tamo civilizando. Limpiando la tierra de salvaje, para agrandar la nación.
 CMTE.: ¿Y qué fue lo que le pasó, que después de veinticinco años decidió abandonarnos?
 JOSÉ: Yo... estoy arrepentido.
 CMTE.: Sí, ya sé, ya sé. Quiero saber qué pasó, cómo fue. Quiero que me lo cuente. Quiero la historia.
 JOSÉ: Yo señor... estaba despierto a esa hora que todos duermen y... la luna iluminaba poquito, pero iluminaba hacia atrás vio, hacia la casa, donde están mi mujer y mi hijo chico, y se me hizo que si caminaba, si empezaba a caminar hacia atrás señor, podía estar con ellos. Y empecé a caminar, y seguí así, con la idea de ver el rancho, siempre, y después corrí... y después me alcanzaron los caballos.
 CMTE.: ¡Pasaron veinte años! Pasaron los indios. Pasaron las siete plagas de Egipto. Su mujercita ahora será gorda y vieja y duerme abrazada a un borracho. Su hijo en el mejor de los casos será otro soldado en el desierto y otro desertor. ¿Tan poco iluminaba la luna esa noche que deseaba ir corriendo a estrellarse con la realidad?
 JOSÉ: A mí se me hace que me están esperando, igualitos como los dejé.
 CMTE.: ¿Y por qué? Yo a usted no lo esperaré. ¿Usted se esperaría?
 JOSÉ: Yo ya estoy preparado pa que me fusilen.
 CMTE.: ¿Y si hubiera una alternativa? ¿Eh, Vázquez? ¿Una salida? ¿Si yo le permitiera permanecer vivo bajo ciertas condiciones?
 JOSÉ: Antes que la muerte lo que sea.
 CMTE.: Entonces creo que ya conoce a la Señora. Ella le va a enseñar el oficio de actor.

Ella se pone de pie, a la vez que José Vázquez cae de rodillas y besa la mano del Comandante.

Escena 4

La Señora, el Sargento y José Vázquez, ensayando.

SEÑORA: ¡Preparen armas, apunten, fuego!
El Sgto. Sosa hace que dispara un arma con su mano, diciendo "pum", y José Vázquez cae a destiempo, muy artificialmente.
 SEÑORA: No. La caída debe ser al unísono, exactamente en el mismo momento que escucha la detonación. Primero las rodillas y enseguida baja la cabeza, para tapar el pecho sin sangre, y se vuelca hacia atrás, nunca dando la cara al público. Y usted (*Al sargento*) apunte al pecho, no al hombro.
 SGTO. SOSA: ¿Pero lo voy a hacer yo?
 SEÑORA: ¿Y a quién le voy a dar mi fusil trucado? Tiene que ser usted.
 SGTO. SOSA: No me parece que eso esté bien.
 SEÑORA: Va a estar bien. Mire (*Le da un fusil*), no tiene bala, solo pólvora. Solo hace ruido ¿entiende?, ahora no jale el gatillo, solo sosténgalo y haga el sonido con su voz. Usted va a disparar, el señor Vázquez va a caer, y después usted caminará lentamente hacia él, lo envuelve en la sábana y lo arrastra al pozo.
 JOSÉ: ¿A mí? ¡Usted dijo ante que enterrábamo una osamenta!
 SEÑORA: ¿Qué? (*Al sargento*) No entiendo lo que dice.
 SGTO. SOSA: Un animal, que enterrábamos un animal. No a él.
 SEÑORA: No, mejor no. (*A José*) Usted va al pozo y aguanta. Puede respirar a través de un cilindro hecho de papel. Cuando todos se van a la fiesta lo ayudamos a salir y lo escondemos en la carpa de los actores. Cuando termina todo se vuelve con nosotros.
 JOSÉ: ¿A Uropa?
 SEÑORA: A Buenos Aires. Luego de pasar por otras capitales.
 JOSÉ: Yo... voy a Saliqueló.
 SEÑORA: (*Al Sargento*) Tenemos que ensayar el peso muerto.
 JOSÉ: (*Tímido*) Dios... yo... no sé si me via animar... Y... ¿Y si me descubren?
 SEÑORA: Lo fusilan. ¿Que puede perder? Es cuestión de concentrarse.
 SGTO. SOSA: A ver... acá... hay algo que está mal.

SEÑORA: ¿Qué cosa? Si usted ve algo en el procedimiento que es diferente hágamelo saber. Yo estoy manejando un guión muy tradicional.

SGTO. SOSA: No es eso. *(Abandona el ensayo y se sienta en un banquito. Se cubre el rostro con las manos. No encuentra las palabras).*

SEÑORA: Descansemos. *(Se sienta en el sillón del Comandante).*
Vázquez se queda de pie. Pausa.

SGTO. SOSA: Señora... morir por desertor es, con todo, una causa respetable, pero morir por mentiroso, por burlar al Ejército... no quiero pensar... esto no es justo. Usted no pensó en mí. Yo no estoy de acuerdo. Esta actuación es quitarle valor y coraje a todos los fusilados con anterioridad, y también a los que dispararon. Yo siempre maté en un enfrentamiento, pero hay que tener coraje para matar así, a sangre fría. Y esto es una falta de respeto a todos los que lo hicieron en serio.

SEÑORA: ¿Por qué? Hágalo en serio, con verdad, con emoción sincera.

SGTO. SOSA: No puedo.

SEÑORA: A ver... ¿Acaso si yo en una representación hago un príncipe les estoy faltando el respeto a todos los príncipes de verdad?

SGTO. SOSA: Usted sabe que sí.

SEÑORA: También puedo exaltar su gloria. Su majestad.
Entra el cura Benítez, con sotana y una bolsa de arpillera en la cabeza. Se choca con algo, habla con dificultad.

CURA: ¿José Vázquez?

JOSÉ: *(Inaudible)* Sí...

CURA: Hijo, en unas horas abandonarás la podredumbre de este infierno, dejarás la peste para encontrarte con Dios...
El Sargento le hace señas a José para que le siga la corriente.

¿Dónde estás hijo? No veo nada. *(Lo alcanza, lo toca, José se arrodilla).* No tengas miedo, no te asustes, esta bolsa solo cubre mis llagas, no voy a contagiarte, ¿Aunque qué puede importarte eso ahora no?

JOSÉ: No quiero rezar. ¡No quiero confesarme!

CURA: ¡Dios! ¿Y por qué?

JOSÉ: No puedo padrecito...

CURA: ¿Y qué te lo impide?

JOSÉ: *(Llorando)* Es que... no voy a morirme en serio...

CURA: ¿Eh? ¿Y de qué forma vas a morirte querido?
El Sgto. Sosa le acerca palabras al oído a José.

JOSÉ: Voy a... a resucitar...
El Sgto. Sosa se persigna y agradece al cielo que José dijo eso.

CURA: Claro que sí. Todos vamos a resucitar y a encontrarnos en el cielo con nuestros seres queridos.
José llora.

SGTO. SOSA: Padre, el reo no se encuentra bien. Delira, dice cosas. Él está arrepentido y es un buen hombre. Dele la absolución.

CURA: ¿Quién habla?

SGTO. SOSA: El sargento Sosa, padre.

CURA: ¿Desde cuándo estás ahí? No te oí entrar.

SGTO. SOSA: No entré. Quiero decir, siempre estuve. Cumplo órdenes de vigilar al reo, a quien por misericordia se le han quitado las cadenas.

CURA: Pobrecito. Dios nos está castigando a todos. A los buenos y a los malos. Todos pecadores. Esta peste que sufrimos es para que nos muramos rápido y subamos al cielo, donde el Señor nos va a explicar mejor y de cerquita lo que no entendimos lejos en la tierra. Es tan limpio el cielo, y esto tan mugriento y asqueroso.
José gimotea.

Pobrecito, tan grandote y manchado de sangre y sin embargo, inocente como una criatura. El hambre y la desesperación nos han convertido a todos en niños. ¡Como me gustaría tener un pedazo de pan fresco para regalarte en esta, tu última hora! ¡Si tuviera un pedazo de pan! ¡Una galleta! ¡Un zapallo y una fruta! Nos vamos del mundo como vinimos: ¡desnudos y hambrientos! *Ego te absolvo, in nomine patris, filio e spiritu sanctis, amén.*

SGTO. SOSA: *(Sacando al cura de la tienda)* Gracias, padre, gracias. Vaya tranquilo.
Apenas sale, la Señora zamarrea a José.

SEÑORA: ¿Qué le pasó? ¿No quiere salvarse?
José se zafa, mudo. Se sienta en un rincón. No contesta.

(Al sargento) Quizá tenía razón usted. Todo esto no tiene sentido. (Pausa. Le habla al sargento, de José). No voy a obligarlo. Va contra mis principios. Nadie puede actuar sin convicción, sin ganas, y sin pasión.

SGTO. SOSA: Mire Señora... yo sé que usted tiene buena intención... pero, ¿para qué nos vamos a engañar, no? Nosotros... no estamos para esto. Es un disparate. Ahora el padre se fue pensando que... Dios nos perdone por todo.

SEÑORA: Pero... (A José) ¿Usted se quiere morir? ¿Quiere que lo fusilen?

JOSÉ: (Inaudible, niega con la cabeza). No...

SEÑORA: ¿Y entonces? ¿Qué va a hacer? ¿Empezar a correr?

JOSÉ: (Bajo, encogiéndose de hombros) Puede ser.

SGTO. SOSA: ¡Ah, sí! ¿Y yo qué le digo al Comandante? Mirá Vázquez, si esa es la cosa te pongo los grillos. A mí no me agarran ustedes. (Lo va a esposar).

JOSÉ: (Reacciona, rechazándolo). Ta bien, ta bien. Hacemos el simulacro.

SGTO. SOSA: ¡Bueh!

JOSÉ: Pero quiero manifestar mi desacuerdo.

SGTO. SOSA: ¡Si nadie te obliga! ¡Ja! (Pausa). Vos querés dignidad, pero te arruinan tus pretensiones de sobrevivir.

JOSÉ: (Mirando a la nada). Ustedes me convencieron de sobrevivir. Yo estaba dispuesto a recibir lo que me tocaba.

SEÑORA: ¡Por favor! ¡Cuánto orgullo! Yo ya me cansé. Sepa que yo, señor ¡no convido a nadie! No. A mí se me pide por favor, se me ruega si es necesario, debería estar agradecido.

SGTO. SOSA: Ella tiene razón. ¡Si no querés actuar no actuás y listo! ¡A qué darle tantas vueltas!

SEÑORA: Todas las veces que hice actuar a gente que no tenía la voluntad me salió mal. Es inútil. Actuar es un acto de fe. ¡Dios! ¡Cómo pude equivocarme tanto! ¡Venir a creer que semejante pusilánime podía interpretar la muerte!

JOSÉ: ...Perdón.

SEÑORA: ¿Cómo dijo? No escuché. ¡Hable más alto!

JOSÉ: Perdón señora.

SEÑORA: Sí. ¿Y qué más?

JOSÉ: Yo... quisiera... que... usted me enseñara... yo le agradezco de todo corazón.

SEÑORA: No se le entiende nada. Póngase derecho. Hable bien, como un hombre.

JOSÉ: Señora, el sargento y yo queremos hacer la escena del fusilamiento, si usted lo permite.

SEÑORA: Muy bien, así sí. ¿Usted está de acuerdo?

SGTO. SOSA: (Pausa larga. Duda. Respira hondo). Sí señora.

SEÑORA: ¿Y a ustedes les parece que yo tenga que pasar por todo esto? (Pausa). No sé, no sé... ¿Quién soy yo para venir a interrumpir el destino de los demás? A esta altura podría estar en el tren a Trenque Lauquen, y usted... y cada uno a lo suyo. Al fin y al cabo nadie vino nunca a tratar de salvarme la vida a mí. Me las tuve que arreglar siempre sola. Siempre. Desde que tenía seis años he vivido situaciones mucho peores que esta.

Los hombres levantan la mirada hacia ella, tratando de imaginar esas situaciones.

Es posible que sea así, uno elige el teatro para escapar del horror, de la muerte, de la prostitución. Yo me crié en el burdel donde trabajaba mi madre, y me escapé antes de que me vendiera. Me escapé a Rusia, con un violinista que fue asesinado por fanáticos en la frontera húngara. Canté en la calle, por unas monedas... Ustedes no tienen la menor idea de lo que significa depender de la imaginación. (Suspira). Ya no sé a quién le estoy hablando. Me vine tan lejos... hace frío... y ya ven... no hay escapatoria. (Cierra los ojos, coloca sus manos en la frente, se concentra). A ver... les voy a mostrar cómo se hace. Usted, dispárese.

SGTO. SOSA: ¿Eh?

SEÑORA: ¡Dispáreme!

El Sargento toma el fusil, le apunta y dispara con su voz. Ella cae con una muerte espectacular, bellísima. Queda un tiempo inerte en el piso, al punto que José corre hacia ella, asustado. Ella, entonces, se incorpora triunfante.

Bien, ahora ustedes, vamos que no hay mucho tiempo.

SGTO. SOSA: Está amaneciendo. ¡Ts! Me hubiera gustado dormir un poco antes de la fiesta de mañana.

Ella lo mira como insultada, él hace un gesto de disculpa.

SEÑORA: ¿Qué es lo que festejan mañana?

SGTO. SOSA: La Revolución de Mayo.

SEÑORA: ¿La independencia?

SGTO. SOSA: No. Es casi la independencia. Es la revolución. La revolución que sacó al gobierno español. Es como el comienzo de la independencia. Fue hace 70 años. Desde entonces nos gobernamos solos, a los ponchazos, pero somos libres.

SEÑORA: ¿Una revolución sangrienta?

SGTO. SOSA: No en ese momento. Después vinieron las guerras y los muertos.

SEÑORA: Mañana me lo explica todo. Me gusta saber. Quizá, si su comandante me hubiera dicho esto antes, encontraba un material más acorde para la ocasión. Pero con ese hombre es imposible. No se puede organizar nada, todo le parece mal. Siempre de mal humor. ¿Es soltero?

SGTO. SOSA: ¿El comandante?... No. Es viudo. Pero de hace mucho. Su señora murió al dar a luz.

SEÑORA: Tiene un hijo, entonces.

SGTO. SOSA: Sí, pero creo que se lo dio a la Iglesia, o algo así. Pero todo de hace mucho, son cosas de unos años que estuvo en Buenos Aires. Después volvió acá y ya se quedó.

SEÑORA: Está lleno de historias tristes.

SGTO. SOSA: Bueno, más o menos como todos, ¿no?

SEÑORA: La soledad hace estragos. Me pregunto cómo pueden vivir así.

SGTO. SOSA: Uno se acostumbra. Y no se crea, de vez en cuando hay una fiesta, como mañana.

Entra el Comandante.

CMTE.: ¿Y? ¿Qué pasa? ¿Ya terminó la clase de teatro?

SGTO. SOSA: Ya casi.

CMTE.: ¿Y qué hacen? ¿Por qué están así, como viejas tomando té? ¿Se cansaron?

SGTO. SOSA: No, es que... la Señora me preguntaba cosas, nomás.

CMTE.: ¿Qué cosas?

SGTO. SOSA: Cosas tuyas, señor. Quería saber.

CMTE.: ¿Eh? *(A la señora)* ¿Qué pasa ahora?

SEÑORA: Nada. Quería saber acerca de la fiesta de mañana.

SGTO. SOSA: De la Revolución de Mayo me preguntaba. Le estaba contando...

CMTE.: *(Interrumpe)* Una clase de historia a las cuatro de la mañana... *(A José)* ¿Y usted? ¿Ya aprendió a hacer el payaso?

JOSÉ: Yo... iba a practicar.

SEÑORA: Sí... a ver... háganlo ustedes solos ahora. Yo miro.

El Sargento y José ocupan los puestos. Antes de que el Sargento levante el arma, el Comandante se da vuelta con una flecha clavada en el pecho. Caen de rodillas, herido. Se escucha el alarido de los indios, el relincho de los caballos y un grito: "¡El malón!". Todo se llena de humo. Pausa larga.

Escena 5

El Comandante, herido, sobre unos cueros. El Sargento.

CMTE.: ¿Cuántos?

SGTO. SOSA: Cuatro.

CMTE.: ¿Nada más?

SGTO. SOSA: Cuatro indios locos, ya le digo. Parecían todos esqueletos. Y los caballos también. Puro hueso. Se vinieron abajo cuando se les terminó el envión de la corrida. Nos agarraron desprevenidos, eso pasó. Lástima que justo vinieron a prenderse fuego algunas tiendas. Hubo que derrochar el agua pa apagar el incendio y arruinamos las bolsas con la harina para las tortas fritas. Ahora sí que no nos queda nada para mañana. ¡Ojalá Roca llegue a tiempo!

CMTE.: ¡Ojalá no llegue nunca! ¿Qué le vamos a decir, idiota? ¿Que cuatro indios nos hicieron un desparramo porque estábamos durmiendo? ¿Ensayando una obra de teatro? *(El dolor lo detiene)*. ¡Ay!

SGTO. SOSA: Está malherido.

CMTE.: Voy a estar bien. Busque a la Señora y hagamos el simulacro antes de que me muera. En lugar de Vázquez enterramos a uno de los indios estos... o a mí.

SGTO. SOSA: No hace falta el indio. Lo enterramos a Vázquez que aguanta

hasta que sale. Dice la Señora que es más rápido.

CMTE.: En fin... como sea.

SGTO. SOSA: Ya la busco. Estaba con los actores, parece que se asustaron con los gritos. Mientras... dejo esto acá. *(Apoya las cuatro lanzas)*. Para los disfraces.

CMTE.: ¿Dónde está Vázquez ahora?

SGTO. SOSA: Esperando.

Entra la señora.

SEÑORA: Eran cuatro hombres jóvenes, flacos, macilentos... cuatro fantasmas...

CMTE.: ¿Trajo al trompetista?

SEÑORA: No parece muy feroz su enemigo.

CMTE.: No los desmerezca. Antes eran muchos. Y bravos. No estaban así, metían miedo. Eran tremendas figuras a caballo, parecían una bestia apocalíptica. Algún día vamos a pagar por todo esto.

SEÑORA: Está sangrando...

CMTE.: No es nada. Vamos de una vez. *(Se siente mal, la herida le produce un fuerte dolor)*. Dios...

SEÑORA: Pero... ¡mire como está! *(Al sargento)*. ¡Llame un médico!

CMTE.: ¡Shhh! Acá las órdenes las doy yo.

SGTO. SOSA: No hay médico. ¿Quiere que lo despierte a Gálvez señor? Él se da maña...

CMTE.: *(Sentándose en su silla, hablando agitado)* Quiero que... fusile a José Vázquez.

SGTO. SOSA: Pero... ¿de verdad?

CMTE.: Que parezca de verdad. Y si no parece, mátelo en serio.

Escena 6

El Comandante solo. Escucha los sonidos del simulacro fusilado. Suena la trompeta. La voz de Vázquez diciendo: "¡Viva la patria!". Disparo. Silencio. Otra vez trompeta. Pausa. Entra el Sargento, con el fusil trucado en la mano. Lo arroja al piso.

CMTE.: ¿Y?

SGTO. SOSA: Todos creen que maté a un hombre.

CMTE.: Bien.

El Sgto. Sosa, nervioso, busca una botella, encuentra un aguardiente y bebe largamente. Tiembla.

Escucho... escucho la caballada. Roca debe estar cerca.

SGTO. SOSA: Comandante, todo esto que pasó...

CMTE.: No se preocupe, nadie lo va a saber.

SGTO. SOSA: Pero... ¿Y Vázquez? ¿Y los actores? En un rato lo van a ayudar a salir del pozo... tienen que volver a tapar... es un peligro.

CMTE.: Vázquez podrá decir que lo enterramos vivo. ¿Cuántas veces pasó que alguno salió arrastrándose entre una pila de cadáveres? Y los actores... son actores. Cállese.

SGTO. SOSA: Me miraron con respeto, cuando pasé entre los hombres, todos con el uniforme roto, muertos de frío y paradios, hasta Núñez, que siempre está de broma, me dio una palmada en el hombro, serio, como diciendo, "lo comprendo sargento, es duro matar a sangre fría a un compañero, pero era su deber y lo respetamos"... *(Bebe)*. Dios... si supieran... me acordé del flaco Roncoso, que sí era amigo, muerto de verdad... ¿Se acuerda de Roncoso, comandante?

CMTE.: Roncoso. Un desertor.

SGTO. SOSA: Pero también fue buen soldado, hay que decirlo. ¿Qué habrá pensado el amigo allá en el cielo, eh? *(Ríe nervioso)*. "Pero, ¿cómo viejo? ¿Así que se podía hacer trampa?". Ja, ja, ja... Perdoname Roncoso... *(Se quiebra)*.

CMTE.: Cállese le dije.

SGTO. SOSA: *(Bebiendo sin parar)*. Todos se fueron ahora a preparar la fiesta, pero... ¿Y si alguno se quedó? ¿Y si alguno llega a ver cuando Vázquez?... Comandante... ¿Me está escuchando? No sé si pueda con esto... tengo que hablar con el padre Benítez...

CMTE.: Ni se le ocurra.

SGTO. SOSA: Pasa una cosa, pasa que... no me animo a mirar a nadie a los ojos... ¿Quién soy yo ahora, eh? ¿Soy un cobarde? ¡Dígame quién soy comandante!...

CMTE.: *(Interrumpe)* ¡Le dije que se calmara carajo! ¡¡¡Maricón de mierda!!! *(Pausa)*. Deme esa botella.

El Sargento le da la botella, bebe, reprime un dolor agudo en el pecho herido.

Putra madre... ¡Váyase sargento! Déjeme solo. Vaya... vaya a ver cómo anda todo.

El Sargento se dispone a salir.

CMTE.: *(Señalando las lanzas)* Y llévase esa mierda de acá.

El Sargento toma las lanzas y sale.

Escena 7

Entra la Señora. Está un poco desarreglada. Se nota que está cansada, sin dormir.

SEÑORA: Quería ver cómo estaba. *(Pausa)*. Debería venir conmigo a Trenque Lauquen después de la función. Allá... habrá un hospital.

CMTE.: Estoy perfecto.

SEÑORA: Yo... quería darle las gracias.

CMTE.: ¿Vázquez ya salió de la tumba?

SEÑORA: Sí.

CMTE.: ¿No los vio nadie?

SEÑORA: No. Están todos en la fiesta. Yo... ahora voy para allá. Dicen que llegó el Presidente.

CMTE.: ¿Ya llegó? ¿Y cómo nadie me avisó? ¡Sosa es un idiota!

SEÑORA: Quedó un poco nervioso después de la representación.

El Comandante intenta incorporarse. Se cae.

(Ayudándolo) Pero... ¿Es necesario que se levante? No va a poder caminar.

CMTE.: Déjeme. *(Camina un trecho, cuando llega a la puerta cae de rodillas)*.

Ella corre hacia él, lo ayuda a recostarse, le pasa un pañuelo por la cara.

SEÑORA: ¡Thomas!

Entra un actor inglés, con traje medieval.

Thomas es uno de los actores. Pero sabe algo de enfermería. Le pedí que lo revisara.

THOMAS: *(Con acento inglés)* Permisou.

CMTE.: ¿Por qué no están allá? ¿No deberían estar allá? ¿Cuándo empieza la función?

SEÑORA: *(Mientras Thomas prepara un brebaje)* No se preocupe. Están cambiándose. Ahora vamos. Pero haré que venga alguien a quedarse con usted. Cuando termine todo me lo llevo conmigo.

CMTE.: ¿Con el fantasma de Vázquez? ¡Ja ja ja! ¡Ay!

Thomas le ofrece el brebaje.

¿Qué es esto?

THOMAS: *Medicine. It's good. Drink it please.*

SEÑORA: *(Incorporándose)* Tómelo. No se ría. No hable.

CMTE.: No me de órdenes. *(Pausa, bebe, un poco desconfiado)*. ¿Van a hacer la escena de los noruegos y polacos?

SEÑORA: *(Acomodándolo)*... Sí

CMTE.: No va andar. No tiene sentido. Haga otra cosa.

SEÑORA: Va a estar bien.

CMTE.: *(Mientras Thomas le coloca una venda en la herida)* No. Todo ese discurrir acerca de lo inservible. Es poco estimulante.

SEÑORA: ¡Si lo escuchara! Comandante, todos necesitamos reflexionar sobre el valor relativo de las cosas, lo inasible de la vida, el vacío...

CMTE.: ¿A qué agregar más vacío al desierto? ¡Me viene con ruinas de palacio cuando todavía tenemos que levantar los ranchos! ¡Acá recién empezamos! ¡Todo está por hacerse! Necesitamos luz de amanecer.

SEÑORA: Me habla como si todos sus soldados fueran niños que necesitan cuentos de hadas.

CMTE.: Somos niños. Miramos desde abajo, todos nos parecen grandes. ¿No le contó Sosa la historia del veinticinco de mayo? Mi patria está en la infancia.

SEÑORA: Todos tienen derecho a conocer las palabras de un gran poeta.

CMTE.: Entonces dígamelas.

SEÑORA: ¿Ahora?

CMTE.: Ahora. Vamos. Apúrese. No hay mejor público que el condenado a muerte.

Pausa. Thomas ha terminado el vendaje y se sienta en el piso. Ella no sabe cómo empezar.

¿Y?

SEÑORA: Bueno, Hamlet ve pasar el ejército noruego y... Thomas, *please, stand up. I want him to see our play.*

THOMAS: *Now?*

SEÑORA: *Yes! Now!*

CMTE.: ¿Quién hace de Hamlet? (*Señalando a Thomas*) ¿Este?

SEÑORA: Yo.

CMTE.: ¡Ja! Muy bien. Eso es cultura, civilización. ¿Y? ¿Qué pasa?

SEÑORA: Le pregunta al capitán adónde van y este le contesta que a...

CMTE.: (*Interrumpe*) A conquistar las tierras de Polonia que no valen un corno, sí eso ya lo sé. ¿Y entonces?

SEÑORA: (*Actuando*) “Capitán, ¿qué ejército es este que pasa?”

THOMAS: (*Actuando, en español, con acento inglés*) “*Noruegou, señor*”.

SEÑORA: “Y dime, ¿hacia dónde se dirigen?”.

THOMAS: “A combatir a tierras de Polonia”.

SEÑORA: “¿Y quién los comanda?”.

THOMAS: “El *sobrinou* del rey de Noruega, Fortimbrás”.

SEÑORA: “¿Se trata de un ataque a Polonia o solo es cuestión de fronteras?”.

THOMAS: “A decir verdad, vamos a conquistar un *pedazou* de tierra que no tiene otro valor que el de su nombre. No pagaría yo cinco ducados por *arrendarlou*...”

CMTE.: (*Interrumpiendo*) ¡Y le cuenta todo eso sin preguntarle quién es!

SEÑORA: ¡Es un capitán cualquiera! ¡Eso no importa!

THOMAS: (*Continuando*) “Si el rey de Noruega o el rey de Polonia quisieran *venderlou* no les darían un penique”.

CMTE.: ¡Sí! ¡Claro!

SEÑORA: Entonces el capitán se va. (*A Thomas*) *Thank you* Thomas, y Hamlet dice: (*Muy suave, comienza a recitar*) “¿Qué es el hombre que usa todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Un bruto, una bestia”.

CMTE.: Cierto.

SEÑORA: “Dios no nos regaló la razón para dejarla así, sin uso. ¿Y quién soy yo? ¿Soy un cobarde? Por todas partes encuentro grandes ejemplos que me estimulan a la acción. Como ese ejército fuerte y numeroso, conducido por un príncipe joven y delicado, cuya ambición se burla del porvenir incierto, y expone su existencia a los golpes de la fortuna o la muerte, a los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. La grandeza consiste en encontrar una razón para pelear, aunque sea pequeña la causa; cuando se trata de adquirir honor”.

CMTE.: (*Transpirando, con los ojos afiebrados*) ¿Pequeña la causa? ¡Más de cuatrocientas leguas! Dios... un cementerio indio del tamaño de la luna. ¿Qué me dieron?... me mareo...

SEÑORA: (*Actúa, con ardor*) “¿Y yo? ¿Qué estoy haciendo yo? Mi padre asesinado, mi madre envilecida...”

CMTE.: (*Temblando, bajo los efectos del calmante*) Es una trampa. Y usted... usted pensó que me iba a engañar...

SEÑORA: ¿Qué está diciendo?

CMTE.: ¡Nos quieren convencer de que las tierras no valen nada, para después comprarlas por cuatro centavos!

SEÑORA: ¿De quiénes está hablando?

CMTE.: ¡De ustedes! ¡De los gringos! Dios mío, ¡tanto sacrificio!

SEÑORA: ¿Cómo se le ocurre? ¡Desvaría!

CMTE.: ¡No! Quédese ahí. Usted conoce la verdad. La tierra está engualichada. Nosotros nunca vamos a poder hacer nada. Nada se construye y nada crece sobre cementerio indio. ¡Ustedes vinieron por el oro!

SEÑORA: Escúcheme, soy yo... usted... yo sé... tuvo una vida triste... llena de muertos... pero yo lo voy a sacar de acá... míreme... yo también estoy sola... vámonos juntos...

THOMAS: ¿Oro? *Gold? Here? Really?*

Entra el cabo Núñez, vestido de uniforme medieval, con una lanza.

NÚÑEZ: Permiso Comandante. (*Se cuadra*).

CMTE.: (*Con la mirada perdida*) ¿Quién es?

NÚÑEZ: Cabo Núñez. Vengo a informarle que el general Roca llegó con

la comitiva, y nos disponemo a izar la bandera, cantar el Himno Nacional, y dar comienzo a la representación. El general Roca me preguntó si estaba usted descansando, fue informado de su herida en combate y no quiso molestarlo. Pero también dijo que si usted despertaba fuera pa allá.

CMTE.: ¿Qué hace con esa ropa? ¿Dónde está Sosa?

NÚÑEZ: Disculpe mi comandante, es la ropa del teatro. Y Sosa no sabemos adónde está.

CMTE.: ¿Y así disfrazado va a cantar el Himno? ¿Así recibió al General? ¡Imbécil! ¡Póngase el uniforme!

NÚÑEZ: Perdón señor, pero no puedo.

CMTE.: ¿Cómo dice?

NÚÑEZ: Aproveché pa lavarlo, taba lleno e bichos.

CMTE.: ¡¿Y?!

NÚÑEZ: Ta mojado señor. Y disculpe, pero casi todo los que estamos en la obra nos lavamo la ropa y andamo así, con esto...

CMTE.: ¡Entonces van a cantar el Himno Nacional todos mojados, chorreados o en pelotas! ¡Pero no voy a permitir que la traición y la entrega de la patria comiencen por mi guarnición! ¡Y un 25 de Mayo!

NÚÑEZ: *(Asustado)* ¿Traición señor?

CMTE.: ¡Traición!! ¡Todos vendidos a los polacos, a los noruegos, a los gringos cosmopolitas! ¡Vendidos al demonio! *(Se retuerce del dolor)* ¡Ay Dios! *(Susurra)* El demonio no es hombre ni mujer y habla todos los idiomas. Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre...

SEÑORA: ¡El comandante no está bien! ¡Vayan a traer ayuda! ¡Rápido!

Núñez y Thomas salen corriendo. El Comandante susurra una plegaria.

Aguante un poco más. Ya vienen a curarlo. Usted... usted no pertenece a este mundo. No se da cuenta pero todo podría ser tan distinto... existe otra manera de vivir para nosotros, un mundo sin fronteras... donde el mar es cálido y parece agua de rosas. Sé de unas islas, en Grecia, desde donde se pueden ver el Egeo y el Mediterráneo sentado en una sola roca. A mí llevó allí un coleccionista de mariposas cuando tenía seis años. Vivíamos de la

caza y la pesca. Sé que me esperan y nos recibirían con los brazos abiertos. Cierre los ojos y piense en eso. Podemos buscar a su hijo, en Buenos Aires, yo lo puedo ayudar a encontrarlo.

CMTE.: ¿Mi hijo? ¿Cómo sabe? ¿Quién le dijo que yo...? Estoy perdido.

Suenan un disparo y una trompeta, afuera. Pausa larga. Entra Núñez, desencajado.

NÚÑEZ: ¡Comandante! ¡Sosa se pegó un tiro sobre la tumba de Vázquez!

CMTE.: ¿Eh?

SEÑORA: ¿Está muerto?

NÚÑEZ: No, está vivo, justo un actor sopló la trompeta y Sosa erró el tiro. Se voló la oreja. Habla raro, señor, dice que Dios lo va a castigar y que Vázquez no está muerto. Taba lleno de tierra. ¡Una desgracia! Ahora está viniendo el general Roca pa acá, a hablar con usted.

CMTE.: *(A ella)* ¡Satanás!

El Comandante se arrastra con mucha dificultad y toma el fusil trucado del piso, le dispara a la Señora, sale el fogonazo, y ella sigue en pie, dispara otra vez y ocurre lo mismo, ella tiembla, de pie, con los ojos muy abiertos. Núñez, al ver que la Señora no es afectada por los disparos se persigna y sale corriendo. El Comandante, en extrema desesperación, se apunta a la sien y dispara. Varias veces. Pero es inútil, el fusil es de utilería.

SEÑORA: *(Quitándole suavemente el fusil, como un juguete a un niño)* Conviene que... que nos vayamos ahora.

CMTE.: ¿A dónde?

SEÑORA: No sé... lejos.

CMTE.: Estamos lejos. No hay más lejos que esto.

Se escuchan los redoblantes y acordes de la introducción del Himno Nacional Argentino. El Comandante se incorpora. Ella sale de la tienda, fusil al hombro, caminando despacio. Él se queda solo, preparado para recibir al general Roca, para cantar el Himno, para lo que sea.

Apagón.

La perrera

José Montero

JOSÉ MONTERO

José Montero nació en Buenos Aires en 1968. Trabajó como periodista en la agencia DyN y en el diario *La Razón*. Colaboró en *Perfil*, en *Clarín*, en *Página/12*, en la revista *Noticias* y en distintas publicaciones del Grupo de Revistas *La Nación*. Actualmente escribe para *Caras y Caretas*. Publicó dos novelas policiales (*Los chantajistas* y *Robos y hurtos*) y es autor de una decena de libros infantiles y juveniles. Algunos de estos títulos, como *La trampa* y *Veinte pisos de terror*, fueron incluidos en planes oficiales de promoción de la lectura en Argentina y en México. En televisión escribió programas periodísticos, documentales y de ficción que fueron emitidos por Canal 4, Canal 7, América TV, Canal 13 y Telefé. Algunos de los ciclos en los que participó fueron *Puntodoc*, *Media falta* y *Un cortado, historias de café*. Sus guiones de cine *La pura mentira* e *Informe sobre Laura* fueron premiados por el Ministerio de Cultura de Venezuela y por el Fondo Nacional de las Artes. En teatro es autor de *Confesiones del pene*, *Gran Buenos Aires*, *40 fósforos de madera*, *Hoy te quiero, mañana vemos*, *El libro de la esposa* y *La napa*, entre otras.

> la perrera

PERSONAJES

EL OSO

PEPE

MARIANO

COCO

MANUEL

ÁNGEL

EL MÉDICO

Escrita en el marco del Laboratorio de Escritura Teatral II, a cargo de Alejandro Tantanián con la organización de Argentores - 2006.

UNA "CASA OPERATIVA" A MEDIADOS DE LOS AÑOS 70. SON LOS PRIMEROS DÍAS DE ENERO DE 1976 Y HACE CALOR. ESTAMOS EN UN SÓTANO DONDE SE VEN ELEMENTOS DE LA VIDA COTIDIANA (UNA COCINITA Y LOS IMPLEMENTOS PARA EL MATE, SILLAS, MESA, MATERIAL DE LECTURA, UN LAVABO, ETCÉTERA). EN UN RINCÓN HAY UNA CONSTRUCCIÓN RECIENTE E IRREGULAR, DE LADRILLOS. ES UN PEQUEÑO CALABOZO CON PUERTA DE CHAPA. SENTADO EN UNA SILLA, ÁNGEL, UN CHICO DE 19 AÑOS DE APARIENCIA ANIÑADA, VESTIDO CON PANTALÓN Y CAMISA DE COMBATE VERDE OLIVA, LEE UNA REVISTA LUPÍN O SIMILAR. EN ESO ESCUCHA VOCES Y PASOS, OCULTA LA REVISTA Y SE PARA. ENTRAN PEPE, 30 AÑOS, Y MANUEL, 25, VESTIDOS DE CALLE Y CON PISTOLAS EN LA MANO. TRAEN DETENIDO AL OSO, UN TIPO DE 29 AÑOS, GORDO Y GRANDOTE, DE BIGOTE, MEDIO TORPE. LO MALTRATAN. LO ZAMARREAN Y LE PEGAN.

PEPE: ¡Dale, hijo de puta, entrá!

OSO: ¡Paren, loco, no entiendo nada!

MANUEL: ¡Callate la boca, traidor!

PEPE: ¡Entregaste a toda la compañía!

OSO: ¿Entregar qué? No entregué nada. ¡Yo soy de logística!

PEPE: ¡Vos sos un filtro hijo de remilputas y te vamos a matar!

Mientras dicen esto, Pepe y Manuel meten al Oso en el calabozo.

MANUEL: Ángel... ¿qué esperarás? ¡Las esposas!

Ángel, entre paralizado y excitado por la acción, saca unas esposas del bolsillo y se las extiende a Manuel.

¡Poneselás!

PEPE: ¡Al gancho, en la pared!

Ángel cierra un extremo de las esposas sobre una muñeca del Oso, y el otro sobre una gruesa anilla metálica amurada en la pared.

OSO: El traidor es otro... La están pifiando, boludo...

Manuel le pega una bofetada al Oso, mientras señala a Pepe.

MANUEL: ¡Estás hablando con el capitán!

PEPE: Vamos... Tengo que ir a buscar al otro...

Manuel, Pepe y Ángel salen del calabozo y dejan al Oso esposado. Cierran la puerta de chapa.

Vuelvo más tarde...

MANUEL: ¿Y mientras?

PEPE: Que piense... Pero que no le pase nada, ¿eh? ¿Estamos?

MANUEL: Estamos.

Pepe sale. Manuel encara a Ángel y le entrega su pistola.

Ángel... Ni una palabra con el detenido. Si intenta escapar, lo matás.

ÁNGEL: Sí, sargento.

MANUEL: *(No le gustó la formalidad).* No hace falta...

ÁNGEL: Está bien, Manuel.

En el calabozo, por lo bajo, muy angustiado, al borde del llanto...

OSO: La concha de mi madre...

Apagón.

Se ilumina el calabozo. El Oso ya no está solo. A su lado, también esposado, se encuentra Coco, 26 años. Tiene el aspecto de haber sido tratado un poco más fuerte. El Oso lo busca con la mirada, pero Coco rehúye el contacto. Instantes.

OSO: ¿Cómo te llamás?

COCO: ¿Qué carajo te importa?

OSO: Bueno, compañero...

COCO: Compañero, los huevos. Yo no te conozco, no sé nada.

Silencio, tensión.

OSO: Mirá que la hacés difícil... Yo quiero charlar un rato, nada más... Me tienen acá desde ayer, juntando pis en un frasco... *(Pausa)*. ¿A vos también te dijeron que estabas a disposición del tribunal del partido? Si yo no soy del partido, estoy en el ERP nomás... Es por lo de Monte Chingolo, ¿no? Qué cagada eso... Un cagadón grande como una casa... Encima mataron a todas las chicas lindas... Al menos hubiesen hecho cagar a los bagayos.

COCO: Loco... ¿Vos querés que te cague a piñas? ¿Cómo vas a hablar así de las compañeras muertas? ¿Sos enfermo vos?

OSO: Bueno, no te calentés... Era una broma... Para ver si decías algo.

COCO: ¡¿Una broma?! ¡Con eso no se jode!

OSO: Ya sé, pero...

COCO: Entonces cerrá el culo.

Instantes.

OSO: Parece que hay un filtro. Lo están buscando... Yo quiero que vengan y me interroguen de una vez. Les digo todo lo que sé y listo, me tienen que dejar ir... Yo quiero volver a lo mío... A conseguir autos, a llevar gente de un lado para el otro... Así la cosa no va, los milicos van a dar el golpe y nosotros sospechando unos de otros... No, macho, así no va... ¿No serás vos el traidor?

COCO: Sí, claro... Y también me cojo a tu jermu.

OSO: Pará, flaco, con mi señora no te metás.

COCO: Era una broma... Para ver si te callás.

Instantes.

OSO: Igual, si sos el traidor... Yo que vos no me caliento... ¿Cómo te van a hacer confesar?... ¿Te van a convencer de que tenés que hablar? Si el ERP no tortura...

Se abre la puerta del calabozo. Entran Ángel y Manuel. Sin palabras, con movimientos enérgicos, agarran al Oso y lo sacan esposado a la espalda. Lo sientan en el sector de mesa y sillas. Mientras todo esto ocurre...

Muchachos... Si me van a tener mucho tiempo... Yo sin el faso me vuelvo loco... ¿Me pueden traer cigarrillos? Particulares fumo yo...

MANUEL: Listo, Ángel, después te llamo.

Ángel sale. Desde la penumbra aparece Pepe y se sienta frente al Oso. Manuel queda en segundo plano.

PEPE: ¿Todo bien? ¿Te dieron de comer?

OSO: Sss... Sí... Lo que no me dieron es de fumar...

Silencio.

PEPE: Te dicen el Oso, ¿verdad?

OSO: Sí, el Oso... Todos me conocen así.

PEPE: ¿Vos sabés quién soy yo?

OSO: Supongo que sos de Inteligencia.

PEPE: Pepe me dicen.

OSO: Ah, mier... Mandaron al jefe... Para hablar con un perejil.

PEPE: Oso... Estás metido hasta los huevos.

OSO: *(Ríe nervioso)*. ¿Eh?... Perdoname, no, pero hasta los huevos me tienen ustedes. Yo soy el militante que más se mueve. ¿Hace falta una casa?, consigo una casa. ¿Una F100?, al toque me aparezco con la chata. Llevo gente, llevo armas que si caigo en una pinza ahí sí me agarran de los huevos... ¿Y así me pagan? ¿Dudando de...

Pepe lo corta violentamente con una trompada.

PEPE: ¡Callate, mierda!

OSO: Pará, Pepe... ¿Qué hacés?

Pepe le pega otra piña, más fuerte. Ahora el Oso se queda callado.

PEPE: ¿Querés que hagamos esto rápido? ¿Eh? Porque si no la vas a pasar mal... *(Silencio)*. Yo te digo todo lo que sabemos sobre vos,

y vos después empezás a hablar y me firmás una declaración, ¿estamos? *(Silencio)*. ¿Estamos?

El Oso, por toda respuesta, asiente con la cabeza gacha.

Vos entraste por un pase. Hace un año y pico, noviembre del 74, se sumó un grupo proveniente de las FAP 17 de Octubre.

OSO: Sí, eso es cierto, yo era peronista.

PEPE: Peronista hasta que te agarró la policía.

OSO: ¿Qué? No, ¿qué policía? Si yo nunca perdí.

PEPE: Te detuvo la bonaerense cuando eras FAP. En cuanto te apretaron un poco te diste vuelta como una media.

OSO: Pero no, ¿quién dijo eso?

PEPE: Nosotros también infiltramos al enemigo.

OSO: Te vendieron cualquier cosa.

PEPE: La bonaerense te pasó a la Federal. Y cuando entraste al ERP, la Federal te pasó al Ejército. ¿Quién es Peirano?

OSO: ¿Peirano? ¿Qué sé yo? No conozco a ningún Peirano. Bah, es una marca de grifería, creo.

PEPE: *(Ríe)*. ¿Encima vivo? ¿Encima provocás?

OSO: Yo no te provoqué. Quiero terminar esto. Irme de acá.

PEPE: Eso es imposible. Ya sabés lo que les pasa a los traidores.

OSO: Es que yo no soy...

PEPE: *(Lo "pisa" como quien no quiere la cosa)*. A menos que... no sé.

El Oso capta el "a menos que", pero se reprime y no dice nada.

OSO: Yo quiero ayudar en todo lo que pueda, pero me preguntás cosas que no entiendo.

PEPE: Me tenés que dar algo. Decime quién es Peirano.

OSO: ¿Y qué querés? ¿Que te invente? Ni idea de quién es Peirano.

PEPE: Sabemos que es coronel.

OSO: ¿Coronel? ¿Vos pensás que yo hablo con un coronel?

PEPE: No siempre. Te reportás a un capitán, pero tu responsable es Peirano. Es un objetivo, hay que eliminarlo. Danos todos los datos que tengas. Una descripción física, a ver si lo sacamos. Más

vale que no te va a dar el nombre verdadero, pero así como le pasabas informes a él, ahora me vas a ayudar a mí.

OSO: Te insisto, Pepe, yo quiero colaborar, pero no cazo un pomo de lo que me hablás.

Pepe saca su pistola, la amartilla y amenaza al Oso.

PEPE: ¿Y esto sí lo entendés, puto? ¿Lo entendés, eh? ¿Lo entendés?!

OSO: ¡Pará, loco, pará! ¡Sacá eso! *(A Manuel que permanece sin inquietarse en la sombra)* ¡Por favor, decile!

PEPE: ¡Habla o te reviento, Oso! ¡Te quemó!

OSO: ¡Cálmate, no sé nada! ¡Sacá eso, se te va a escapar un tiro!

Pepe dispara un tiro a un costado del Oso.

PEPE: ¡A mí no se me escapa ningún tiro!

OSO: ¡¡¡Pará!!!

PEPE: ¡Si te quiero poner un plomo te lo pongo! ¡Yo me cago en el Buró Político! ¡Te voy a matar!

OSO: ¡No, por favor, no!

PEPE: ¡Habla entonces!

OSO: ¡No sé, no sé, no sé...!

El Oso llora. Pepe reprime sus ganas de apretar el gatillo. Instantes.

Apagón.

El Oso está otra vez esposado a la pared en el calabozo. Come un plato de fideos con tuco. Traga con desesperación y angustia. En el sector de mesa y sillas Ángel come lo mismo sin interés; deja el plato por la mitad. Piensa. Se acerca a la puerta del calabozo. Pega la oreja tratando de escuchar. Levanta en silencio la mirilla y espía. El Oso no se percata de esto. Ángel sale unos instantes y vuelve con un grabador de audio de la época. El grabador tiene un micrófono de mano con un largo cable que termina en una ficha para enchufar. Ángel desenreda el cable, lo estira. Deja el micrófono a un costado de la puerta del calabozo, en un lugar donde el Oso no pueda ver. Abre la puerta y entra.

OSO: ¿Habrá quedado un poco más de fi...?

ÁNGEL *(Lo corta con el extremo del cable en la mano, mostrándole la ficha en forma amenazante)*. Ahora vas a hablar, hijo de puta. Vos sos el que mandó al muere a sesenta y pico de compañeros en el Batallón de Arsenales, y andá a saber a cuántos más.

OSO: Pará, tío, terminen con eso. Además, yo con vos no hablo. Hablo con el dueño del circo.

ÁNGEL: ¿Qué no vas a hablar? Cuando te meta picana, ¿sabés cómo vas a cantar?

OSO: *(Esquiva los amagues de Ángel con la ficha)*. Salí, pero ¿qué te creés, que soy gil? Eso no es una picana, es un enchufe, una ficha de grabador.

ÁNGEL: Pero la empalmé a la 220. Yo fui cadete en la Escuela de Aviación Militar. ¿Qué te creés que enseñan ahí?

OSO: No me jodas. ¡Sacame eso!

ÁNGEL: Esto no es nada comparado con lo que hacen ellos. ¿Sabés lo que le hicieron a Ledesma, el comandante Pedro? ¿Sabés?

OSO: Lo mataron. ¡Salí!

ÁNGEL: ¿Lo mataron? ¡Lo reventaron! Y todo por una delación tuya. Porque vos lo cantaste.

OSO: Yo no canté a nadie. ¿A dónde se llevaron al otro?

ÁNGEL: ¿Coco? ¿Qué te importa? Yo te hablo del comandante Pedro. Estuvo con diez o doce más en Campo de Mayo. ¿Sabés lo que le hicieron? Le abrieron el vientre con un cuchillo. Pedía que lo mataran, porque tenía los intestinos afuera. En la herida le pusieron un hierro al rojo vivo, y después una rata. Los milicos no sabían qué hacer, estaban como locos. No podían quebrarlo. Al final le ofrecieron una muerte rápida si decía dónde estaba Santucho. ¿Y sabés qué hizo el comandante Pedro? ¡Empezó a cantar nuestra marcha! *(Canta)*. Por las sendas argentinas / va marchando el ERP / incorporando a sus filas...

El Oso se suma y también canta.

ÁNGEL-OSO: ... al pueblo que tiene fe.

ÁNGEL: ¡¿Qué cantás, sorete?! ¡Vos no podés cantar la marcha! ¡Vos cantá la marcha del ejército enemigo, cana de mierda!

Le pega una cachetada. Instantes.

El comandante Pedro soportó todas las torturas. Mantuvo silencio hasta la muerte, como un verdadero revolucionario. Conservó el secreto de la operación de Monte Chingolo, ¡para que vos la delataras!

Le pega una patada, luego otra. El Oso grita. Ángel se contiene de seguir con el castigo, traga bronca.

Con mucho menos de lo que le hicieron a Ledesma, vos vas a empezar a hablar. *(Pausa)*. Yo vuelvo en un rato y te voy a dar con esto. Ya vas a ver, gordo puto, traidor.

Ángel sale del calabozo, agarra su plato de fideos a medio comer y vuelve.

¿Más fideos querías? Tomá.

Le tira el plato al Oso y cierra la puerta de la celda. El Oso queda solo y, entre sollozos, come.

Apagón.

Se ilumina solo el sector de mesa y sillas. Está Manuel. Llega Pepe.

PEPE: Buen día.

MANUEL: Buen día.

PEPE: ¿Novedades?

MANUEL: *(Bajando la voz, por la cercanía del calabozo)*. Ángel, el combatiente que queda de guardia...

PEPE: *(Sumándose al tono bajo de voz)*. ¿Qué pasó?

MANUEL: Hizo algo por iniciativa propia.

PEPE: ¿Alguna cagada?

MANUEL: No, bueno... Lo verdugueó al Oso con un cable. Le dijo que lo iba a picanear.

PEPE: *(Riendo)* ¿Y?

MANUEL: Y... es un acto de indisciplina.

PEPE: Si el Oso se quebró, pregunto.

MANUEL: No.

PEPE: Turro de mierda.

Silencio.

MANUEL: ¿A Ángel lo paso al tribunal del partido?

PEPE: Es una boludez, Manuel. El tribunal está para casos graves como el del Oso, y se la pasa discutiendo temas de moral revolucionaria, las encamadas de Fulano con la compañera de

Perengano. No digo que no sea importante, pero en este momento... Lo del chico coincide con lo que ordenó el Buró Político. Presión psicológica. No le des bola, queda acá. ¿Estamos?

MANUEL: Comprendido.

Instantes.

¿Cómo seguimos?

PEPE: *(Piensa varios segundos)*. La verdad que no sé.

Salen. Se ilumina el calabozo. El Oso sigue esposado. Se abre la puerta. Manuel y Ángel traen a Coco, quien viene muy golpeado, sangrante. Lo esposan a la pared. Lo hacen en silencio, ignorando por completo al Oso, quien acusa impresión. Manuel y Ángel salen y cierran la puerta. Instantes.

OSO: ¿Te dieron mucho? *(Pausa)*. ¿Dijiste algo? *(Pausa)*. Coco...

Coco reacciona ante la mención de su nombre de guerra.

Coco es tu nombre, ¿no es cierto?

COCO: ¿Así que el ERP no torturaba? La concha de tu hermana.

OSO: ¿Quién te dio? ¿Pepe?

COCO: Pepe, sí, pero eran varios. De la escuadra especial.

OSO: ¿Y qué...?

COCO: ¡Basta, loco!, ¡no ves que estoy hecho mierda?!

Silencio. Tiempo.

OSO: ¿Qué te hicieron?

COCO: ¿Y qué te parece que me hicieron, pelotudo?

Silencio.

OSO: ¿Dijiste algo?

COCO: Cuando te den a vos, ya me vas a decir si podés aguantar.

OSO: ¿Y qué dijiste? ¿Algo de mí?

COCO: No sé qué dije... Yo quería que dejaran de pegarme.

OSO: Pero... ¿Pero vos sos estúpido?... Me metés a mí en quilombos. ¡Sí no me conocés!

COCO: Peirano una vez me mencionó a un tal Oso, de Logística.

- OSO: ¡Mentira!
- COCO: Yo me había olvidado. En ese momento no lo registré. Pero estos me hicieron acordar.
- OSO: No puede ser. No... No puede ser.
- COCO: ¿Dónde está ahora Peirano, eh? ¿Por qué no viene a buscarnos? Si quieren, este lugar salta enseñuida.
- OSO: ¡Hablá por vos! ¡A mí no me metas con ese Peirano!
- COCO: Saben todo, Oso. Me lo mostraron.
- OSO: ¿Qué te mostraron?
- COCO: Una planilla. Una hoja de papel grande como la mesa. De un lado pusieron todas las caídas grandes de los últimos tiempos. El taller central de automotores, la fábrica de ametralladoras, la casa de Wilde, las cárceles de Pilar y Florencio Varela, el polígono de Claypole, la casa de Martínez donde funcionaba el Estado Mayor, las armas recuperadas en el Tiro Federal, el Batallón Viejobueno, todo. Y del otro lado pusieron los nombres de los que sabíamos de esas acciones. De la conducción para abajo, todos, hasta el último militante. Y los que se repiten en todos los casos somos pocos. Y los más dudosos somos nosotros. Vos y yo.

Coco llora. Es un tipo duro y se quiebra por primera vez. Al verlo así, el Oso acusa la difícil situación. Lo carcomen por dentro la incertidumbre y el miedo. Instantes.

- OSO: Tenemos que negociar.
- COCO: Yo les dije...
- OSO: ¿Y qué te contestaron?
- COCO: Que lo van a analizar. Lo tienen que subir al Buró Político.
- OSO: Es la única que nos queda. Negociar.

La puerta del calabozo se abre violentamente. Entran Manuel y Ángel con movimientos rápidos y enérgicos, sin hablar.

¡No, no me hagan nada! ¡No me toquen!

- COCO: ¡Otra vez no, por favor, basta! Se los suplico...

Manuel y Ángel le quitan las esposas a Coco y lo sacan del calabozo.

- OSO: ¿A dónde lo llevan? ¡Coco, Coco!

En la penumbra del sector de mesa y sillas, en un lugar donde el Oso no llega a ver, Manuel y Ángel conducen a Coco hasta Pepe. Terminan de quitarle las esposas. Coco se cuadra ante Pepe, quien le da la mano y un abrazo de camaradería. Todo en silencio. Mientras esto ocurre...

Tráiganme a Pepe, quiero hablar con él. Díganle que tengo algo que decirle. *(Pausa)*. ¿Me oyen? Voy a hablar. Pero voy a tratar solo con Pepe y con alguien del Buró Político, ¿me entienden?

Manuel, Ángel y Coco salen. Pepe avanza lentamente desde la penumbra hasta el recorte de luz de la puerta del calabozo.

¿Me escuchan? ¡Necesito hablar con Pepe!

PEPE: Acá estoy, Oso.

OSO: Por favor... No me torturen.

PEPE: Está bien, Oso. ¿Querés negociar?

El Oso asiente en silencio.

No te preocupes. Vamos a negociar.

Apagón.

Se ilumina el sector de mesa y sillas. Pepe está sentado. Manuel trae al Oso desde el calabozo con las manos esposadas adelante. Lo hace sentar. El Oso, nervioso, toma un cigarrillo Particulares que le ofrece Pepe, quien también le da fuego. Manuel se va a segundo plano y, con papel y birrome, empieza a tomar nota de la declaración.

OSO: Gracias.

PEPE: Te escucho.

OSO: Yo... En realidad lo que tengo para decir no es mucho.

PEPE: Empezá de una vez.

OSO: Es cierto que tuve algunos encuentros con policías y militares. Fueron unas charlas, nada más que eso.

PEPE: ¿Con quién?

OSO: Varios tipos. Peirano, un tal Martín, otro que le decían Vargas... Me tenían amenazado. Decían que iban a matar a mi mujer, a mis pibes. No son míos, son de ella, pero...

PEPE: Describímelo a Peirano.

OSO: Casi no le vi la cara. Él se ponía de espaldas a la ventana, y a mí

me pegaba el sol de frente. Un día se aparecía con bigote, al otro no. Usaba anteojos oscuros. Para mí, Peirano es una voz, nada más.

PEPE: ¿Tiene algún tono de voz especial? ¿Podrías reconocerlo en una grabación, por ejemplo?

OSO: *(Encogiéndose de hombros, negando con la cabeza)* Voz de milico.

PEPE: ¿De qué hablaste con Peirano?

OSO: No, él... Él medio que me quería lavar el cerebro. Me hablaba en contra de los comunistas. Decía que el ERP quiere convertir a la Argentina en otra China, en otro Vietnam. Que los subversivos matan chicos, esas cosas.

PEPE: ¿Y vos qué le decías?

OSO: Yo le decía todo que sí, ¿qué le iba a decir?

PEPE: ¿Qué órdenes te dio Peirano?

OSO: No, eh... O sea... Yo, Pepe, primero quiero saber qué van a hacer conmigo.

PEPE: Oso, vos ya sabés cómo es esto. El filtro muere. Es así.

OSO: Pero escuchame...

PEPE: Dejame hablar.

OSO: Sí, sí, te oigo...

PEPE: *(Tras una pausa)*. Yo estoy montando una estructura de contrainteligencia. Y, en ese marco, una persona como vos me resultaría valiosa.

OSO: Sí, yo puedo hacer lo que vos digas...

PEPE: Esperá, no te entusiasmes, porque acá el que decide no soy yo.

OSO: Ah...

PEPE: La propuesta ya la hice. Yo a vos quiero salvarte. Darte el entrenamiento necesario para que seas un agente doble.

OSO: Como en las películas...

PEPE: Más o menos.

OSO: Porque estos tipos hacen todo como en las películas.

PEPE: Yo no sé, contame vos.

OSO: Es que...

PEPE: ¿Querés garantías?

OSO: Y... digamos que sí. Me la estoy jugando.

PEPE: *(Pausa)*. Está bien. Vas a tener garantías. Mañana van a venir a verte.

OSO: ¿Quién?

PEPE: *(Lo mira, lo mide. Instantes)*. Alguien.

Apagón.

El Oso, Pepe y Manuel siguen en sus mismos lugares. Se ha sumado Mariano, 30 años, bigote tipo amante latino. El Oso se levanta de la silla y se para firme ante él, con una mezcla de sorpresa, temor y veneración.

OSO: Comandante Urteaga... Quiero que sepa que lo admiro mucho...

Manuel hace sentar al Oso.

PEPE: Oso, no la embarrés. Estás diciendo que admirás al jefe de la operación que vos cantaste.

OSO: Eeeh... Es que son cosas distintas.

MARIANO: Ahora me acuerdo de vos. Me decían el Oso, el Oso... y tu cara no me salía. Pero vos fuiste chofer mío un par de veces.

OSO: *(Infantilmente contento al saberse reconocido)*. Pero por supuesto...

PEPE: Bueno, ¿vamos a lo nuestro?

MARIANO: Vamos. *(Pausa)*. Oso, la conducción está analizando tu caso. Todavía no tomamos una decisión, pero el hecho de que yo esté acá algo significa, ¿no te parece?

OSO: No, sí... Para mí es importante, me da tranquilidad. Yo... Lo que dijo Pepe es cierto. A mí me detuvieron cuando militaba en las FAP y me obligaron a trabajar para ellos. Me dijeron eso, que me lo tomara como un laburo. Me nombraron personal civil.

PEPE: *(Ocultando sorpresa)* ¿Vos estás a sueldo?

OSO: El mes pasado me aumentaron, un palo doscientos cobro.

MARIANO: ¿Quién te paga?

OSO: Distintas personas. A veces un colimba le deja el sobre a mi señora en la panadería donde trabaja. *(Ríe torpe)*. Recibo en

blanco no me dan... Pero yo sé que la guita sale del Ejército, del Servicio de Inteligencia del Ejército.

MARIANO: ¿Qué información le entregaste al enemigo?

OSO: Y... todos datos sueltos.

PEPE: No jodas. Pasaste información muy precisa.

OSO: No... Eso es lo que parece. Pero ellos no me piden "el" dato. Me piden datitos. Peirano siempre me dice: "Vos no estás para pensar; para pensar estamos nosotros. No decidís qué es importante y qué no. Vos me contás todo". Así que yo, por ejemplo, voy a un público, llamo al contacto y le digo: "Lo vi a Mattini en una casa de Castelar". O tengo que cubrir una cita y entonces le pido a Eva...

MARIANO: ¿Quién es Eva?

PEPE: La mujer.

OSO: A ella no le hagan nada. No es militante. No está infiltrada.

MARIANO: ¿Qué le pedís a tu mujer?

OSO: Que llame ella y avise de la cita. Entonces los milicos van al lugar y están ahí. No los ves, pero están. Son muchos. Cambian todo el tiempo. Usan un montón de autos, motos, bicicletas de reparto a veces usan. Sacan fotos, filman, hacen seguimientos. Van juntando información. Así ubican las casas. Pero no las revientan. Les ponen vigilancia. No, si trabajan muy bien...

MARIANO: ¿Peirano te contó eso?

OSO: No, yo me fui dando cuenta. Porque empecé a ver caras conocidas. Un día estaban de obreros haciendo una zanja, al otro día eran linyeras...

MARIANO: Oso... Vos decís que ellos te pagan un millón...

OSO: Un millón doscientos mil. Por mes. Y aparte los premios. Como un jugador de fútbol.

PEPE: ¿Por cada caída?

OSO: Claro.

MARIANO: ¿Y de cuánto son los premios?

OSO: Depende. A veces no es guita. Capaz que es un fin de semana en Carmelo con todo pago. Plata para el casino, alguna chica...

MARIANO: ¿Un fin de semana? (*A Pepe*). ¿Pero cómo desaparece dos días...?

OSO: No, tres. Desde el viernes.

MARIANO: Peor. ¿Se borra tres días y a nadie le llama la atención? ¿No se reporta? (*Mariano contiene el enojo*).

Pepe no tiene respuestas para las preguntas.

¿Quién era tu control, Oso?

OSO: No, bueno. No se la agarren con José, que es más bueno que el pan. Yo lo caminaba. Le decía que tenía que viajar a... qué sé yo... a Quemú Quemú para conseguir el camión cisterna que me habían pedido. Y como las cosas aparecían, él miraba para otro lado.

Mariano y Pepe intercambian miradas. No pueden creer lo que están escuchando. Las fallas de la organización.

MARIANO: ¿Cuánto te pagaron por Monte Chingolo?

OSO: Mucho.

PEPE: ¿Mucho cuánto?

OSO: No viene al caso...

MARIANO: Sí que viene al caso, porque yo tengo que saber cuánto tendríamos que pagarte nosotros.

El rostro del Oso se ilumina ante la mención de la plata.

Pero en fin... Pensalo. Ahora hacemos un receso para almorzar.

MANUEL: Hay bifés a la criolla con bombas de papa.

MARIANO: Uh, riquísimo...

PEPE: Yo traje vinito. Un Zaragozano.

OSO: Podrían convidar, ¿no?

Miradas, tensión.

MARIANO: Medio vaso de vino para el detenido.

OSO: Gracias.

MARIANO: Después de la siesta seguimos hablando.

Pepe mira a Mariano algo sorprendido.

OSO: Santiagueño tenía que ser Santucho, eh.

PEPE: Ojito vos con la confianza. No te pasés.

MARIANO: Para hacer la revolución hay que luchar sin descanso, pero bien descansado.

OSO: Ellos al contrario. No descansan. Como decía el General, al pedo pero temprano.

Apagón.

Mariano y Pepe están en el sector de mesa y sillas. Toman mate. Conversan en voz baja por la proximidad del calabozo. La situación debería ser de "distensión", pero los dos están nerviosos, aunque tratan de ocultarlo.

MARIANO: Es más jodido de lo que pensábamos. Cambiaron los procedimientos. Juntan información. Juntan, juntan, y actúan cuando a ellos les conviene. Empapelan paredes enteras con nuestras células. Después van uniendo con flechitas. Y así caemos.

PEPE: Eso ya estaba en la autocrítica que yo elevé al...

MARIANO: ¿Autocrítica? Te van a comer vivo. El otro día, en un informe de la regional, un compañero metalúrgico lo puso bien sencillo. "¿Para qué están los de Inteligencia? ¿Cómo puede ser que este Oso esté militando en un sector tan sensible sin que nadie averigüe al menos dónde trabajó los dos últimos años?". Un obrero, con un razonamiento simple, lo tiene más claro que nosotros, que supuestamente somos la vanguardia.

PEPE: Ahora es fácil decirlo, Mariano, pero...

MARIANO: Ya sé, Pepe, vos no podés controlar a todos los que se suman a la organización. Falló Personal también...

PEPE: El tipo era útil. Servía. Ahora saltan cosas... Como la vez que pasó un control policial chapeando con una credencial de Ejército. Quedó como un vivo que tenía un carnet falso. El milico le hizo la venia y todo.

MARIANO: ¿Pasaron el informe ambiental, para que lo publiquen en *El Combatiente*? ¿Que es de Tucumán, que vive en casa pobre, que nunca tuvo trabajo conocido...?

PEPE: Sí, ya lo pasé. Lumpen total.

MARIANO: ¿Lo de las películas pornográficas que guardaba en la casa?

PEPE: No, bueno, eso... ¿Encima querés que nos acusen de depravados?

MARIANO: *(Ríe)*. Igual, si fuera el único filtro... Yo ya te dije que en Finanzas...

PEPE: Estamos trabajando en eso.

MARIANO: Queremos resultados. Cuanto más ahorcados estamos, más nos cortan la entrada de fondos. Caen las cárceles, fracasan los secuestros...

PEPE: ¿El préstamo de Montoneros no salió?

MARIANO: Está en eso.

Silencio.

PEPE: ¿Qué dice Roby?

MARIANO: ¿De lo del Oso?

PEPE: No, de la situación...

MARIANO: *(Pausa)*. Él está convencido de que el golpe va a acelerar la lucha armada.

Silencio.

PEPE: ¿Y vos qué pensás?

MARIANO: Yo no puedo dudar de lo que dice nuestro comandante. *(Pausa)*. ¿Tanto tardan? Es media carilla para que firme...

PEPE: Se jodió la máquina de escribir. Hubo que ir a buscar otra.

MARIANO: ¿Y el expediente grande?

PEPE: Está encaminado, pero va a demorar. Serán cien hojas. Cuatro días habló este muchacho.

MARIANO: Acordate de las copias para las organizaciones hermanas. *(Cuenta con los dedos)*. Uruguay, Chile, Bolivia, una para mandar a Cuba, la nuestra. *(Despectivo)* Una para Montoneros. Seis en total. *(Advertencia)* Y ni una más.

PEPE: Estamos.

MARIANO: Es información que hay que compartir, pero tratando de que no se escape. *(Pausa)*. Hijo de puta, hasta tuvo tiempo de meter el sabotaje en las granadas y en los equipos de radio.

PEPE: De las radios había dos que no andaban. Y el Oso jura que no las tocó. Perdoname pero le creo al Oso. *(Pausa)*. ¿Qué hicieron con el pedido de este... Rolo, de concretar él...?

MARIANO: Ntch... Nada. Motivos personales. Lo tuvo cerca al Oso, nunca vio nada raro, perdió a la compañera en Monte Chingolo... Se le respondió que no.

Entran Manuel y Ángel. Manuel trae una hoja mecanografiada.

MANUEL: Permiso.

PEPE: ¿Terminaron?

Manuel hace un gesto afirmativo y le extiende el papel a Pepe.

Al comandante.

MARIANO: *(Recibe el papel)*. Gracias. *(Lo lee)*. Me parece que está bien. Aunque yo le agregaría...

PEPE: Sí, decime...

MARIANO: Eh... No. Dejémoslo así y terminemos de una vez.

Pepe mira a Manuel, quien interpreta la orden tácita de inmediato.

MANUEL: *(A Ángel)* Traé al detenido.

ÁNGEL: Sí, señor.

Ángel abre la puerta del calabozo, que ahora está completamente a oscuras. Tarda algunos segundos. Miradas y tensa espera entre Pepe, Mariano y Manuel. Ángel trae al Oso y entonces vemos que está algo demacrado tras declarar durante cuatro días.

OSO: Comandante Mariano... Pensé que se había olvidado de mí.

PEPE: Silencio. Vamos a dar lectura a la confesión del detenido.

MANUEL: Combatiente Ángel...

Mariano le extiende la hoja mecanografiada. Ángel la toma y lee con tono pretendidamente marcial. Un clima de solemnidad gana a todos los presentes, menos al Oso, quien tiene miedo pero a la vez hace muecas graciosas de los nervios.

ÁNGEL: 13 del 1 del 76. Horario 22.04. Yo, Rafael de Jesús Ranier, de 29 años, con vivienda ubicada en Salvador Sorada 4903, Villa Domínico, declaro ante la justicia popular representada por el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo ser miembro del Servicio de Inteligencia del Ejército infiltrado en el ERP con el objeto de destruir su organización. Ser responsable de la muerte y/o desaparición de más o menos cien compañeros miembros del ERP, muchos de ellos militantes del PRT. Ser responsable de la ubicación por parte del Servicio de Inteligencia del Ejército de gran cantidad de infraestructura y logística pertenecientes al PRT y al ERP. Que por esta actividad criminal orientada contra los intereses de la clase obrera y el pueblo ganaba un sueldo de 1.200.000

pesos, recibiendo en ocasiones especiales, de acuerdo a la importancia de la información suministrada al Servicio de Inteligencia, premios especiales compuestos por montos mayores de dinero. Por ejemplo, por la información que delató la acción del ERP sobre el Batallón 601 de Arsenales Viejobueno recibí del Servicio de Inteligencia del Ejército la suma de 30 millones de pesos. Que desarrollaba mi actividad criminal apoyándome en una red de colaboradores compuesta por mi mujer y dos hijos de ella. Asimismo hago constar que escribo esta declaración por propia voluntad y que no he recibido desde el momento de mi detención ni en ninguno de los interrogatorios malos tratos ni torturas. Por el contrario, el trato ha sido firme pero correcto.

Silencio.

OSO: Bueno, eso de que el trato fue correcto...

PEPE: Que el detenido firme la declaración.

OSO: No, está bien. Si te la voy a firmar igual...

Ángel deposita el papel mecanografiado sobre la mesa y el Oso, con las manos esposadas, firma con una birome común que le extiende Manuel.

Yo sin los lentes no veo un soto... No me estarán haciendo firmar un pagaré, ¿no?

Mariano y Pepe cruzan una mirada grave.

PEPE: El comandante Mariano, en representación del Buró Político, trajo la resolución del tribunal del partido.

El Oso no entiende nada. Mariano saca un nuevo papel mecanografiado de un bolsillo. Está doblado. Lo abre y se lo entrega a Ángel.

ÁNGEL: *(Lee)*. 13 del 1 del 76. Horario 19.36. El tribunal de disciplina del Partido Revolucionario del Pueblo resuelve: primero, encontrar a Rafael de Jesús Ranier culpable de traición; segundo, dar a conocer las actividades contrarrevolucionarias y las características personales del agente infiltrado; tercero, sentenciar a Rafael de Jesús Ranier a la pena de muerte...

OSO: ¡NOOO!

Manuel trata de sujetar al Oso. Ángel completa la lectura.

ÁNGEL ... la cual debe ser ejecutada de inmediato.

Ángel se suma a Manuel para sujetar al Oso.

OSO: *(Se larga a llorar como un chico)*. ¡No, no, no!

PEPE: Sé hombre, Oso.

OSO: Me mentiste, Pepe. *(A Mariano)* ¡Vos también, hijo de puta!

PEPE: Sabías perfectamente a qué te exponías.

OSO: ¡Pero me engañaron, me dijeron que me iba a salvar, que me iban a pagar como agente doble! ¡Mariano, sos un reverendo hijo de remil...!

MARIANO: ¡Acá el único hijo de puta sos vos! ¡Por tu culpa murieron tantos compañeros!

OSO: ¡¿Y por tu culpa?! ¡¿Y por la de Santucho?!

MARIANO: ¡Esto es una guerra! ¡Una guerra civil revolucionaria por la segunda independencia! ¡En las guerras, los traidores mueren! ¿O te creés que San Martín no mandó fusilar espías? Pepe, hacé cumplir la sentencia.

OSO: ¡No me maten, por favor! ¡No me maten!

PEPE: *(Le cruza la cara al Oso de un sopapo)*. ¡Callate de una vez, carajo!

El Oso se contiene un poco, pero no puede parar de llorar.

¿Qué preferís? ¿Un tiro o una inyección?

OSO: No quiero morir...

Pepe hace el movimiento para sacar su arma.

OSO: ¡No! ¡Dolor no! ¡No quiero que duela!

Silencio. Solo se escucha el llanto convulso del Oso. Largos instantes de tensión y miradas. Todos respiran agitados, pero tratan de mantener la compostura. Ángel es el que menos puede controlarse. Lentamente se va cargando de excitación, pero calla.

MARIANO: Bueno... En función de la última voluntad del detenido, habrá que esperar a organizar mínimamente algo. Llévenlo de vuelta al calabozo.

Manuel mira a Ángel y los dos se aprestan a cumplir la orden, pero Pepe interrumpe.

PEPE: No, tenemos que hacerlo sin demoras.

MANUEL: En la cocina hay pastillas de cianuro.

MARIANO: ¿Y cómo se las hacemos tragar?

PEPE: Yo mandé llamar al teniente Manolo. Me veía venir la mariconada de este cagón.

El Oso redobla el llanto.

MANUEL: ¿Manolo de Sanidad?

PEPE: Sí, estaba en la Compañía de Monte. Bajó en estos días.

EL MÉDICO: *(30 años, vestido de calle, con un maletín de doctor; entrando)*. ¿Bajar? Esto es bajar. Qué impresionante el ascensor que se mandaron. No hace nada de ruido. Es hidráulico, ¿no? *(Sorprendido al ver a Mariano)*. Comandante...

MARIANO: Cumpilé la orden para la que se te llamó. Rápido.

El Médico apoya su maletín en la mesa. Lo abre y saca una caja de acero inoxidable con jeringas de vidrio, agujas hipodérmicas, algodón, frascos, etcétera. Prepara la inyección letal. El Oso, en su llanto, intenta una débil resistencia. Pepe y en menor medida Mariano se suman a Manuel y Ángel para sujetarlo. Todo es tensión y silencio. Los ruidos de pies y del roce de la ropa, las respiraciones y los forcejeos ganan el espacio sonoro.

OSO: Todos muertos... Estamos todos muertos... *(A Ángel)* Vos sos el único que todavía puede salvarse, pibe. Andate, rajá. Desertá.

MARIANO: *(Al médico)* Apurate.

EL MÉDICO: Tengo que calcular bien la dosis. Nadie me dijo que era tan gordo. *(Al Oso)* ¿Cuánto pesás?

PEPE: Dale para matar a un caballo y listo.

OSO: Yo no sé quién tiene razón... Ustedes, ellos... Lo único que sé es que los van a matar a todos... ¡No va a quedar nadie!

EL MÉDICO: Un brazo. Cualquiera.

El Oso, sin parar de llorar, desesperado, grita algo incomprensible e intenta zafar. Mariano, Pepe, Manuel y Ángel (este último, desenchajado) deben hacer un gran esfuerzo por sujetarlo.

MARIANO: ¡Agarrenló!

PEPE: Quieto, Oso, ya está, ya está...

MANUEL: ¡Acá, el izquierdo!

EL MÉDICO: ¡No encuentro la vena! ¡Que no se mueva!

MARIANO: ¡Dásela donde sea!

El Médico aplica la inyección mientras el Oso continúa con su resistencia inútil.

PEPE: Tranquilo, Oso. Es un minuto, ya se termina.

El Oso suelta un alarido gutural y deja de luchar. Respira muy agitado y entrecortado. Su respiración es, por un momento, lo único que escuchamos. Siguen sujetándolo. Instantes eternos.

MARIANO: ¿Qué le diste?

EL MEDICO: Lo más fuerte que tengo. Cloruro de potasio.

El Oso es atacado por fuertes convulsiones. Los que lo sujetaban lo van soltando. Lo sientan en una silla. El Oso dura unos segundos ahí. Luego cae al suelo y se sacude más fuerte todavía. Instantes. Todos lo miran atónitos.

MANUEL: ¿Es normal?

EL MEDICO: No sé, nunca le di esto a nadie.

MARIANO: Pegale un tiro.

PEPE: La pidió él la inyección.

MARIANO: Pero está sufriendo demasiado...

PEPE: Ya está...

El Oso sigue con sus convulsiones durante larguísima segundos. Silencio, agonía.

MANUEL: ¿Y si le inyectás un poco más?

Mariano mira al Médico y éste vuelve a cargar la jeringa. Se arrodilla junto al Oso y le da una nueva inyección. El Oso continúa con las convulsiones hasta que lentamente se calma y de pronto parece que muere. El Médico vuelve a su maletín, toma el estetoscopio y lo apoya en el pecho del Oso.

EL MÉDICO: Hijo de puta, todavía tiene pulso... Muy leve... Muy, muy leve... *(Larga pausa)*. Ahora sí...

El Médico deja de auscultar al Oso y se quita el estetoscopio, confirmación de que el detenido ha muerto. La máxima tensión ya ha pasado. El clima se distiende pero ahora es peor. Pepe, Mariano, El Médico y Manuel son combatientes con mucha experiencia. Han estado en numerosas acciones militares. Han matado. Pero esta es la primera vez que matan sin que el otro pueda defenderse. Si bien el Oso era un traidor, un enemigo, y además ellos actuaron en cumplimiento de una sentencia del tribunal del partido, una sensación de abatimiento cae sobre ellos. Lo vemos en su lenguaje corporal.

la perrera

Hombros vencidos, gestos de horror, temblores disimulados. El único que conserva toda la adrenalina, el único que se mantiene en el pico de excitación es Ángel, el novato, quien estalla en un grito único.

ÁNGEL: ¡Viva el ERP! ¡A vencer o morir por la Argentina!

Los demás, erizados por el grito, lo miran con la certeza de que ya todo está perdido. Saben que encontrarán la muerte pronto, pero callan. Las luces se apagan lentamente.

FIN

Buenos Aires, abril-mayo de 2006.

Los Lugones

Cristian Palacios

Estudió la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es profesor de Teatro, Literatura y Latín y Licenciado en Letras en la UBA. Ha realizado seminarios con Pompeyo Audivert, Suzanne Lebeau (Canadá), Robert Woodruff (U.S.A.) y Hassane Kouyate (Kenya).

Estudió en México con el maestro Nicolás Núñez y en Colombia con Marian Ralea de Rumania. Trabajó junto a Carlos Mathus en *La Lección de Anatomía*. Estudió Artes Circenses con Mario Pérez, *Clown* con Enrique Federman y Técnicas Circenses con Los Siete Dedos de la Mano (Canadá). Ha dictado talleres y seminarios de teatro en Córdoba, Mar del Plata, Tucumán, México DF, Bogotá y Madrid. En televisión realizó trabajos para Ecuador, Costa Rica, Chile, México y Argentina. Ha formado parte del elenco de De la Guarda, con el que ha realizado giras por Rusia, Colombia y Argentina, y ha participado del prestigioso Festival Iberoamericano de Bogotá.

Junto a Paula Brusca, dirige la Compañía Nacional de Fósforos con la que estrenó *El abismo*, *Libros de piratas*, *Damiens*, participante de la Fiesta Nacional del Teatro 2007, *Shhh*, participante del Festival Internacional de Danza Oc'Ohtic en Mérida, *Yucatán*, *Los sonámbulos*, *Día de campo*, participante de la Fiesta Nacional del Teatro 2008 y *El extraño viaje de Nikolaus Piper*.

Ha obtenido el Segundo Premio en el 8º Concurso Nacional de Dramaturgia del Instituto Nacional del Teatro y el Segundo Premio en el Concurso de Dramaturgia, Cultura, Derecho, Necesidad y Decisión organizado por el INT, Argentores, Asociación Argentina de Actores y la APDH.

Ha sido beneficiado por dos años consecutivos (2008-2009) por el programa de apoyo a la creación dramática de Iberescena. Ha recibido una Beca del Fondo Nacional de las Artes para un trabajo de investigación sobre los monólogos de Tato Bores.

En 2008 la editorial SM publicó *Mundo Bilina*, su primera novela.

Era um gordo, e portanto um prudente.

EÇA DE QUEIROZ

PERSONAJES

SUSANA

LEOPOLDO

LEOPOLDO (HIJO)

ALEJANDRO

HOMBRE

CORONEL LUGONES

NEGRO

EL SEÑOR ARAGUATO

EL SEÑOR TITÍ

FOTO FAMILIAR. LEOPOLDO, LEOPOLDO (H), SUSANA Y ALEJANDRO LUGONES DE PIE, OCUPAN EL CENTRO. HAY UN NEGRO BASTANTE ROBUSTO SENTADO A LA IZQUIERDA DE SUSANA. EL CORONEL LUGONES A LA DERECHA, ARRIBA, AL LADO DE UN HOMBRE CASI DESNUDO DE RASGOS INDÍGENAS. A LA DERECHA, ABAJO, DOS GEMELOS: EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ. ALEJANDRO TIENE UN BRAZO DEFORMADO. NINGUNO SONRÍE. EXCEPTO LOS GEMELOS. NADIE SE MUEVE.

SUSANA: ¿Qué año es?

LEOPOLDO (H): 1866-1867... no... 1866.

LEOPOLDO: Falta mucho, entonces.

SUSANA: Falta mucho.

Lentamente el hombre desnudo se inclina hacia la izquierda. Se tambalea. Cae. Reacción lenta del coronel Lugones, de Leopoldo, de Leopoldo (h) de Susana, de Alejandro, de los gemelos. El hombre negro no se inmuta.

ALEJANDRO: *(Triste)* Dichoso aquel que no tiene hijos, puesto que los niños pequeños solo son gritería y fetidez, trabajo y preocupación. Han de ser vestidos, calzados, alimentados y están siempre en peligro de caer o lastimarse. Se ponen enfermos y mueren, o crecen y se hacen malos y son llevados a prisión o se hacen buenos y también van a prisión o se mueren en las guerras, como perros mueren; todo trabajos y disgustos, sin que ninguna alegría compense los cuidados, esfuerzos y dispendios de la educación ¡Y ay de aquellos que en lugar de hombres y mujeres paren monstruos, criaturas de cráneos enormes y cuerpos mal formados! ¡Ojalá pusiera Dios fin a sus vidas miserables en el momento mismo de nacer! Pero no lo ha querido así, y allí están para oprobio de sus padres y vergüenza y asco de aquellos que los ven pasar...

El hombre desnudo se arrastra. Va dejando una estela de sangre. Se arrastra hacia el negro. Leopoldo, Leopoldo (h), Susana y el coronel Lugones no se mueven. Persiguen el rastro con la mirada. El hombre desnudo a los pies del negro. El negro lo recoge. Lo coloca sobre sus rodillas, de cara al suelo. Leopoldo, Leopoldo (h), Susana y el coronel Lugones se miran. Susana susurra al oído del coronel Lugones.

SUSANA: Curupaytí...

El coronel Lugones susurra al oído de Leopoldo y de Leopoldo (h).

CORONEL: Curupaytí.

Entonces se acomodan. Susana va rengueando. Se acuesta. Cierra los ojos. Leopoldo (h) se inclina sobre ella. Susana despierta.

SUSANA: ¿Esto es la guerra? ¿Cómo llegué hasta acá?

LEOPOLDO (H): Quédese quieto amigo, o se va en sangre...

SUSANA: ¿Eso es un muerto?

LEOPOLDO (H): Esto se le ha puesto feo...

SUSANA: ¿Quién es ese? Es un niño...

LEOPOLDO (H): Apenas un niño. Niños son la mayoría...

SUSANA: ¿Es el capitán Sarmiento?

LEOPOLDO (H): El mismo sí, no puede hacerse nada ya. Trate de no mirar...

SUSANA: No, pero no, ¿cómo llegué hasta acá?

LEOPOLDO (H): Trate de no hablar ahora...

SUSANA: ¿Cómo pasó...? ¿Está muerto?

LEOPOLDO (H): Una hora hará que lo trajeron... Continúa la batalla... ¿Quién sabe cuántos van siendo los muertos?

SUSANA: ¿Y el negro?

LEOPOLDO (H): No quiere salir. No se quiere ir. Tratamos de sacarlo pero sigue allí, esperando...

SUSANA: El olor...

LEOPOLDO (H): No se mueva. Trate de no hablar...

SUSANA: Llora, llora, urutaú... / en las ramas del yatay / ya no existe el Paraguay / donde nací como tú... Llora. Mi pie... Me falta un pie... Estaba en un túnel. En un túnel sin final. Y algo le pasó al tiempo... ¿Qué tierra es esta?

LEOPOLDO: ¡Ah! Ah, carajo, carajo... Colgaron mal la señal, los brasileros, ya no se sabe ni cuántos son los caídos, no nos van a caber los muertos... Es un desastre...

Alejandro, apoyado sobre el coronel.

CORONEL: A ver doctor, que traigo un herido de granada.

ALEJANDRO: *(Riendo)* Raíces... Habían llenado todo de raíces. La vi venir rodando, que pensé que era una semilla. Y explotó la semilla. *(Ríe como loco)*.

LEOPOLDO: ¿Dónde vamos a meter a tantos muertos?

CORONEL: ¿Y ese negro? ¿Sigue acá?

LEOPOLDO (H): No se mueve.

LEOPOLDO: Saquen a ese negro de acá...

LEOPOLDO (H): No se puede, no se quiere ir...

ALEJANDRO: Abatieron abaties. Mandaré a Tamandaré. Me partí en Curupaytí... *(Ríe como furioso, como rabioso, como loco)*. El brazo muerto, me ríe también...

El negro murmura.

CORONEL: ¿Qué dice?

LEOPOLDO: A ver si sacan a ese negro de mierda... O le hago fusilar.

CORONEL: Háblele usted, dígame que estorba...

LEOPOLDO (H): Murmura ¿qué murmura?...

LEOPOLDO: Pero, ¿qué?

CORONEL: Dice que... dijo Zapam-Zucum...

LEOPOLDO: ¡Qué Zapam-Zucum, ni que tres carajos! Saquen a ese negro de acá.

El señor Araguato y El señor Tití, Leopoldo y el Coronel intentan sacar al negro. Forcejan. El negro no se mueve. El hombre desnudo de rasgos indígenas cae al suelo. El negro no se mueve.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

No se mueve, no. No se quiere mover. (*Apuntan con un arma al negro, en la nuca, desde atrás*). Y el cielo está encapotado. Encapotado sí, no hay más luz que la del cañón ¿Esto es la guerra? Es la guerra sí... Vea cómo desnudan los cadáveres, señor Tití, vea cómo queman los cuerpos señor Araguato. Y les quitan las orejas. Vea cómo llora el coronel, tan grandote y llora, como un guagua llora el gobernador.

NEGRO: (*Habla*) Zapam-Zucum andaba sola, por la selva, andaba mirando la batalla. Y lloraba de ver tanto niño muerto, tanto niño estrella, tanto niño que se apaga. Zapam-Zucum, tetas gigantes, lloraba viendo que desnudaban a los cadáveres, lloraba sola Zapam-Zucum, viendo a los niños que iban a la guerra. Se armó la guerra y el señor Mitre mandó llamar a los niños, niños, mis niños, dijo Mitre, mi correntino, tu sangre no es paraguaya, argentino, dijo Mitre, ve a matar por nosotros, al paraguayo traidor. Y muchos dijeron que no, señor Mitre, que no vamos a ir a morir a matar allá, a matarnos hermanos, a matar por Buenos Aires. Pero el niño Sarmiento, dijo sí, muero, sí, dulce y honroso es morir por la patria, dulce y honroso es matarse en masa, dulce y honroso, papá, qué divertido papá, dijo el bonito. Zapam-Zucum lloraba mocos, mocosa, por el correntino, por el argentino, por el Paraguay que se va a morir, que de hambre se muere, por el Paraguay que ya no va a existir. Pero Sarmiento que lloró cuando su hijo Sarmiento murió, que dijo *dulce et decorum est pro patria* etcétera, que dijo como Felipe el bueno, "ojalá yo hubiera muerto tan pequeño, entonces sí me hubiera considerado feliz", Sarmiento dijo acaben con esos perros, y manda a colgar a todos los niños hombres del Paraguay. Y el Paraguay se queda sin padres, así, un país sin padres. Entonces vino un señor con dos cabezas. Andaba corriendo por el desierto, desnudo, un señor de dos cabezas. Y le vieron todos, le vio Mansilla y no dijo nada y Gelly y Avellaneda le vieron y no dijeron nada tampoco y Cándido López lo vio y no lo quiso pintar. Y le vio este negro y

este negro habló. Y le dijeron borracho, negro borracho. Pero este negro le volvió a ver en Buenos Aires, cuando la peste, le volvió a ver muchas veces, este negro, antes de morir. Y qué más hubiera deseado este negro que Zapam-Zucum le arrulle entre sus tetas, qué más hubiera deseado yo, señor.

LEOPOLDO (H): ¿Qué año es?

LEOPOLDO: 1871 ó 1874.

SUSANA: ¿Se olvidaron de mí? Sin pies ¿cómo voy a volver? Se arrastra. Lloro, llora, urutaú... Pájaro feo el urutaú, más que llorar chilla. Lloro. Se arrastra. Chilla con ú, como Uribururu, como Aramburu... Y no tiene ramas el yatay. Y el Paraguay sigue existiendo, como obstinado, se obstina en existir...

El hombre desnudo de rasgos indígenas se incorpora. Susurra al oído del negro.

HOMBRE: Antropófagos.

NEGRO: (*Dice al coronel Lugones*) Antropófagos.

CORONEL: Ah, sí... (*Hace como que recuerda, como que le duele el recuerdo*). Cosas así se vieron en esta tierra olvidada de Dios. No había mapas aún ni nombre tenían los ríos ni los cerros ni nombre el desierto, y el río era un mar dulce que vaya a saber dónde había de acabar. Sí, lo sé. Solís. A Solís se lo comió la tierra, la tierra se abrió para tragárselo. Las indias eran una mujer hambrienta, una virgen salvaje, una mujer-pozo que había que educar, le salían bocas a la tierra, por todos lados, carne humana pedía para saciar el hambre. No lo cases a Colón. En ese entonces vinimos con los Mendoza a esta tierra olvidada de Dios. Los indios salían por todas partes, gente sin gesto, sin cara, por todas partes invadían, por todas partes sembraban la muerte y la desesperación. (*Va trazando mientras habla un plano en el suelo, un mapa, un territorio*). Mendoza ordenó hacer una muralla de barro, pero nada se sostenía, lo que un día se levantaba al otro día, se caía. Barro por todas partes, la ciudad era un lodazal bajo un cielo inmenso que de tan grande daba vértigo. Todo estaba por partes o en pedazos, como un embrión. He visto cosas aquí como no se han leído en otra parte. Hombres llorando sin parar que daba rabia, ganas daban de sacudirlos para que cese el llanto, pero el llanto se hacía grande como un torrente y cada vez más grande era el llanto que iba contagiando a los hombres y daban ganas de llorar también. El hambre era como un mareo, como una borrachera cruel. Y hombres echados frente al fuego, como

en trance, ya ciegos del humo y las cenizas, flacos, descoloridos, desfallecidos, tartamudos, otros del todo ya mudos... Mudos en una tierra muda. Comerse al caballo, comerse al hombre que se comió al caballo, comerse al hombre que se comió al hombre que se comió al caballo y eyacular todas esas muertes como un diluvio. Pero ¿qué año es ahora? ¿Qué año es? Vómitos negros en San Telmo. La peste avanza. La ciudad enferma. Lluve sobre Buenos Aires como si el cielo llorara, se inundan los torrentes de los suburbios mostrando la cara más puta, más cruda de la ciudad, las aguas inundan el centro arrastrando maderas, arrastrando ramas, arrastrando cadáveres escurridos de tan flacos...

HOMBRE: ¿Ya está?

CORONEL: No lo sé.

HOMBRE: No nos hemos presentado.

CORONEL: Es verdad.

HOMBRE: Rubén Darío, poeta.

CORONEL: Encantado. Roca, Julio Argentino.

HOMBRE: Nicaragüense, yo. ¿Y usted?

LEOPOLDO: Lugones, Leopoldo. ¿Cómo le va? Poeta también.

LEOPOLDO (H): Lepoldo Lugones, ¿cómo está?

LEOPOLDO: Es mi hijo. Acaba de nacer ayer.

HOMBRE: Felicidades amigo.

LEOPOLDO: Gracias. Es un honor. Le presento a José Ingenieros.

ALEJANDRO: Encantado, señor.

LEOPOLDO: Macedonio Fernández.

NEGRO: El placer no es mío, ni suyo, el placer es el placer.

Ríen.

HOMBRE: ¿Y la señorita?

SUSANA: Susana Lugones. Hija del torturador, nieta del poeta. Pero no he nacido aún. Por ahora puede decirme Payró, Roberto Payró. También puedo ser Juan B. Justo, si le place.

CORONEL: Socialistas, todos, ¿verdad?

ALEJANDRO: Bueno, sí...

LEOPOLDO: Lo que se dice socialista.

CORONEL: No hay de qué avergonzarse, estamos entre caballeros ¿Desciende usted del general Lugones, el guerrero de la independencia?

LEOPOLDO: No precisamente, pero soy de la familia.

CORONEL: Es usted de Santiago.

LEOPOLDO: De Córdoba. Señor.

CORONEL: Un gusto conocerlo, Lugones. El país necesita hombres como usted. El país necesita hombres, digamos. Pase a verme, si le place. Tengo algo que podría interesarle.

LEOPOLDO: Muchas gracias, adiós.

HOMBRE: Todavía me gustaría presentarle a dos hombres.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

El señor Lugones. Es el señor Lugones, sí.

HOMBRE: Tienen algo importante que decirle.

LEOPOLDO: ¿Con quién tengo el placer?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

El señor Araguato y El señor Tití.

LEOPOLDO: Un gusto. Digan los señores.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Diga usted.

LEOPOLDO: ¿Yo? ¿Y qué se supone que iba a decir?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Es lo que nos gustaría saber...

LEOPOLDO: ¿Qué?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Eso mismo, qué.

LEOPOLDO: ¿Qué, qué?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Nos gustaría saber...

LEOPOLDO: ¿Es una amenaza esto?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Diga usted.

LEOPOLDO: Sepan que a mí nadie me toma el pelo, señores.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Tranquilo, siéntese. Se ofusca. Es como Sarmiento. Como Sarmiento, sí.

HOMBRE: ¿No les dije yo?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Y el señor Lugones, ¿dónde estudió?

LEOPOLDO: En mi casa, con mi madre, primero, con mi padre después...

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Es como Sarmiento.

LEOPOLDO: Si lo desean puedo enseñarles cuál es mi plan de Educación.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

No, señor Lugones. Con esto bastará. No quería quedarse pelado ¿sabe usted? Sarmiento ¿Escribirá su historia? ¿La historia de él? De cuando Sarmiento usaba bigote y descubrió que la cabeza le comenzaba a crecer. Yo le vi. No quería quedarse pelado. Pero la cabeza le crecía. Se le hinchaba, ¿sabe usted? La cabeza de Sarmiento, crecía cada vez más. Le puso precio a la cabeza de López Jordán ¿sabe por qué? Porque era la única cabeza tan grande como la suya. Quería un país sembrado de cabezas-Sarmiento. Nada de cabezas montoneras. (*Ríen*).

LEOPOLDO: No les entiendo bien, ¿qué desean exactamente los señores?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Hemos leído su libro. *Las montañas del oro*. Interesante, muy interesante.

EL SEÑOR ARAGUATO:

Señor Darío.

HOMBRE: "Esa gran columna de silencio y de ideas / que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas / El sol es su vanguardia / Por las eternas rutas que accidentan la historia / Va con pasos enormes". Señor Araguato.

EL SEÑOR ARAGUATO:

"La oruga ve al águila y opina: / 'eres un ser monstruoso / águila'". En cambio el águila no ve a la oruga en la rosa. Señor Tití.

EL SEÑOR TITÍ:

"El águila se posa, / y la oruga cornuda le pica el culo. / Siente el águila un ardor inquebrantable. / Y con sus garras formidables /

piensa aplastar a la oruga / pero la oruga se arruga y escabulle / y el águila ofuscada emprende el vuelo. / Desde lo alto / ve a la oruga que le grita sobre el suelo: / '¿Andá a ponerte pancután! / y le hace pito catalán...'"

Ríen, como monos idiotas, ríen, El señor Araguato y El señor Tití.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Y ahora, señor Lugones, ¿dónde está el oro?

LEOPOLDO: ¿Cómo?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

El oro, dónde está el oro, en las montañas...

LEOPOLDO: ¿Oro? ¿El oro?

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Tómese su tiempo, para decirnos. Pero sepa que no jugamos.

LEOPOLDO: No sé de qué están hablando.

HOMBRE: Tranquilos, amigos. El señor Lugones hablará. Es un gran hablador. Habla que da miedo ¿no es cierto?

ALEJANDRO: El más hablador de todos.

SUSANA: No hay que creerle demasiado, cuando habla.

HOMBRE: Solo necesita tiempo.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

Confiamos en que así sea. Pensamos invertir. Mientras tanto escriba. Escríbalo todo. Dígalo todo. Tenemos tiempo. Tiempo nos sobra. Escriba, señor Lugones, escriba. Estatuaria, señor Lugones, demasiadas cabezas de Sarmiento, escriba sobre eso, cabezas cada vez más grandes, como en la isla esa de Pascua. Minas de oro, sabemos que las hay, sabemos que sabe que las hay en las montañas. Tiene tiempo para decirnos dónde. Pero escriba, señor Lugones, escriba.

HOMBRE: Amigo Lugones, el señor Roca ha vaciado el desierto para usted. Ni rastros quedan de la chusma indígena. Les cortó los huevos a los cadáveres para que no se reproduzcan. La gente no sabe que los muertos se reproducen también. Y ahora hay que llenarlo de palabras. Haga nomás.

LEOPOLDO: Necesitaría un mapa.

HOMBRE: Ah, no, eso no. No hay mapas.

Pausa. Alejandro y el Negro se sientan a la izquierda de la escena. Susana permanece en el centro. Atrás, entre sombras, se retiran los gemelos, Leopoldo y Leopoldo (h). A la derecha se sientan el Coronel y el hombre de rasgos indígenas.

SUSANA: ¿Cómo escapé de Curupaytí? Me robé un caballo. Un bayo soberbio. Me le arrimé arrastrándome entre los cadáveres ya desnudos, carbonizados. Se quedaba quieto, como si supiera. Me le trepé al bayo y lo monté en pelo, con mis pies sin pie. Comenzó a trotar. Me sostenía por la fuerza de mis muslos y él me cabalgaba a mí, con el lomo contra mis muslos. El sol se iba asomando despacito y el bayo cabalgaba, cabalgaba sobre mí. El viento se me arrinconaba entre las piernas. Todavía calientes las heridas, manando sangre. Y cabalgué sobre el cuerpo de la patria, manando sangre y haciendo Patria. Y fui atravesando la historia, y fui Salvadora Medina Onrubia, y fui María Alicia Domínguez, y fui Alfonsina, hasta llegar a ser Piri Lugones y Victoria Walsh y hasta no tener nombre después.

ALEJANDRO: ¿En qué año estamos, ya?

NEGRO: 1910.

ALEJANDRO: Parece que viene un temporal.

NEGRO: No nos presentamos.

ALEJANDRO: Alejandro Lugones, nieto del torturador, hijo de la montonera, suicida. No he nacido aún.

NEGRO: Emilia Cadelago. Maestra. Amante de Leopoldo Lugones.

ALEJANDRO: Es un gusto. ¿Tuvo algún hijo usted?

NEGRO: No.

ALEJANDRO: Yo tampoco, me hubiera gustado tener.

NEGRO: ¿Por qué no tuvo?

ALEJANDRO: Estaba ocupado suicidándome.

NEGRO: Su bisabuelo decía que no había nada más extraño que un hijo para su padre.

ALEJANDRO: Y que un padre para su hijo.

NEGRO: Una tarde se lo encontró enroscado con las gallinas, había hecho un verdadero estropicio con las gallinas, me contó, se fue aflojando la correa, una mano tensa, la otra suave mientras miraba un poco al niño y un poco a la gallina, medio muerta que cacareaba, cot-cot-cot, cacareaba y el niño le devolvía la mirada, la gallina no, se había puesto bizca, me dijo, pero yo creo que se lo imaginó, porque nunca he visto una gallina bizca, o se lo

inventó, pero lo cierto es que el hijo lo miraba sin entender del todo ese silencio nuevo, un silencio como espeso, y el padre lo mira al hijo y le van entrando ganas de estropearle la jeta a correazos o de patearle la cabeza o de estrangularlo con el cinto despacito y otras cosas que apenas se atreve a confesarse y entonces descubre algo nuevo, algo distinto, entiende que le tiene miedo al hijo, que no puede castigarlo, que le faltan las fuerzas, que ya no es posible evitar que sean lo que van a ser, así que lo mira fijamente y le dice: "Algún día me robarás todo lo que tengo, si te dejo o yo te lo robaré a ti. No hay nada más extraño que esta sombra, que este contorno simiesco de mí. El poeta y su mono. Tú eres mi mono, hijo, mi traidor".

ALEJANDRO: ¿Eso le dijo?

NEGRO: No sé. Lo más probable es que no le haya dicho nada.

ALEJANDRO: Lo fundamental en la historia, lo que se olvida tan a menudo es a dónde va a parar la mierda. Muy pocos saben que entre 1906 y 1932 existió en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires, un departamento de Análisis Comparado de Materia Fecal, cuyo director fue José Ingenieros en 1907, bajo las órdenes del comisario Ramón Falcón. Hasta su cierre definitivo la oficina se dedicó, sobre las bases de las teorías de Lombroso, a examinar una gran cantidad de heces de distinta extracción social, determinando que solo el 47% del residuo es determinado por los alimentos ingeridos, mientras que el 53% restante está directamente relacionado con el color de piel del individuo, su ideología dominante y su posición en la escala económico-social. Hacia 1926 el departamento contaba con un registro de muestras de casi tres mil individuos en el que resulta particularmente llamativo el alto porcentaje de mierda de escritores analizada. Así, era posible encontrar estudios sobre la mierda de Manuel Gálvez, color tierra suave, Horacio Quiroga, color rojo furioso, Nicolás Olivari, olor intenso y penetrante, Martínez Zubiría, color meconio fuerte, un estudio sobre la forma de las heces de Álvaro Yunque –en forma de caracol espiralado– mierda de Borges, de Gironde, de Salvadora Medina Onrubia, de Botana y de José Ingenieros, director del Departamento y autor de un "Tratado sobre la Mierda Anarquista" firmado con el seudónimo de Bodrio Michello. De Leopoldo Lugones se incluyen tres registros, y al parecer sus excrementos que eran de un color lechoso y avinagrado hacia 1907, presentan una palidez excesiva en 1914 y un matiz ligeramente violáceo en febrero de 1928.

CORONEL: Uriburu-Uriburu... No suena bien mi nombre, ¿no le parece Lugones? Uriburu... parece canto de lechuza como el del urutaú... muchas ú. A lo mejor sonaría mejor con o... Oroboro... parece como

de indio bororo... Uriburu. Uriburu... ¿Y si le quitáramos la i? Uruburu... En fin. Eso es para usted. Ábralo.

LEOPOLDO (H): ¿Esta caja?

CORONEL: Mire en su interior.

Como con miedo, reacciona, como con horror.

LEOPOLDO (H): ¿Es sangre, esto?

CORONEL: Mire nomás, no se me asuste.

LEOPOLDO (H): ¿Es un pie? ¿Un pie humano?

CORONEL: No es solamente un pie. Es un observatorio. Un aleph.

LEOPOLDO (H): ¿De qué me habla?

CORONEL: Su padre no se ha portado muy bien ¿sabe? Sí, ha apoyado la revolución y todas esas cosas, pero anda hinchando un poco los huevos con sus ideas y proposiciones, como Urquiza le dijo a Sarmiento. ¿Sabe lo que le dijo Urquiza a Sarmiento? Era un gran hombre Urquiza, un hombre lúcido, pensaba de Sarmiento y de todos los intelectuales, que eran unos pelmazos, unos perfectos inútiles, que esos grititos de codorniz que eran las campañas periodísticas y los libritos no le hacían ni cosquillas a Rosas, o mejor dicho, le hacían cosquillitas, le hacían reír el culo, como quien dice, reír el brazo muerto, con una expresión que se ha tomado de Curupaytí... ahí tiene, Curupaytí, gran batalla, una batalla forjada por un intelectual y ¿qué tenemos? Un perfecto desastre. Nada, Lugones, creo que con usted hay una afinidad distinta, creo que nos entendemos, señor comisario Lugones, ¿le puedo decir? Nos hemos olvidado de sus bromitas en el reformatorio, a cambio necesitamos un favor, sáquele a su padre el dato, averigüe donde está el oro...

LEOPOLDO (H): ¿El oro?

CORONEL: El oro de las montañas. Las montañas del oro. Ese título no ha de ser por nada, ¿no? Mire por el aleph, ese pie... desde allí se ve todo, pero todo, todo, ¿eh? Mírelo a su padre haciendo sus chanchaditas con la maestra... y después nos cuenta.

Pausa.

SUSANA: ¿Qué año es ahora?

NEGRO: 1938, ¿puede ser?

Gritos de mono. Y mientras hablan, el mono grita.

HOMBRE: ¿Qué son esos gritos?

CORONEL: Es un mono.

HOMBRE: ¿Un mono?

CORONEL: Sí, un mono.

HOMBRE: ¿Y qué hace un mono en la comisaría?

CORONEL: Lo está interrogando el señor Polo.

HOMBRE: ¿Interrogando a un mono?

CORONEL: Sí... lo quiere hacer hablar.

HOMBRE: ¡Un mono! ¿Y cómo va a hacer hablar a un mono?

CORONEL: El señor Lugones puede. Hace hablar cualquier cosa. Era el mono de Guido Altieri.

HOMBRE: ¿Y qué tiene de particular este mono?

CORONEL: Era el mono de Michello.

HOMBRE: ¿Michello?

CORONEL: Bodrio Michello.

HOMBRE: No lo conozco.

CORONEL: El padre de Lorenzo Michello, tío de Bodrio Michello, compañero de tertulia de... *(Baja la voz)*. Guido Altieri.

HOMBRE: ¿Guido Altieri?

CORONEL: Shhh... más bajo. Ese nombre compromete.

HOMBRE: ¿El anarquista?

CORONEL: ¡Claro! El que sabía dónde estaba el oro.

HOMBRE: ¿El oro?

CORONEL: El oro de los incas.

Súbitamente el mono calla.

LEOPOLDO (H): El mono. Se me murió. A punto de hablar estaba. A punto de sacarle algo, lo tenía ya, lo tenía... Creo que la cagué...

CORONEL: *(Con miedo)* El mono... ¿se murió el mono?

LEOPOLDO (H): Muy asustado. Estaba a punto de hablar... ya lo tenía... Ahí lo tenía.

CORONEL: Tenemos que limpiar las pruebas.

HOMBRE: Pero ¿qué pasa?

CORONEL: No se puede matar a un mono así como así, amigo. No por lo menos a este mono. Hay cosas que no se pueden hacer.

Al otro lado Leopoldo, el poeta, se suicida. Prepara la exacta dosis de cianuro, no sin antes acomodar sobre una silla, su ropa y pertenencias, mientras habla.

LEOPOLDO: Contrariamente a lo que afirman los naturalistas modernos, el hombre no desciende del mono, sino al revés, el mono es un hombre degenerado. Se va desnudando. Pero ahora no hay más que vacas. Nos hemos librado de los indios y ahora se nos llenó de vacas, esto, pastando inmutables, simones de carne, pilones de arcilla, vacas por todos lados, tarde o temprano arrasarán los fortines, invadirán las ciudades tan sin-forma, tan señora gorda, tan nube tormentosa de bosta, con sus pezuñas de barro... se acabaron los caballos, no más overos, no más pelajes entreverados, el pampa o el ranquel o el colastiné o el charrúa o el tehuelche o el guaraní llevaba en su sangre sangre de yegua, la bebía tibia del lodazal, se le llenaban de viento las venas, relinchaba el indígena, pero a la masa la están atiborrando de vaca, el cuerpo lleno de vaca, tan cuerpo, tan vaca, que da misterio pensar qué cagan ahora estos, qué cagan... No puedo terminar la historia de Roca, basta.

Bebe el cianuro. Estertor lento. Lentamente muere ante la mirada de los demás. Y entonces, como si jugaran a la guerra...

SUSANA: No nos presentamos.

ALEJANDRO: Alberto Molina.

SUSANA: María Victoria Walsh, hija de Rodolfo Walsh.

ALEJANDRO: Se te ve tranquila...

SUSANA: Estoy tranquila.

ALEJANDRO: ¿No te da miedo?

SUSANA: Ya está. Ya. ¿Qué podemos perder?

ALEJANDRO: No hay esperanza, ¿no?

SUSANA: No.

ALEJANDRO: ¿Escuchás?

SUSANA: ¿Es un tanque?

ALEJANDRO: Así parece...

SUSANA: Un tanque, ja. Eso lo hace... eso lo hace como irreal, todo.

ALEJANDRO: ¿Qué pensarán de nosotros, los miliquitos?

SUSANA: No se puede pensar así, si uno piensa que es otro el que está allá, hombre o mujer o el que sea, ya no se lo puede matar.

ALEJANDRO: Yo sé de algunos a los que se los puede matar igual.

SUSANA: Me gusta morir así, bajo el cielo.

ALEJANDRO: ¿Y la bebé?

CORONEL: Eso es lo que más duele. Pero no puedo pensar ahora. No puedo pensar mamá. Y decir como Felipe el Bueno "Ojalá hubiera muerto tan pequeño, entonces me habría considerado feliz". Pero quiero que viva. Ya no está en mi poder, eso. *(Canta)*. "En la calle de los Muros / han matado una paloma. / Yo cortaré con mis manos las flores de su corona. / Anda jaleo, anda, / Anda jaleo / Ya se acabó el alboroto / y ahora empieza el tiroteo..."

Sepa el pueblo argentino que a las 14.20 fue ajusticiado el disfrazado número uno, Silvio Frondizi, traidor de traidores, comunista y bolchevique *(Escupe esas palabras como a carozos de aceituna)*, fundador del ERP. Bajo el mandato de su hermano fue el infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud. Murió como mueren los traidores: por la espalda. Ha sonado para bien de todos la hora de la espalda: ya no se matará sino por detrás, no se degollará sino la nuca, no se violará sino culiando, que se sepa bien que nadie verá ya venir la muerte de frente. No nos identifiquen con los mercenarios zurdos de la muerte, no nos identifiquen como valientes, sino con patriotas peronistas y argentinos que queremos que nuestro país tenga un futuro argentino y no comunista. Viva la patria. Viva Perón. Vivan las fuerzas armadas. Mueran los bolcheviques asesinos. Alianza Anticomunista Argentina. Comando Tres Armas. ¡No seremos nunca carne bolchevique, Dios, Patria, Hogar!

SUSANA: Si la historia se durmiera ¿qué soñaría? Si una noche durmieran los faroles, las ciudades, los campos, las minas, los sembradíos, si se durmieran los dioses de las catedrales, si se durmieran los marineros, los gobiernos, las escuelas, los hospitales, si durmieran las enfermedades, los emperadores, el dinero, si se durmieran las naciones, los lenguajes, el significado de todas las palabras, si se durmieran los diccionarios, la historia, si se durmieran... ¿qué soñarían? Si por una sola noche se acallaran todas las voces y hubiera el silencio necesario para dormir... Él odiaba el silencio, mi padre, el torturador, ahora soy Susana Lugones y mi padre, el escritor, sabía que el silencio era la condición ineludible para escribir y ahora soy Victoria Walsh o cualquier hija o cualquier hijo y ahora ustedes no nos matan, no nos matan más. Nosotros decidimos morir.

Y entonces se tirotean. Susana y Alejandro contra Leopoldo (h) y contra el hombre de rasgos indígenas y contra el negro y contra el coronel. Y cuando ya están muertos, Susana y Alejandro, los miran como con tristeza. En el suelo permanecen, Leopoldo, Susana y Alejandro. El negro se inclina sobre ellos y dice.

NEGRO: Este es el archivo... acá está todo. Son los relatos de los detenidos, los que han pasado por la máquina de hacer hablar, por el tacho, acá está palabra por palabra, la verdadera historia, la historia del dolor, de los miedos, anímese, mire, vea la letra, vea, un pedazo de uña, hay muchos, son los enterrados vivos, vea, semen, nunca se sabe cómo van a reaccionar los reclusos, ja, esto es mío, mire, una colección de cojones arrancados de cuajo... todas vergas de milicos arrancadas por prisioneras, se dejan llevar por la emoción los milicos, se olvidan que son prisioneras. Es un animal salvaje la mujer, una daga que corta, sabe esperar el momento y de una dentellada, zas, vea qué colección más rozagante de vergas, parecen signos, como a punto de decir algo... acá no hay solo letra, hay cuerpo, si le pone dedicación a lo mejor encuentra un cráneo... Y es que en el fondo era lo mismo, tenía razón Borges, Polo quería lo mismo que su viejo quería contarle todo, que no se le escapara una palabra, una letra, quería tener todos los relatos. Por eso les hacía hablar. Él inventó la máquina de hacer hablar, y acá está todo eso, archivado. ¿No valió la pena acaso? Todo ese dolor está acá adentro encerrado. Y en sus últimos días estaba solo el señor Polo, compró un canario y el canario no le hablaba y compró un loro y el loro no le hablaba, ya nada le decía nada, todo eran sombras a su alrededor. Y no había dolor en el mundo que pudiera acabar con el silencio.

Y EL SEÑOR ARAGUATO:

puede que el señor Lugones háyase tomado atribuciones con un simio que no le pertenece.

Y EL SEÑOR TITÍ:

Puede que.

EL SEÑOR ARAGUATO Y EL SEÑOR TITÍ:

¿Y qué será, eh? ¿Qué será lo que haremos con él? ¿Le trituraremos los testículos, le aplastaremos los dedos del pie, le agrandaremos las fosas nasales con un forceps? Le van deslizado por el cuello una cuerda. Leopoldo (h) despierta temblequeando, babeando. ¿Qué ha hecho señor Polo, qué ha hecho con nuestro aleph?

LEOPOLDO (H): Todo lo intenté, todo. Pero el canario de mierda ese no hablaba, no quería hablar. Lo estrangulé entre mis manos. Llamé a mis hijas y el teléfono estaba mudo y todas las cosas del mundo habían enmudecido para mí...

El señor Araguato y el señor Tití pasan la cuerda por una viga y lo estrangulan, lo ahorcan, silenciosamente.

HOMBRE: ¿En qué año estamos?

CORONEL: 2015... no... 2075...

HOMBRE: Todavía falta...

CORONEL: Sí... falta mucho...

HOMBRE: Parece que va a llover.

CORONEL: Nunca se sabe.

NEGRO: Tatú-carreta... Ni vacas, ni monos, ni caballos. Tatú-carreta. Es un país de vizcachas ciegas este, un país sin sol. Cada cual con su sombra, cada cual en su cueva, arañando la tierra, levantando polvaredas que luego se las lleva el viento, sin túneles ni superficies, sin saber muy bien qué pasa ni tampoco querer saber, hasta que viene algún engréido, algún loco poeta, a querer decir qué hacer. Y el huracán nos arrastra, inevitable, nos lleva el huracán, como si en algo le importáramos al cielo, como si a la historia se le pudiera pedir permiso y no en cambio robarle lo que nos pertenece, robarle al tiempo, a la historia, para poder pensar mejor, para cuando alguno se levante y diga este soy yo, para ese entonces habernos enterrado, armar túneles, rompecabezas, desentrañar el enigma y saber que en el fondo no hay nada, nada de nada, ningún sentido esperando que uno lo vaya a buscar, pero ¿sabe usted cómo se le saca al tatú-carreta, como se lo caza al armadillo, como se lo saca de su pozo de tierra, sabe usted como hacer?

HOMBRE: No.

NEGRO: *(Dice como con tristeza)* Se le mete un dedo en el culo.

FIN

Buenos Aires, marzo de 2009

> índice

> El panteón de la Patria	pág. 5
JORGE HORACIO HUERTAS	
> El ahorcado	pág. 31
STELA GUADALUPE CAMILLETTI	
> Cumbia	pág. 71
GUILLERMO OSCAR FERNÁNDEZ	
> La voluntad	pág. 103
EVA HALAC	
> La perrera	pág. 133
JOSÉ MONTERO	
> Los Lugones	pág. 159
CRISTIAN PALACIOS	

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampetro
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montañaño
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolés (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampredo
- una de culpas de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1- de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino de Cecilia Hopkins
- teatro/10
Obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras

- concurso nacional de ensayos teatrales alfredo de la guardia
Textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- rebeldes exquisitos
Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas
de José Tcherkaski
- ponete el antifaz
(escritos, dichos y entrevistas)
de Alberto URE
Compilación: Cristina Banegas

**Concurso nacional de
obras de teatro para el bicentenario**

se terminó de imprimir en
Buenos Aires.